

REVISTA SHELL

DICIEMBRE 1961



PIERO COSTA nos ofrece en
NUESTRA PORTADA
 una estilización abocetada de figuras de parranda
 que a guisa de friso,
 parece reclamar el mosaico bizantino de aquella iconografía mural,
 base de las pinturas románicas.
 Bajo el techo de escayola:
 el sistema decorativo de breves grupos,
 alojados en los intercolumnios de inspiración asiático-helenista
 que en la arquitectura,
 se va a extender hasta bien entrado el siglo XIII;
 las columnas,
 a las que la imaginación les va a dar un estilo personal,
 hace de las figuras casi cariátides del arte jónico,
 cinco siglos antes de Belén.
 Estampa la de Piero Costa,
 sin la alegría de los pastores bíblicos
 —pastores de baile y furruc—
 pero con la misma fe,
 que en lo externo
 —tocado e instrumentos, ofrendas—
 juega su actualización tradicional,
 siempre deliciosamente anacrónica.
 Y sobre este verdadero friso de ara,
 oficia el borrón amarillo de la Estrella,
 borrón ingenuo de plana de escuela.

10 años

Los propósitos con que proclamamos hace diez años, el nacimiento de la Revista Shell conservan la misma lozanía de entonces. Al hacer el balance de la gestión periodística realizada hasta el presente, al enjuiciar, con crítica serena, la trayectoria que finaliza hoy, nos anima el convencimiento pleno de haber sido fieles a esos postulados, de haber cumplido cabalmente la tarea que nos encomendaba nuestro propio compromiso: la de exaltar los valores fundamentales de Venezuela.

Tres objetivos nos propusimos realizar como inflexible tarea periodística: mantener a todo trance la mayor dignidad posible tanto en contenido literario como en presentación tipográfica; ser órgano de expresión de los intelectuales, hombres de ciencia y artistas venezolanos, así como de todas aquellas personalidades residentes en el país; difundir dentro de la más estricta seguridad de su importancia universal —y hacer participar de sus beneficios a la gran masa de los venezolanos del presente— los avances alcanzados por el desarrollo de las diversas ramas de la ciencia, la cultura, la técnica y la economía; al par que servir de vocero de los adelantos industriales, comerciales y agrícolas del país.

Esos tres objetivos se refundían en uno solo: convertir nuestra publicación en instrumento que reflejara cumplida y objetivamente, en toda su integral manifestación, el progreso social de Venezuela en sus órdenes fundamentales.

El repaso a que obliga el material aparecido en los 41 números publicados hasta la fecha es muestra elocuente de una labor esforzadamente fecunda que ha respetado siempre aquel rumbo trazado en sus comienzos. En tal sentido, una jornada que consideramos decisiva cierra esta edición de fin de año. Una labor queda cumplida. Su enjuiciamiento y el veredicto final que merezca corresponde a la gran masa de lectores que nos ha acompañado, con estimulante afecto, a través de estos años, dentro y fuera de Venezuela.

Con nuestra labor quisimos demostrar, y creemos haberlo conseguido, que la actividad petrolera —que constituye el nervio central de la Empresa que patrocina esta publicación— no está reñida en forma alguna con las manifestaciones que integran el perfil social, cultural, técnico y científico de la República. Y que así como representa factor de positiva trascendencia en el proceso económico de la nación, también es capaz de propender y llevar a cabo para bien del adelanto del país labor distinta a aquella que le corresponde como Empresa característicamente comercial.

De tal manera, la "Revista Shell" se constituyó desde el primer momento en un órgano exclusivamente al servicio de la cultura venezolana, sin desviación ni apetencia de fin o interés distinto. En este servicio indeclinable hemos sido consecuentes e inconvertibles. Y nuestra tarea ha consistido, fundamentalmente, en presentar toda la variada y rica manifestación de la realidad colectiva y humana de que somos poseedores como pueblo y nación. Si hemos exaltado los valores de la historia, también la tradición ha sido fuente de consulta y querenciosa y amable maestra de nuestro entusiasmo americano; si la geografía como ciencia o como expresión de la naturaleza o el paisaje, han llamado desde nuestras páginas a la sensibilidad de propios y extraños, igualmente la actividad industrial, comercial y agrícola del país, en otro orden de ideas han recibido el tributo constante que requiere. La pintura nacional ha contado con decidido aporte difusor, en sentido ecléctico y contemporáneo. A las letras hemos rendido, número tras número, homenaje mayoritario y nutrido de excelencias. La ciencia y la técnica han representado buena parte de un polémico balance de la transformación actual del mundo. Los problemas económicos, médicos, asistenciales, educativos —en una palabra, el panorama social de la República en estos años— no han dejado de ocupar nuestro interés, y en sus planteamientos hemos consumido la mejor intención nacionalista, apoyados en la estupenda colaboración prestada por especialistas venezolanos y extranjeros. Si de alguna tarea nos sentimos plenamente orgullosos es de haber podido reflejar en nuestras páginas la inquietud

nacional en torno a trascendentes problemas del país. En esta materia hemos insistido en ser objetivos, responsables y juiciosos.

El concepto de cultura a que hemos atendido en requerimiento a los propósitos iniciales ha sido amplio y diverso. No nos hemos contentado con parcelas cerradas, por muy importantes que ellas sean, sino que hemos mirado siempre a la integración fecunda de los diversos órganos de la expresión vital de la misma, dentro de la realidad pasada y presente de Venezuela. Cultura, en tal sentido, como un todo armónico e integrante. Por eso, también, no hemos querido desvincular esa labor de su proyección universal y trascendente. Porque junto a la naturaleza particularmente nacionalista de los temas, materias y problemas que han ocupado y nutrido nuestro quehacer, ha ido pareja la preocupación de insertarlos en el amplio debate universal y contemporáneo. Si la cultura asume rasgos de particular carácter en cada pueblo, no puede olvidarse nunca su razón esencial que consiste en ser patrimonio y expresión de la humanidad entera, como proceso resuelto en obra de conjunto que no se detiene ni en el tiempo ni en el espacio. Por eso, también, hemos mantenido como constante sin desvíos, la comparecencia en nuestras páginas de colaboradores nacionales y extranjeros, sin distinciones ni preferencias que entraben el debate abierto y generoso que merecen los problemas de nuestro tiempo. Nos enorgullecemos, ahora como antes, de haber hecho desfilar por nuestra revista una brillante constelación de escritores de primer orden y de todas las latitudes, especialmente latinoamericana.

En la presente ocasión tres antiguos directores, relevantes cifras de la intelectualidad venezolana, se unen para realzar este aniversario con sendas colaboraciones inéditas. Vicente Gerbasi, quien por primera vez puso mano al timón de nuestra nave periodística, nos envía desde su ejercicio diplomático como Embajador en Israel, una emocionada página poética de altísima evocación. Julián Padrón, muerto en plena madurez de sus facultades para duelo de las letras nacionales, se hace presente con un magnífico trabajo inédito sobre el nombre indígena del Avila, representativo de su estilo literario de primer orden. Y José Ramón Medina, actual Magistrado de la Corte Suprema de Justicia y Presidente de la Asociación de Escritores Venezolanos, nos entrega un poema donde la intimidad y el fuego callado del hogar vivido a plenitud son sus notas características.

Esas tres colaboraciones constituyen, indudablemente, inmejorable material literario en nuestro número aniversario y un homenaje que nos vemos obligados a agradecer con vivísimo afecto.

Al cerrar con esta edición sus diez años de existencia periodística, la "Revista Shell", y quienes actualmente la dirigen, reanuevan la promesa, (vigente e intacta desde el primer número), de servir con lealtad y fervor a la causa inmanente de la cultura del país, reafirmando, así, la fe en el destino y el progreso de la nación venezolana.

Ein Karem

Este es el nombre de la aldea que se encuentra a unos cuatro o cinco kilómetros de Jerusalén (Israel) y donde nació San Juan Bautista. Ein Karem significa en hebreo Manantial de la Viña. En Ein Karem se encontraron María, la Madre de Jesús, y su prima Elizabeth, la madre de San Juan Bautista. Tanto en ese lugar como en el sitio donde nació el Precursor, se levantaron templos

Ein Karem

Por VICENTE GERBASI

Olivos siempre. En una hora de horizonte bruñido en oros de altar.
Los muros fortalecen el corazón que oprime el tiempo.
Y la brisa, en cambiantes metales de fronda.
Verde y plata. Las colinas pétreas se coronan de alcachofas.
En nuestra contemplación maduran las primeras ciruelas.
En un color de crepúsculo donde un profeta medita envuelto
en reluciente traje de nube que entra en la noche.
Los niños cantan en medio de las ovejas, en Ein Karem —manantial de la viña—,
donde nació San Juan Bautista
para vestir una piel de camello entre las rocas.
Hora interior, hondonada de amapolas.
Amapolas, alegría del tiempo, paciencia de Dios. Joyas.
Amapolas. Debajo de los olivos, prolongan el día en color especial del alma.
Y aún más olivos, dispersos en añoranzas.
Ein Karem recibe una luz, como un cuadro de
Fra Angélico, entre cipreses oscuros.

bizantinos y, más tarde, templos cruzados. El templo que hoy existe al lado del Convento de San Juan son ruinas cruzadas reconstruidas. Lo mismo ocurre con la Iglesia de la Visitación. En las colinas que rodean a Ein Karem han sido edificados otros conventos que, rodeados de huertas y cipreses, crean un paisaje de características toscanas.

de un claro resbalar, de un hondo y lento
pedazo de llegar hasta tí misma.
Te alzabas e ibas en rito tan profundo:
la luz te acompañaba en campesino suelo
y espigas eran tus órdenes, trigo que temblaba
su horizonte de pájaros, y apenas te mostrabas
en el eco del mundo de tus cosas, en el mundo
de tus seres visibles, compañía
de fuego sin ruptura, de llama íntima que arde
entre rumores y batallas
que en el final acierto te descubren.

Los hijos, sí, el encuentro,
la algarabía levísima y sonriente, el ala
que nos roza la punta de los dedos en la razón sin voz,
inobservada todavía en la gracia jubilar, bajo la noche
que nos quema el anuncio extraordinario y justo,
detrás de los fluviales signos, en la sagrada
invitación vegetal, continua y sólida,
en curso azul, por aguas, por laderas,
por metálicos rastros. (Hay un nombre,
o dos, ¿o cuántos eran, inadvertidos, plenos?
en el fondo inaugural que sube,
sube por empinados claustros, por neblinas
de anunciada alegría improrrogable).

La mañana vibra en la materia rauda
que aprieta el corazón, alrededor, enfrente
del balancear liviano que persigue
el vuelo en alto, la apretada huella
por suelos tan cercanos, por llanuras
de iluminado clima, casi al borde
de tu mismo decir, de tu inclinar resuelto
en aire, en luz, en prisa que no alcanza
pájaro libre, cielo sin medida.

Al final, al final, henchida, te resignas
en dulcísimos ecos, en familiar sosiego,
rodeada por mansísimos espacios.

Esposa mía, lentas vides
construyen el ungüento, la medalla
del antiguo rebaño, el curso leve
de ovejas, tórtolas y ciervas.

Y he aquí, ahora, que pregunto:
¿Bajo qué antiguo cedro,
higuera numerosa o viña repentina,
tu sombra suena, eólica, distante,
en cendales de brumas, en transparentes
arpas inmemoriales, descendida?

sumario

DIEZ AÑOS 1

NUESTRA FOTO 10

COISA A LA NAVIDAD VENEZOLANA EN LA MÚSICA, EN LA PINTURA Y EN LA POESÍA COLONIAL Luz Machado de Armas 12

LA MITOLOGÍA GUARAÚNA Padre Basilio María de Barral 16

PINTURA Y ESCULTURA EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA Luis Navarro 21

ENTRE LO VIEJO Y LO NUEVO León Croizat 29

25 AÑOS DE UNA CONSIGNA: SEMBRAR EL PETRÓLEO Arturo Uslar Pietri 37

FE DE ERRATA Miguel G. Arroyo C. 45

BREVE HISTORIA Y ANÉCDOTA DE 100 AÑOS DE INGENIERÍA Eduardo Arcila Farias 50

IDIOMA Y ESPÍRITU EN LA SUPERACIÓN DE LOS PUEBLOS José Nucete Sardi 55

VENDEDORES POPULARES Felipe Orlando 56

MIGUEL DE UNAMUNO Luis Luque 58

NUESTRO PATRIMONIO: FERMÍN TORO 61

ADELANTÁNDONOS AL TIEMPO: EL AÑO NUEVO EN EL PLANETARIO HUMBOLDT 65

EVANGELIO (Lc., 2, 1-14)

Por aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, mandando empadronar a todo el mundo. Este fue el primer empadronamiento, hecho mientras Cirino, o Quirino, fue gobernador de la Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a la ciudad de su stirpe. José, pues, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David, llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María su esposa, la cual estaba encinta. Y sucedió que, hallándose allí, le llegó la hora del parto. Y parió a su hijo primogénito, y envolviólo en pañales, y recostólo en un pesebre; porque no hubo lugar para ellos en el mesón. Estaban velando en aquellos contornos unos pastores, y haciendo centinela de noche sobre su grey. Cuando de impreviso un ángel del Señor apareció junto a ellos, y cercólos con su resplandor una luz divina, lo cual los llenó de sumo temor. Díjoles entonces el ángel: No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo para todo el pueblo. Y es que hoy ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo o Mesías, el Señor nuestro; y sirvaos de seña que hallaréis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre. Al punto mismo se dejó ver con el ángel un ejército numeroso de la milicia celestial, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

(Lc., 2, 15-20) Luego que los ángeles se apartaron de ellos y volaron al cielo, los pastores se decían unos a otros: Vamos hasta Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de suceder, y que el Señor nos ha manifestado. Vinieron, pues, a toda prisa, y hallaron a María y a José, y al Niño reclinado en el pesebre. Y viéndole, se certificaron de cuanto se les había dicho de este Niño. Y todos los que supieron el suceso se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado.





El pentagrama, la tela y la madera y el papel se prestaron a recibir las gracias creadoras de sus autores. Es en los primeros días de nuestro nacimiento de pueblo en los que ha de buscarse la huella débil o gloriosa, firme o perdida, de quienes quisieron fincar raíz y tradición en las tierras del Nuevo Mundo. Pero toda noticia, rastreándola, nos pierde en un laberinto de llamamientos, de incitaciones que parecen luz verdadera y son apenas resplandor de toda la verdad poseída. De todas maneras, algún camino sirve. Y por el que más nos es grato a la memoria y por cuanto le hallamos de trascendencia y significación, en él nos detenemos, espigando sonido y color, gesto y palabra, para ofrecer personal aprecio.

En un objeto sonoro reside toda la noticia culta primeriza de nuestra historia musical de la Colonia. Lo que se encontró, lo habido en la autoctonía, era salvaje y puro de primitivismo —formas y sonidos— y así permaneció hasta que formas extranjeras y sonidos diferentes vinieron a injertarse o a mantenerse reacios, íntegros en la representación o en la mescolanza sucesiva. Fue un órgano, traído de España o de Santo Domingo y que estaba en la Iglesia Mayor para el año de 1591, según nos cuenta José Antonio Calcaño en su libro "La Ciudad y su Música". Y fue así en esa misma Iglesia, por razones de necesidad litúrgica, como se dieron las primeras lecciones de canto llano y luego de gregoriano. Cuanto hubo después llegó por la misma vía religiosa, maduro de adustez y de ceremoniales de gravedad, que entre campanas y maitines, funerales de pompa regia y misas de consagración de apostolado católico en tierras de Indias, o pusieron la cruz de la civilización occidental frente a los ídolos y a los dioses paganos de la indigenada primero y del mestizaje después. No nacieron, pues, en el comienzo, en las márgenes de las frescas quebradas del "valle que los indios llamaban Taramaina, al pie de la alta sierra cuyo primer nombre fue Guararí-Repano" los júbilos navideños, porque el innovado calendario estaba fijando con certidumbre cronológica que ello vendría después de los jorgios de los Diablos de Corpus, del vivac de los triunfos guerreros y de las melancólicas canciones que ya en sus tribus entonaban los indios derrotados, los negros nostálgicos, los españoles que añoraban patria y bandera, hogar y rey. Mezcla de estas fuerzas resultaron los modos musicales de la Colonia, poderosos de fuerza mística que buscara expresar todo el drama de la iniciación

americana en estas partes de la Tierra Firme, cuando la trasmigración violenta y obligada vació en formas extranjeras su contenido autóctono, hasta darnos esas pruebas valiosísimas del ingenio nativo, en las que ocupan rango preeminente, años más adelante, las obras de Juan Manuel Olivares (1760-1797) en primer término. Lentamente, el gusto por la recién conocida posibilidad expresiva utilizó nuevos instrumentos musicales, más órganos importados venidos en sucesivas oportunidades a ampliar las facilidades que muy empeñosos ofrecían a sus discípulos y adeptos Frailes y Maestros de Capilla. Hasta alcanzar relieves verdaderamente hermosos en esa que podríamos llamar primera etapa conocida de nuestra realidad artística, la que nos depara su autor principal, un humilde misionero, figura angelical que ha sido rescatada en sus propios perfiles en esta búsqueda de huellas primeras por el mismo musicólogo nuestro Calcaño: Fue Fray Diego de los Ríos: "...era músico y compositor. Al poco tiempo de fundado el pueblo (se refiere a San Miguel de los Araguañes) los indiecitos de San Miguel eran los mejores cantores de aquellos parajes. Cantaban las misas en latín con tal justeza y expresión, que despertaron la admiración de todos los frailes. Y hubo algo más: Fray Diego compuso motetes y villancicos con letra caribe que llegaron a ser deleite especial de moradores y transeúntes, con lo que San Miguel de los Araguañes llegó a ser por aquel tiempo la cuna y el centro de músicas nuevas. Estas obras de Fray Diego de los Ríos, de las cuales ninguna se conserva, fueron tal vez las primeras piezas musicales compuestas en nuestro suelo... Muerto en esta ciudad en el año de 1670 y fue enterrado en la cripta de San Francisco, donde todavía hoy deben estar sus restos".

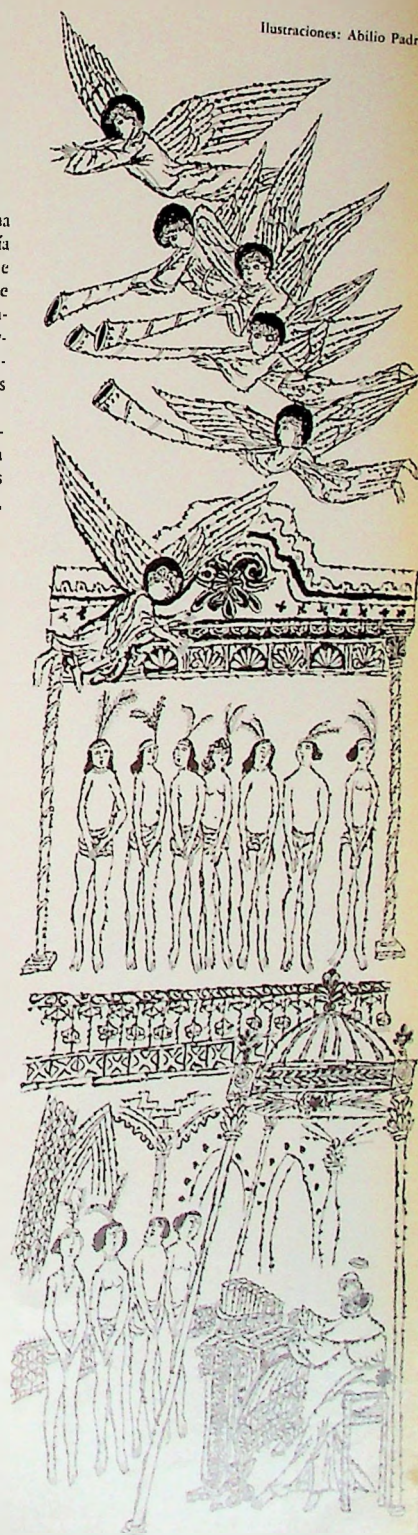
¿Qué dirían los indiecitos al Nacimiento en aquellos villancicos, a esa Nuestra Señora Desconocida que se les ofrecía como Madre Amantísima llena de gracias ultraterrenas, tan diferente de sus diosas, a ese Niño Jesús que no parecía ni a indio ni a negro, a ese San José portador de rama florida, como un fraile humilde a quien no se le conocían las manos de la carpintería, como si se sabían de memoria las de los otros, trabajando junto a ellos en la construcción de templo y casa?

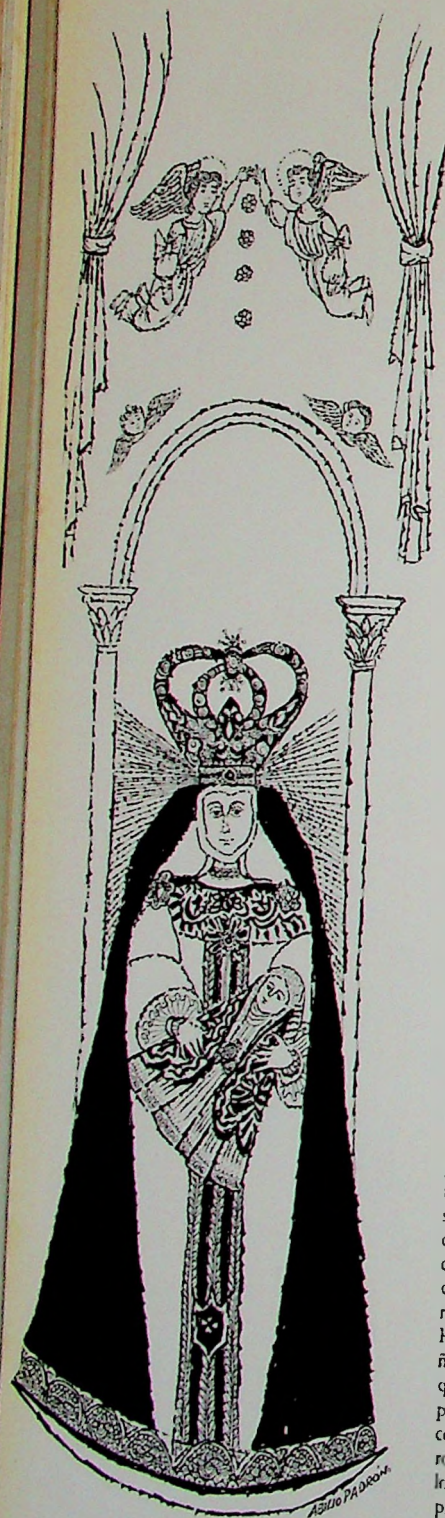
"Niño chiquitico
Niño delicado
tus rubios cabellos
de oro son peinados".

"A Belén pastores,
vamos a Belén
a buscar al Niño
Jesús nuestro bien".
"¡Ay, chiquirritico!
¡Se muere de frío!
¡Una cobijita
"pal" recién "nacío"!"

En lengua caribe, seguramente una punzante dulzura agreste impregnaría las estrofas de los primeros cantores de nuestro valle por aquellas Pascuas de Diciembre. ¿Se inspiraría en ellos, acaso, para sus *Tonos Festivos* y de *Navidad* José Francisco Velázquez (1756-1805)? ¿No lo guardaron tradiciones orales?

Sobre este mismo pentagrama de amorosa melodía naciente, las letras han debido vaciar sus odres de extraños contenidos. Dulces unos, picantes otros, memoriosos a cual más extremado clamor, éstos, de violenta invitación a lucha o en quebrada lozanía de amor, estremecidos de recién nacida fe, conjugados en aprendizaje de vocablos, misteriosos de significación, rudos en su candor salvaje o excitantes de picardía recién llegada, así debieron estrenarse en las alboradas de la nacionalidad las fablas melodiosas de la poesía. Toda forma española sirvió como raíz para que trepara por ella la savia de la autoctonía. Pero no hallo la estrofa pura indígena, sólo las palabras de su vocabulario. No hallo el temblor de sus endechas enamoradas o sus súplicas sentimentales; ni las arengas de los Caciques ni la oración de los Piaches ni la glosa del trovador. Y es a partir de los Cronistas cuando ya predomina la inmersión en aquel mar posesivo, cuando comienzan a ser devueltos los guijarros desde el fondo mismo de su verdad, todo cuanto hasta entonces estuvo inadvertido, envuelto y revuelto en la trabazón conquistadora. Y el elenco invasor prevaleció, feroz o bienhechor, socavando, destruyendo, suplantando, transformando ese elemento vivísimo y primigenio que pudo habernos ayudado —de haberlo conservado y conocido— a esclarecer mejor la fuente preciosa. Como un largo incendio la brasa conquistadora hizo arder el gran cuerpo americano y sólo ahí donde hubo más dura evidencia defendida, se salvó lo que constituye patrimonio geográfico natural en algunas naciones y punta de ovillo para nuestros estudios. Todo, pues, es, mayormente referencia de terceros. Hay poco material original. En algunos casos, nada que permita reconocer la imagen propia, totalmente aceptada y tras de cuyas huellas hemos





de rastrear la autoctonía. "Casi toda nuestra poesía popular es de origen hispánico —dice Juan Liscano—. Las formas preceptivas más usuales son la copla, cuarteta o canta, de versos octosílabos o exasílabos, de décimas combinadas en glosas y letrillas, el corrido de ricas asonancias, hijo legítimo del romance español". Qué hermoso habría sido conocer una arenga de Guaicaipuro a sus huestes o un elogio amoroso del cacicazgo a la indígena fragante y arisca...

Lo que fue, pues, balbuceo de catequis a los pies de la Divinidad recién conocida, va engarzado a aquella misma melodía que Fray Diego nos dejara en legado hecho intangible por la circunstancia. Y en esa virginidad ausente deberíamos dejar fundada la arquitectura de una mestiza expresión nuestra, en desagravio y homenaje.

Rostros sufrientes las maderas, como respuestas a las heridas de la mano sobre la nervadura vivísima. Colores sordos, desde el aceitunado nazareno, cruzado de látigo y espinas, de lanzazo y cilicio. Vestiduras en las que el oro apenas fulge en oposición casi mística de advenimiento sobre la desnudez, prevalecen en las expresiones maduras de las tallas y esculturas coloniales. No están las sonreídas y frescas referencias pascuales. No hay ilustración rezumante a nacimiento, a cosa recién gestada o recién habida. Si la Virgen sostiene un Niño, ella está de pie o sentada, liberada, no de rodillas, en vasallaje maternal femenino sino en gloriosa y triunfante serenidad, por encima del físico doblegamiento. Ya es la Inmaculada Concepción, —repetición murillesca de primitivos o imagineros— ya Nuestra Señora de Caracas, patrona y señora, con cetro de reina y al amparo de la mirada y los brazos abiertos del Dios Padre; ya virgen del Rosario o del Carmen, con el hijo crecido en brazos, lejos del pesebre belencino. En cambio abunda la talla doliente de La Dolorosa, de la Virgen de la Soledad, exaltación virginal en el trance de advocaciones distantes del misterio de la Concepción que la quebrantara como a lirio purísimo sobre el resplandor del Hijo y sola, en soledad de reina y señora de un cielo no compartido ni siquiera con la humildad del amantísimo peregrino, que la condujera por fila de colinas en la fuga del infanticidio herodiaco. Apenas en trinidad familiar, los tres como imagen de un gozo supremo en significados vinculatorios, aparecen las efigies forjadoras originales del Nacimiento.

Aún Nuestra Patrona, la Virgen de la Coromoto, fue intuita en los borrosos rasgos de la efigie dejada por Ella —es dogma tradicional— en manos del indiecito de los Cospes, como una señora sentada en su trono, con el Niño descansando en las rodillas. Y las otras advocaciones criollas, aparecimientos a la fe inaugural llena de asombros, son conocidas en muy distinta postura y momento al de la Natividad.

¿No hay acaso esculturas y pinturas que hayan recogido el momento del Nacimiento en nuestra heredad artística, en pintura y escultura? ¿Cómo es que no abundan esas referencias de la Navidad en los días del nacimiento de la Patria, hechura de aquel fervor que inflamara el aire exultante de la religiosidad, imponiéndose en el seno familiar lleno de rumores de oración, de recoletos ánimos en ronda de fe recién adoptada y creciente? ¿Qué se hicieron los cuadros feos de aquel pintor gallego de brocha gorda, Mauricio Robes, "quien cuando no estaba dando lechada o azulín a algún muro, gustaba de ponerse a pintar cuadros feos, al decir de la gente, los cuales vendía luego"? Se sabe que pintó una *Huida a Egipto*, una *Oración en el Huerto* y un retablo del martirio de San Esteban, que años más tarde se colgó de los muros de la Catedral, y en cuyo fondo se veía al Obispo Tovar dando la bendición con la custodia, en compañía de Manípe rez. ¿No hubo nunca quien pintara un Nacimiento? ¿No lo hizo Fray Diego cuando en San Miguel de los Araucaneyes "construyó la iglesia y la llenó de pinturas"?

Sólo adultez, madurez de vírgenes y de santos, Niños-Jesús en brazos, no en lecho de fulgores rústicos, aurales. *Pésames*, *Himnos*, *Crónicas* de asombro ecuatorial, alabanzas de tierra poderosa en aptitud para toda fecundación, lo sufriente suyo en trance insoslayable, no la dehiscencia solar y milagrosa que es en sí vértice, culminación, cenir, luz unigénita y total a cuyo calor habrá de afianzarse un futuro, sino gestación, embarazo, camino y peregrinaje, itinerario áspero y cárdeno, purpura de cilicio y no rubí de alumbra miento, penitencia después de la cual el don milagroso habría de esperar el mucho tiempo para reflejarse en la evidencia crédula y final. Como si en nuestra formación ciudadana, nutrida de rebeldía y voluntad, el legado de la Conquista y de la Colonia hubiera sido credo subconciente, tácita manifestación de conocimiento en lucidez implantada, como que los principios implanta dos en el recién nacido orden america

no revelaran claramente la cópula del mestizaje sin sobrevivencia de lo original propio, de la autoctonía, acosada y agotada hasta su casi total desaparición, hasta el reducho de sus posiciones ancestrales apenas ubicadas hoy en mapas y teorías, suerte de destinos cuyo secreto debía ser cerrado como secreto en arca, para ser violada sucesivamente, hasta sembrar conciencia de soledad y aislamiento en vegetativa existencia sin estímulo convincente y sin desagravio total; dato que dejara la lucidez sobre una verdad cuyos primeros frutos desparataron entre un aroma de cafetos y una aureola de maíz dorado, un color de sacrificio sin tregua y el cárdeno esfuerzo ante el pagano culto, todo como restado empeño en la civilización traída de allende el mar, para afirmar nuestra dócil y generosa bondad humana, accesible en pasmo de conocimiento al trance civilizador.

Lo que fuera, pues, condición profunda de actitud creadora en nuestro germinar de pueblos, se hizo poderoso como un misterio mismo y sordo y soterrado como riqueza virginal e indestructible. Desde adentro nos alimentó en la certeza de la Patria nacida de golpe como en piedra secular tallada violentamente, sin representaciones balbuceantes. Y se me ocurre pensar que no se esculpieron más nacimientos que los de los pueblos. Y no se forjaron sino héroes, esculpidos para la Historia autóctonos o conquistadores. Y no se repitieron más colores ni más cuadros que los que dejaron en las páginas gloriosas los fastos de la dominación en el sacrificio impúbter de la Tierra Firme, bajo los estandartes y las hordas y las banderas y los himnos de un comienzo que vino primero más allá de las fronteras. Hasta que un día afloró, como reinado de la voluntad, en una declaración explícita y terrena.

De las montañas baja el agua clarísima y se acuesta en las colinas de cartón pintado. Y un espejo roto copia el coloreado azul de un cielo de papel, nuboso de algodones. Allí mismo una estrella de mica fulge con palpitaciones móviles o revienta en el fulgor de la iluminación eléctrica, como un fruto de sol y de fuego. Un ángel cuelga su ligereza de plumas y símbolos sobre el valle oloroso a pinturas y resinas y abajo, entre un estático permanecer de rebaños y pastores, de gentes y de bestias mansas, de árboles y palmeras y da mesticidad más acuciosa de la tropical naturaleza, está la casita de techo de espigas de arroz, con paredes de aire tem

bloroso, en la que un Niño reposa con las manecitas abiertas en el regalo de todas las bendiciones cristianas y una Virgen María se inclina reverente ante el misterio de su concepción, mientras San José contempla absorto el milagro de la Divinidad. El silencio y la fidelidad mansa de un borrico y de un bucy asumen la representación irracional frente al regalo peregrino de tres Reyes Magos que no desconocieron nunca los rumbos porque siguieron la luz de la estrella más alta...

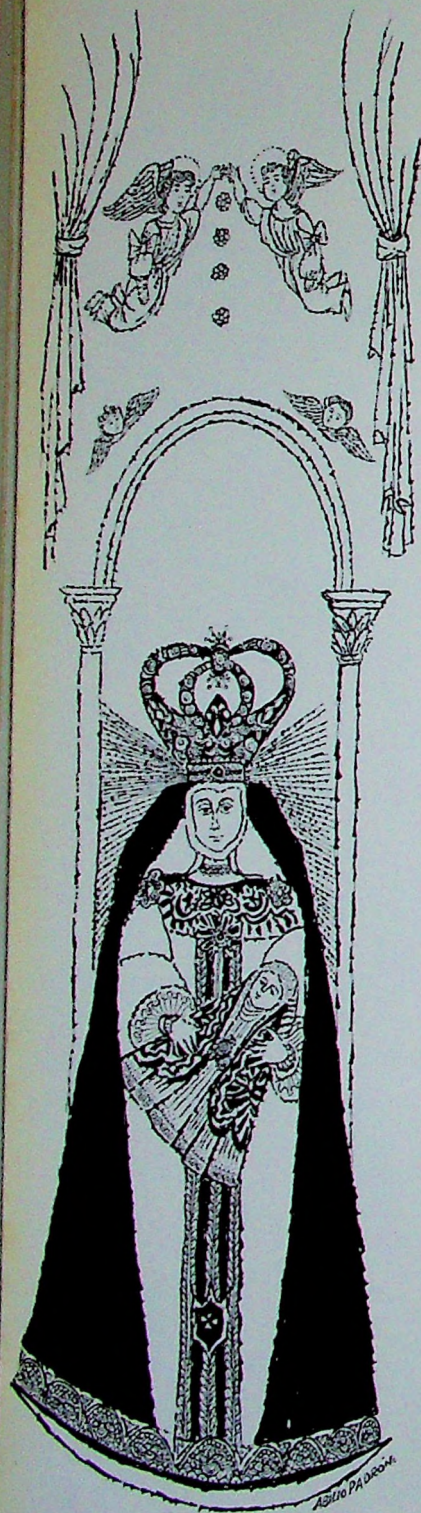
Esta es la más acogida representación de nuestra Navidad. Alrededor y antes o después del día 25 de diciembre, las parrandas, las novenas, los aguinaldos, las posadas y paraduras, el robo y la búsqueda, formas de autos sacramentales, paseos de reyes y otras diversiones, tejen su guirnalda sonora y llena de colorido y pintoresquismo en toda la extensión venezolana, cada una con variantes y características propias. Hasta prolongar estos festejos hacia los días de Carnaval en algunas regiones interiores y en otras solamente hasta el 6 de enero. Día de Reyes. Ciclo en el que se han repetido antiguos motivos, tal y como si la mano misma del tiempo limpiara y dejara al descubierto el brillante mosaico de una tradición que nació llena de resonancias y cruzada de signos, en concurrencia de ecuménica fidelidad.

Obras consultadas:

La ciudad y su música. José Antonio Calcaño. Lit. y Tip. Vargas. Caracas 1958. Premio Municipal de Literatura en Prosa, del mismo año.
Poesía Popular Venezolana. Colección. notas y prólogo de Juan Liscano. Edición Suma. cuaderno N° 16, 1945.
Diversiones Pascuales en Oriente y otros ensayos. R. Olivares Figueroa. Edic. Ardor. Lit. y Tip. Vargas, 1949.
"Imaginería Colonial". Exposición de las más importantes tallas y esculturas coloniales, en el Ateneo de Caracas. Actos del Sesquicentenario de nuestra independencia. Caracas, julio de 1961.
Exposición de Pintura Venezolana, del siglo de la Colonia hasta nuestros días. Museo de Bellas Artes de Caracas. Actos del Sesquicentenario de nuestra Independencia. Caracas, julio de 1961.
Música Colonial Venezolana. Juan Bautista Plaza. Colección Letras Venezolanas. Separata de la Revista Nacional de Cultura. Caracas, diciembre de 1958.
Manual de Folklore Venezolano. por Isabel Aretz. Biblioteca Popular Venezolana, N° 62. Edic. del Ministerio de Educación. Caracas, 1957.
Juan de Castellanos o el año de ex-presión. Orlando Araujo. Cuaderno 110 de la Asociación de Escritores Veneolanos. Caracas, 1960.
Folklore Venezolano. R. Olivares Figueroa. Tomo I. Biblioteca Popular Venezolana. N° 23. Edic. del Ministerio de Educación. Caracas, 1948.
Esta tierra de gracia... Imagen de Venezuela en el siglo XVI. Isaac Pardo. Imprenta López. Buenos Aires. Caracas, 1955.



LUZ MACHADO DE ARNAO. Venezolana. Nació en Ciudad Bolívar en 1916. Poetisa y escritora; ha ejercido largamente también la profesión periodística. Colabora en importantes publicaciones nacionales y extranjeras. Ha viajado por diversos países de Europa y América. Pertenece a la Asociación de Escritores Veneolanos y ha ocupado posiciones directivas en las principales instituciones culturales de Caracas. Fue Agregado Cultural a tural de Venezuela en Chile. Libros publicados: "Ronda" (1941); "Variaciones en tono de amor" (1943); "Vaso de resplandor" (1946); "La Es-Premio Municipal de Poesía (1946); "Canto al Orinoco" (1950); "Canto al Orinoco" (1953), traducido al francés; "Sonetos nobles y sentimentales" (1956), publicado en Santiago de Chile; "Caras al tiempo" (1959). Tiene inédito: "La casa por dentro" (poemas).



de rastrear la autoctonía. "Casi toda nuestra poesía popular es de origen hispánico —dice Juan Liscano—. Las formas preceptivas más usuales son la copla, cuarteta o canta, de versos octosílabos o exasílabos, de décimas combinadas en glosas y letrillas, el corrido de ricas asonancias, hijo legítimo del romance español". Qué hermoso habría sido conocer una arenga de Guaicaipuro a sus huéspedes o un elogio amoroso del cacicazgo a la indígena fragante y arisca...

Lo que fue, pues, balbuceo de catequisas a los pies de la Divinidad recién conocida, va engarzado a aquella misma melodía que Fray Diego nos dejara en legado hecho intangible por la circunstancia. Y en esa virginidad ausente deberíamos dejar fundada la arquitectura de una mestiza expresión nuestra, en desagravio y homenaje.

Rostros sufrientes las maderas, como respuestas a las heridas de la mano sobre la nervadura vivísima. Colores sordos, desde el aceitunado nazareno, cruzado de látigo y espinas, de lanzazo y cilicio. Vestiduras en las que el oro apenas fulge en oposición casi mística de advenimiento sobre la desnudez, prevalecen en las expresiones maduras de las tallas y esculturas coloniales. No están las sonreídas y frescas referencias pascuales. No hay ilustración rezumante a nacimiento, a cosa recién gestada o recién habida. Si la Virgen sostiene un Niño, ella está de pie o sentada, liberada, no de rodillas, en vasallaje maternal femenino sino en gloriosa y triunfante serenidad, por encima del físico doblegamiento. Ya es la Inmaculada Concepción, —repetición murillesca de primitivos o imagineros— ya Nuestra Señora de Caracas, patrona y señora, con cetro de reina y al amparo de la mirada y los brazos abiertos del Dios Padre; ya virgen del Rosario o del Carmen, con el hijo crecido en brazos, lejos del pesebre belencino. En cambio abunda la talla doliente de La Dolorosa, de la Virgen de la Soledad, exaltación virginal en el trance de advocaciones distantes del misterio de la Concepción que la quebrantara como a lirio purísimo sobre el resplandor del Hijo y sola, en soledad de reina y señora de un cielo no compartido ni siquiera con la humildad del amantísimo peregrino, que la condujera por fila de colinas en la fuga del infanticidio heróico. Apenas en trinidad familiar, los tres como imagen de un gozo supremo en significados vinculatorios, aparecen las efigies forjadoras originales del Nacimiento.

Aún Nuestra Patrona, la Virgen de la Coromoto, fue intuita en los borrosos rasgos de la efigie dejada por Ella —es dogma tradicional— en manos del indiecito de los Cospes, como una señora sentada en su trono, con el Niño descansando en las rodillas. Y las otras advocaciones criollas, aparecimientos a la fe inaugural llena de asombros, son conocidas en muy distinta postura y momento al de la Natividad.

¿No hay acaso esculturas y pinturas que hayan recogido el momento del Nacimiento en nuestra heredad artística, en pintura y escultura? ¿Cómo es que no abundan esas referencias de la Navidad en los días del nacimiento de la Patria, hechura de aquel fervor que inflamara el aire exultante de la religiosidad, imponiéndose en el seno familiar lleno de rumores de oración, de recoletos ánimos en ronda de fe recién adoptada y creciente? ¿Qué se hicieron los cuadros feos de aquel pintor gallego de brocha gorda, Mauricio Robes, "quien cuando no estaba dando lechada o azulín a algún muro, gustaba de ponerse a pintar cuadros feos, al decir de la gente, los cuales vendía luego? Se sabe que pintó una *Huida a Egipto*, una *Oración en el Huerto* y un retablo del martirio de San Esteban, que años más tarde se colgó de los muros de la Catedral, y en cuyo fondo se veía al Obispo Tovar dando la bendición con la custodia, en compañía de Maripérez. ¿No hubo nunca quien pintara un Nacimiento? ¿No lo hizo Fray Diego cuando en San Miguel de los Araucaneyes "construyó la iglesia y la llenó de pinturas"?

Sólo adulez, madurez de vírgenes y de santos, Niños-Jesús en brazos, no en lecho de fulgores rústicos, aurales. *Pésames, Himnos, Crónicas* de asombro ecuatorial, alabanzas de tierra poderosa en aptitud para toda fecundación, lo sufriente suyo en trance insoslayable, no la dehiscencia solar y milagrosa que es en sí vértice, culminación, cenit, luz unigénita y total a cuyo cacerol habrá de afianzarse un futuro, sino gestación, embarazo, camino y peregrinaje, itinerario áspero y rudo de alumbramiento, penitencia después de la cual el don milagroso habría de esperar el mucho tiempo para reflejarse en la evidencia crédula y final. Como si en nuestra formación ciudadana, nutrida de rebeldía y voluntad, el legado de la Conquista y de la Colonia hubiera sido credo subconiente, táctica manifestación de conocimiento en lucidez comprobada, como que los principios implantados en el recién nacido orden americana-

no revelaran claramente la cópula del mestizaje sin sobrevivencia de lo original propio, de la autoctonía, acosada y agotada hasta su casi total desaparición, hasta el reducto de sus posiciones ancestrales apenas ubicadas hoy en mapas y teorías, suerte de destinos cuyo secreto debía ser cerrado como secreto en arca, para ser violada sucesivamente, hasta sembrar conciencia de soledad y aislamiento en vegetativa existencia sin estímulo convincente y sin desagravio real: dato que dejara la lucidez sobre una verdad cuyos primeros frutos desparataron entre un aroma de cafetos y una aureola de maíz dorado, un color de sacrificio sin tregua y el cárdeno esfuerzo ante el pagano culto, todo como restreado empuño en la civilización urrada de allende el mar, para afirmar nuestra dócil y generosa bondad humana, accesible en pasmo de conocimiento al trance civilizador.

Lo que fuera, pues, condición profunda de actitud creadora en nuestro germinar de pueblos, se hizo poderoso como un misterio mismo y sordo y soterrado como riqueza virginal e indestructible. Desde adentro nos alimentó en la ceteza de la Patria nacida de golpe como en piedra secular tallada violentamente, sin representaciones balbuceantes. Y se me ocurre pensar que no se esculpieron más nacimientos que los de los pueblos. Y no se forjaron sino héroes, esculpidos para la Historia autárquica o conquistadores. Y no se repitieron más colores ni más cuadros que los que dejaron en las páginas gloriosas los fastos de la dominación en el sacrificio impúber de la Tierra Firme, bajo los estandartes y las hordas y las banderas y los himnos de un comienzo que vino primero más allá de las fronteras. Hasta que un día afloró, como reinado de la voluntad, en una declaración explícita y terrena.

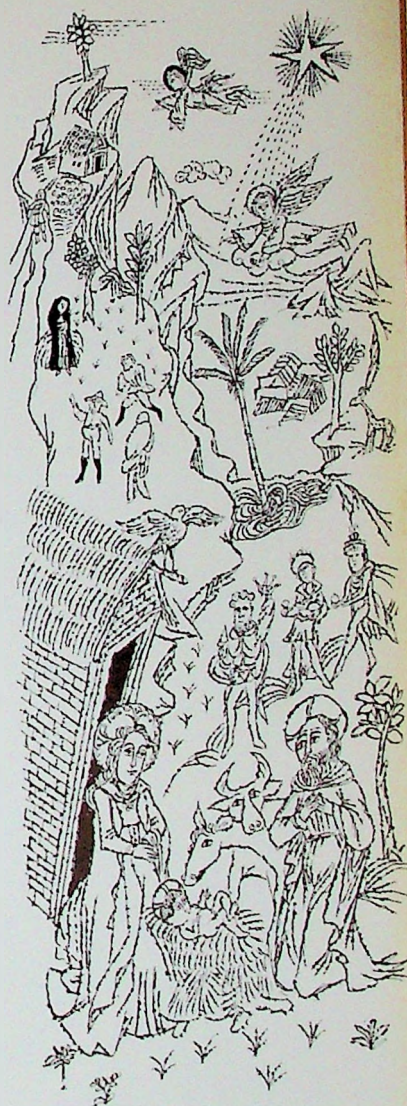
De las montañas baja el agua clarísima y se acuesta en las colinas de cartón pintado. Y un espejo roto copia el coloreado azul de un cielo de papel, nuboso de algodones. Allí mismo una estrella de mica fulge con palpitaciones móviles o revienta en el fulgor de la iluminación eléctrica, como un fruto de sol y de fuego. Un ángel cuelga su valle oloroso de plumas y símbolos sobre el halo, entre un estático permanecer de rebajados y pastores, de gentes y de bestias mansas, de árboles y palmeras y camaleones y figuritas que recoge la domesticidad más acuciosa de la tropical naturaleza, está la casita de techo de espigas de arroz, con paredes de aire tem-

bloroso, en la que un Niño reposa con las manecitas abiertas en el regalo de todas las bendiciones cristianas y una Virgen María se inclina reverente ante el misterio de su concepción, mientras San José contempla absorto el milagro de la Divinidad. El silencio y la fidelidad mansa de un borrico y de un buey asumen la representación irracional frente al regalo peregrino de tres Reyes Magos que no desconocieron nunca los rumbos porque siguieron la luz de la estrella más alta...

Esta es la más acogida representación de nuestra Navidad. Alrededor y antes o después del día 25 de diciembre, las parrandas, las novenas, los aguinaldos, las posadas y paradas, el robo y la búsqueda, formas de autos sacramentales, paseos de reyes y otras diversiones, tejen su guirnalda sonora y llena de colorido y pintoresquismo en toda la extensión venezolana, cada una con variantes y características propias. Hasta prolongar estos festejos hacia los días de Carnaval en algunas regiones interiores y en otras solamente hasta el 6 de enero. Día de Reyes. Ciclo en el que se han repetido antiguos motivos, tal y como si la mano misma del tiempo limpiara y dejara al descubierto el brillante mosaico de una tradición que nació llena de resonancias y cruzada de signos, en concurrencia de ecuménica fidelidad.

Obras consultadas:

La ciudad y su música. José Antonio Calcano. Lit. y Tip. Vargas. Caracas 1958. Premio Municipal de Literatura en Prosa, del mismo año.
Poesía Popular Venezolana. Colección. Ediciones y prólogo de Juan Liscano. Edición Suma. cuaderno No 16, 1945.
Diversiones Pascuales en Oriente y otros ensayos. R. Olivares Figueroa. Edic. Ardon. Lit. y Tip. Vargas, 1949.
"Imaginería Colonial". Exposición de las más importantes tallas y esculturas coloniales, en el Ateneo de Caracas. Actos del Sesquicentenario de nuestra independencia. Caracas, julio de 1961.
Exposición de Pintura Venezolana, desde la Colonia hasta nuestros días. Museo de Bellas Artes de Caracas. Actos del Sesquicentenario de nuestra independencia. Caracas, julio de 1961.
Música Colonial Venezolana. Juan Bautista Plaza. Colección Letras Nacionales de las. Separata de la Revista Nacional de Cultura. Caracas, diciembre de 1958.
Manual de Folklore Venezolano. por Isabel Aretz. Biblioteca Popular Venezolana. No 62. Edic. del Ministerio de Educación, Caracas, 1957.
Juan de Castellanos o el alán de expresión. Orlando Araujo. Cuaderno 110 de la Asociación de Escritores Veneolanos. Caracas, 1960.
Folklore Venezolano. R. Olivares Figueroa. Tomo I. Biblioteca Popular Venezolana. No 23. Edic. del Ministerio de Educación, Caracas, 1948.
Esta tierra de gracia... Imagen de Venezuela en el siglo XVI. Isaac Pardo. Imprenta López. Buenos Aires. Caracas, 1955.



LUZ MACHADO DE ARNAO. Venezolana. Nació en Ciudad Bolívar en 1916. Poetisa y escritora; ha ejercido largamente también la profesión periodística. Colabora en importantes publicaciones nacionales y extranjeras. Ha viajado por diversos países de Europa y América. Pertenece a la Asociación de Escritores Veneolanos y ha ocupado posiciones directivas en las principales instituciones culturales de Caracas. Fue Agregado Cultural a la Embajada de Venezuela en Chile. Libros publicados: "Ronda" (1941); "Variaciones en el tema de amor" (1943); "Vaso de resplandor" (1946); "La casa por dentro" (1950); "Canto al Orizaba" (1953); "Sonetos nobles y sentimentales" (1956); "Sonetos en Santiago de Chile" (1956); "Cantos al tiempo" (1959). Tiene inédito: "La casa por dentro" (poemas).

Ilustraciones de J. Benet-Espuny



La Mitología Guaraúna

POR PADRE BASILIO MARIA DE BARRAL
Misionero Capuchino

Me quiero transportar en espíritu a nuestro Delta y considerarme recorriendo el intrincado dedalo o laberinto de sus caños y ríos embarcado en la célebre "URU-ANA" (1), mi curiara de batalla misionera, de dos metros de longitud acercándome a los queridos indígenas, simpatizando e intimando con ellos, ganándoles el corazón y con él la confianza, desce-rrajándoles, por ese medio, el arcano de sus secretos étnicos y apoderándome de su mentalidad autóctona.

Logrado a satisfacción este mi propósito, es para mi un enorme honor tener la suerte de poder transmitir a ustedes, si no todas, al menos alguna de tantas y tantas cosas bellas que de ellos he aprendido.

Una de las riquezas auténticas con que cuentan nuestros indígenas guaraúnos en medio de su pobreza material atávica, es su mitología del "mundo subacuático", dignísima de ser conocida y divulgada, lo mismo que su *folklore* musical, bien de índole sacra, bien, profana.

EL GUARAO Y EL AGUA

Es singular la importancia del agua, tanto en la vida real como en la mitológica de los indígenas guaraúnos. Una y otra se nos presentan como una medusa recién sacada del mar.

El solo nombre de *guarao* nos llena la boca de agua, máxi-me si tenemos en cuenta su composición etimológica y su sig-nificado. *Guarao* —*gua-arao*— "el que vive embarcado"; o sea, "el hombre que pasa su vida en el agua". El concepto de agua va tan asociado al de *guarao* como al de isla, al de coral, al de esponja, al de "nenúfar" o mosur.

En su vida apenas hay suceso que no esté, directa o indi-rectamente, relacionado con el agua, sobre la cual nace, vive y muere. Y, aún después, su cadáver, encerrado en la canoa funeraria y colocado en las dos horquetas, sobre el agua de las mareas, queda en gesto de navegante por eternidades...

No es de extrañar que donde falta el agua se sienta el indio como asfixiado, igual que el pez fuera del agua o el *mosur* plantado en una sabana.

Ningún otro nombre, por tanto, podría encajar mejor a esta raza de indios, teniendo en cuenta su medio ambiente, su gé-nero de vida y sus idiosincrasias predominantes, como el de "hombres del agua", o bien, "hombres anfíbios", pero preva-lenciendo el agua sobre la tierra.

Así al menos lo entendieron ellos al definirse a sí propios con el nombre de *guarao*, *guaraotama*, en contraposición de *jotarao* (*jota-arao*) (2) con que denominan a los habitantes de las tierras secas. Según esto, los *navegantes* son ellos, los *guarao*. Los restantes somos "fauna de tierra"...

LOS SERES MITOLOGICOS DE LAS AGUAS: LOS NABARAOS

Siendo, pues, los indios guaraúnos los "hombres de las aguas", y constituyendo las grandes masas de agua —mar, ríos y caños del litoral— el medio en que su vida se desenvuelve, no es de admirar que hayan florecido de modo espléndido entre ellos los temas mitológicos relativos a las aguas, ni que su fantasía racial, tan proclive a la novelación, haya podido crear en el fondo de las aguas un mundo tan sugestivo y maravilloso como el mundo de los NABARAOS.

La fuerza sugestiva del agua es enorme, sobre todo en almas infantiles, como son las de los indios.

¿Qué niño no ha construido con su imaginación en el fondo del mar, del río o de la laguna de su pueblo alguna ciudad encantada? Yo creo que todos hemos soñado alguna

vez con esas poblaciones subacuáticas, habitadas por seres de maravilla.

Mas si en nosotros la infancia tiene su tope para dejar margen a las otras edades de la vida, en los indígenas podemos decir que abarca la vida entera, convirtiéndolos en niños perpetuos.

No es novedad oír que los indios son "unos niños grandes". La razón de ello está en que en los indios, lo mismo que en los niños, no es la razón la que gobierna la casa, sino la imaginación y el sentimiento. La razón, si bien existe en ellos y también actúa, es ocupando un segundo plano.

Pero sea lo que sea, lo cierto es que la fantasía vivísima de estos "niños grandes", los indios guarao, ha sabido crear todo un mundo mítico debajo de las aguas, como creó en las alturas "su mundo sideral".

El folklore guarao, sobre todo la leyenda y el cuento, la toponimia del país y la canción popular, rebosan en temas relativos a este maravilloso mito de los NABARAOS y su mundo, imaginados por la fantasía racial como existentes en el fondo de las aguas.

Vamos primeramente lo que son los NABARAOS y después visitaremos su "mundo encantado".

III

LOS NABARAOS

A través de las fuentes mencionadas —leyendas, cuentos, toponimia y cancionero— y de las ingenuas referencias de los propios indios, podemos distinguir dos especies de estos seres mitológicos: los *Nabaraos guarao* y los *Nabaraos Jebus* o duendes de las aguas.

a). Los *Nabaraos Guarao* o *Joniarao* son una especie de indios semejantes a los *guarao*, cuya vida transcurre en el fondo de las aguas. Allí tienen sus caseríos, sus conucos y labranzas; todo ello de una naturaleza maravillosa.

"Los *Nabaraos* —informaba una indiecita del Amacuro— se aparecen a los indios en figura de jóvenes muy hermosos. Se ponen de pie sobre la superficie del agua. Tienen un niño en sus manos, que levantan para mostrarlo a los indios cuando van a pescar. También corren por encima del agua en forma de toninas, persiguiendo a los indios cuando van en sus curiara".

Poseen, además, la facultad de tomar la figura de ciertos pescados y anfibios cuando salen a la superficie, y dejarla cuando regresan a sus lares subacuáticos.

En este tipo de "guarao de las aguas" (*joni-arao*), vemos como un reflejo del mito nuestro de las "sirenas marinas", como también de las "siries" y "caribdis" de los romanos y griegos. Se acercan a los lugares en donde hay indios; flotan a la superficie del agua y, sin salir a tierra, desde la orilla se ponen a cantar para fascinarlos. Una vez que han conseguido atraer hacia ellos el interés de los indios, es cuando elevan en el aire niños muy hermosos, que se parecen mucho a los niños de los guarao. De este modo consiguen que los indios se les aproximen; y entonces los arrebatan para el fondo de las aguas.

Los temblores de tierra en la región del litoral, y sobre todo, ciertas alteraciones fuera de lo corriente en el mar o en el río, tales como mareas vivas fuera de época, etc., son atribuidas por los indios a sacudidas violentas de los *nabaraos* al ser picados por los tábanos o molestados por otras causas. ¿Que la tierra se desbarranca en las orillas del río, socavada por la marejada continua o arrastrada por la corriente? Son los *nabaraos* que desde el fondo la están socavando y desmoronando a golpes. ¿Que cae un árbol en el agua? Son los *nabaraos* que lo derribaron. ¿Que un pato, una caña o un manojito de hierbas se mueve dentro del agua? También son los *nabaraos* que las están sacudiendo desde el fondo...

18

Después de esto no es de extrañar que la toponimia guaraua en el Delta sea un venero de sugerencias sobre este mismo tema de los *nabaraos*. En cada caño, en cada remanso del río, en la punta o recodo de cada "chorrera" y de cada remolino o *pailón* tienen localizado algún mito relacionado con los *nabaraos*.

b). Los *Nabaraos Jebus*. Son *duendes* o espíritus malevolos, moradores, como los anteriores, del fondo de las aguas. Se aparecen a los indios en forma de ciertos peces y también en figura humana.

Ahora bien. Su nota resaltante es que *roban a las muchachas primerizas que llegan a la pubertad*; y en general, *que persiguen a las mujeres durante su acahué catanemia*.

Es igualmente creencia común entre los guarao que a veces estos duendes de las aguas o *nabaraos duendes*, salen del río y van a encontrarse con las indias, mientras éstas reposan en el *ibomanoko* (3) o choza de purgación, en que la india permanece recluida durante su período; y mucho más cuando la india quebranta el precepto de su confinamiento mientras perdura la crisis.

A estas cohabitaciones del *nabarao* con la india en esa época atribuyen el engendro de hijos monstruosos o deformes, como se comprobará más adelante.

La vista de una persona lisiada o deforme evoca en los guarao la idea de los *nabaraos duendes*. Ese desgraciado es, en el concepto de ellos, o bien un *nabarao* en figura humana, o engendro de algún *nabarao* con alguna india en crisis. Los miran con horror y rehuyen su trato.

De igual modo, cuando nace algún niño monstruoso o con defectos físicos que lo deforman notablemente, creen que no es hijo de hombre, sino del duende *nabarao*, que cohabitó con la madre del niño.

Esta superstición suele ser causa de infanticidios entre los guarao; pues al nacer un niño en tales condiciones sus propios padres procuran deshacerse de él, matándolo, como hemos tenido los Misioneros ocasiones de comprobar.

En la Misión del Amacuro decía una niña de las Bocas del Orinoco a la Hermana Misionera Sor Bernardina de Ollería que en su casa habían sido de familia cinco hermanitos; pero que al presente eran cuatro, porque al más pequeño lo había matado su mamá al nacer, viendo que no tenía más que tres dedos en cada mano.

En el año 1945 fue denunciado a la Misión de Guayo el indio Carlos de Juveina, acusado y confeso de haber matado a un hijo de su mujer, al que por su pequeñez y ruindad atribuyeron paternidad *nabaraonera*.

En el año 1946 estuvo también en la Misión de Guayo la india Luisa de Sakuarina, acusada de haber matado a un niño, hijo suyo. Citada la india, declaró ante el Superior de la Misión que al niño no lo había matado, sino *enterrado vivo*. Y que aquello lo había hecho porque, habiendo nacido sin *joto* (4), su marido negaba que fuese hijo suyo, y decía que era hijo de *nabarao*.

IV

EL MUNDO DE LOS NABARAOS

Nadie sería capaz de convencer a un *guarao* de que no es realidad el mito del "mundo subacuático", en donde se desenvuelve la vida de los *nabaraos*. ¿Mundo de maravilla! Pero tan real y auténtico en la mentalidad aborigen, como las demás cosas que vemos y palpamos.

Las poblaciones *nabaraoneras* las localizan en lo más profundo de las aguas; sobre todo, en los espaciosos remansos, en la confluencia de varios ríos, debajo de los sumideros o *carrales* de agua, llamados en el Delta "pailones", en las rom-

pienes y chorreras de los ríos; y, en general, en todos aquellos sitios en que las aguas presentan alguna novedad, sea por la corriente precipitada, sea por los cachones o borbollones que forma.

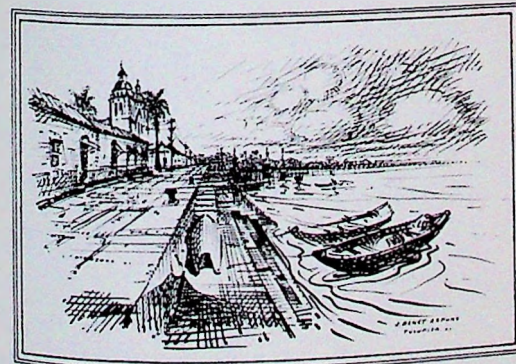
Las cosas de aquel mundo misterioso se parecen poco a las que acá en la tierra vemos. El agua es de colores extraños. El sol alumbra de distinta manera. Los árboles no se parecen a los nuestros y están cuajados de peces en vez de hojas y flores. Caimanes y tiburones se dejan manosear y son tan mansos como nuestros animales domésticos, sobre los cuales cabalgan los jineteros *nabaraos*, como sobre inofensivos jumentillos; lo mismo que las más enormes culebras de agua, las cuales uncen como tiro para remolcar sus embarcaciones...

La vida de los *nabaraos* en el fondo del agua se desenvuelve de modo análogo a la de los seres de la tierra, si bien de acuerdo con el medio. Hacen sus sementeras y tienen sus cultivos agrícolas. Renuevan los ranchos cuando se les deterioran y van al monte a cortar madera y palmas para armar los ranchos nuevos o reparar los viejos.

Los guarauños conocen los sitios más traficados por los *nabaraos*. Saben los senderos por donde salen a tierra; en dónde se bañan y en dónde celebran sus reuniones sociales y tienen sus fiestas. Cada uno de estos lugares suele tener su leyenda particular, a la que se refiere el nombre con que los indios lo reconocen.

Como ejemplo de lo dicho, transcribo de mi "Diccionario Guarao-Español - Español-Guarao" lo que allí se dice referente a uno de estos lugares nombrados con toponímicos que expresan un contenido mitológico:

"DABO-MANA. Caño afluente del Guayo, junto a la desembocadura del Osibukajunoko. El toponímico del caño



tiene origen mitológico, que los indios contemporáneos refieren diciendo que en la bifurcación de dicho caño tuvo su emplazamiento una población de *nabaraos*. El punto se llama *Dabo-Mana*, que significa *tijeras*, en recuerdo de las "tijeras" con que los *nabaraos*, desde el fondo del agua, cortaban los sedales que arrojaban los indios cuando iban a pescar".

El cancionero popular guarauño, más aún que las leyendas y cuentos, perpetúa en su fresca vitalidad este mismo tema de los *nabaraos*.

Como muestra del género, insertaré a continuación la idea de una canción guarauña, cuya música forma parte de mi "CANCIONERO DE LOS INDIOS GUARAUNOS":

Nobotomo
a-rima tane
Nabarao abayara,

A los chiquillos,
como si fuera su padre
los trata el Nabarao.

REVISTA SHELL

ma *nibora Nabarao*.
Jo-muni *ajitu noika*
a-janoko *ekurane*
ama *ubayajarane*.
Nuokore, *naokore*
eiamo *narnte*.

el *Nabarao* que es mi esposo.
Debajo del remolino, hacia la punta,
dentro de su casa
en este momento está durmiendo.
Cuando él venga, cuando venga,
con él me irá.

V

MITO-LEYENDA

El presente mito, con el que cerramos este trabajo, es una encantadora comprobación de cuanto llevamos dicho sobre el "mundo de los *nabaraos*". Lo refieren los *jamarao* de Aragua-bisi y Güinikina; y me fue dictado el año 1943 por el indígena Secundino de Aragua-bisi, alumno del Internado de Aragua-mujo.

AL ESTAR PESCANDO SALIO EN EL ANZUELO UNA MUCHACHA NABARAO

Un indio salió a pescar en su curiara nueva. Arrojó su sedal en la boca del río; y al cobrarlo, venía prendida del anzuelo una muchacha totalmente desnuda.

La embarcó en su curiara y se volvió con ella para su casa.

Al amanecer salieron ambos por el bosque a buscar fécula de *juruma* (5); pero ya en el camino comenzó el indio a maltratar a la muchacha.

La *nabarao* al verse maltratada, se arrojó al fondo del agua; y llegándose a la casa de sus padres, se quejó de su marido.

—Padre, mi marido me ha maltratado.

El padre le contestó:

—Vuelve tranquila, que cuando oscurezca yo iré por allá.

El indio, que los estaba oyendo, le dijo desde arriba:

—Escucha, abuelo. En adelante yo procuraré tratar bien a tu hija; no es preciso que vayas allá.

—Pues cuidamela bien —replicó el *nabarao* desde abajo.

La mujer insistió:

—Si tú piensas seguir maltratándome, como has hecho hoy, dímelo ahora.

—Jamás volveré a hacer lo que hice —contestó el indio desde la curiara—. Y a tu padre le mandaré *juruma*.

Dicho y hecho. Habiendo sacado un *mapir* de *juruma*, andando se fue a llevar a la boca del río, donde el *nabarao* tenía su vivienda en el fondo del agua.

A la casa de los *nabaraos*

Un día la *nabarao* dijo al indio:

—Sígueme.

Mas el indio, atemorizado, le contestó:

—Tú me das mucho miedo.

Ella repuso:

—No veo qué motivo te he dado para que me tengas miedo. Espera un poco.

Después volvió a llamarlo.

—Vente ya.

En pos de ella se fue el indio para la casa de los *nabaraos*.

Apenas llegar, sin detenerse a saludar a nadie se fueron a pescar a un remanso.

—Cuando regresemos —dijo la *nabarao*—, tenemos que presentarnos a mi padre.

El indio, recelando, contestó:

—¿Ahora si que te voy a castigar de veras!

—Eso si que no harás —replicó la *nabarao*—; pues tienes que cumplir tu palabra de tratarme bien.

Al llegar a la boca del río, la mujer se tiró al fondo del agua y llamó al marido.

19

—Ven detrás de mí. Salta de la curiara al caballero de este rancho, y de ahí al fondo.

El indio se arrojó al agua; se detuvo sobre la cumbrera de uno de los ranchos y saltó al fondo del agua.

Después entraron en la casa de los *nabaraos*.

La mujer dijo al indio:

—Estrecha la mano de mi padre. Aquí abunda el pescado. También hay bastante tela para hacer vestidos.

Después salieron el indio y la *nabarao* del fondo del agua y, nadando los dos, regresaron a su casa.

Con el abuelo *nabarao*

Esta vez la *nabarao* y el indio se fueron lejísimos. Mientras navegaban, decía al indio la *nabarao*:

—Por aquí he venido yo con mi padre muchas veces. Observa las huellas de mis pies allá, en el fondo. . .

La *nabarao* volvió a decir:

—Mira. En toda la boca de ese otro río, ahí mismo, vive mi abuelo. ¿No quieres conocerlo?

El indio contestó:

—Sí, quiero.

Y volvió a decir el indio:

—¿No habrá peligro?

—Ninguno —contestó ella.

Dijole después:

—Arrojate al fondo del agua.

El indio se arrojó al fondo del agua.

—Esta vez regresaremos pronto —dijo la mujer.

Salieron del agua y se fueron a recoger *yuruma*.

—Llevaremos para el abuelo dos mapites de *yuruma* —dijo.

El marido contestó:

—Está bien. Pero exígele el precio. Si tiene tela, trae para mí, pues estoy sin vestido.

Cuando iba, le gritó el indio:

—Exígele que también me haga el vestido.

—Pues vente tú también para que te tome la medida —replicó la *nabarao*.

El abuelo hizo el vestido al indio y se lo entregó.

El indio se lo vistió.

—Ahora ya nos vamos —dijo a su mujer.

Y los dos marcharon para su casa.

El indio saltó a la cumbrera del rancho, y de allí a la superficie del agua.

El país de los *nabaraos*

Transcurridos una porción de días, dijo la *nabarao* al indio: —Hoy quiero llevarte a un país que, al verlo, te parecerá encantado.

Cuando hablaba la *nabarao* iban navegando sobre un espacioso remanso.

—Párate aquí y échate al agua —le dijo la mujer.

Saltaron de la curiara los dos y se zambulleron en el agua. Mas el agua sólo les cubría hasta la cintura.

—¿Estamos sobre un bajo? —preguntó el indio.

—No. Lo que estamos pisando es el caballero o cumbrera de la casa de los *NABARAOS TORTUGAS*, que viven en el fondo de este remanso y son mis parientes.

Volvieron a saltar y llegaron al fondo.

Allí el sol era distinto. Las aguas, de colores. Los árboles no se parecían a los de la tierra, y en vez de frutos se cargaban de peces. Los caimanes estaban domesticados, igual que los peces sierra; y los tiburones no hacían daño.

—Mira allá —le dice la *nabarao*—. Por aquel recodo

tienen su *nibomakono* (3) las muchachas *nabaraos*; y un poco más allá, hacia el espolón de la isla, tienen el lugar reservado para ellas bañarse después de sus crisis. Los muchachos se bañan allá, del otro lado. Te enseñaré el *jojo-noko* o "plaza de baile" en donde los *nabaraos* celebran sus fiestas.

Muerte de la *nabarao*

Después de haber pasado varios días en la rancharía de los *nabaraos tortugas*, salieron otra vez a la superficie y se fueron a su casa.

Mas en el camino cogió el indio en el río un morrocoy que venía nadando.

Le dice la *nabarao*:

—¡Ah, sus! . . . Yo no como eso, porque es mi tío. ¡Suéltalo! Si tú lo comes, yo me moriré.

Pero al llegar a casa le dijo el indio:

—Mira. Tú métete en la casa y cierra bien la puerta para que no pueda llegar a ti el olor del morrocoy. Procuraré asarlo bien lejos.

Asó el morrocoy y se lo comió.

Después, al ir a buscar a la *nabarao*, la encontró muerta.

Desde entonces los *nabaraos* se hicieron enemigos irreconciliables de los guarauños.

Si aquella *nabarao* hubiera tenido hijos del indio, los guarauños al presente encontrarían debajo del agua alojamiento y cuanto necesitasen. Mas por haber muerto sin sucesión, no encuentran más que la muerte.

Así es de frondosa, sugestiva y vital la *mitología guarauña de las aguas*; y otro tanto podríamos afirmar de la que se refiere al "mundo sideral"; al génesis u origen de los seres; a los meteoros y fenómenos de la naturaleza; a la supervivencia del espíritu humano después de la muerte y a sus andanzas por los "países de *ultramundo*"; a los genios o duendes que trastean con los indígenas, y aun a las simples piedras del camino, en las que el guarau, zahorí de casta, no ve tales piedras, sino el *habitat*, camuflado, en que se desenvuelve todo un mundo, el de los "JEBU" o "espíritus" de los *kareko* (6).

NOTAS:

1. — "URU-ANA" (*uru*, lenta; *ana*, no) "RAPIDA". Era el nombre de la curiara que usó el autor de este trabajo en la fundación de San Francisco de Guayo.

2. — *Jota*, tierra seca; *arao*, morador.

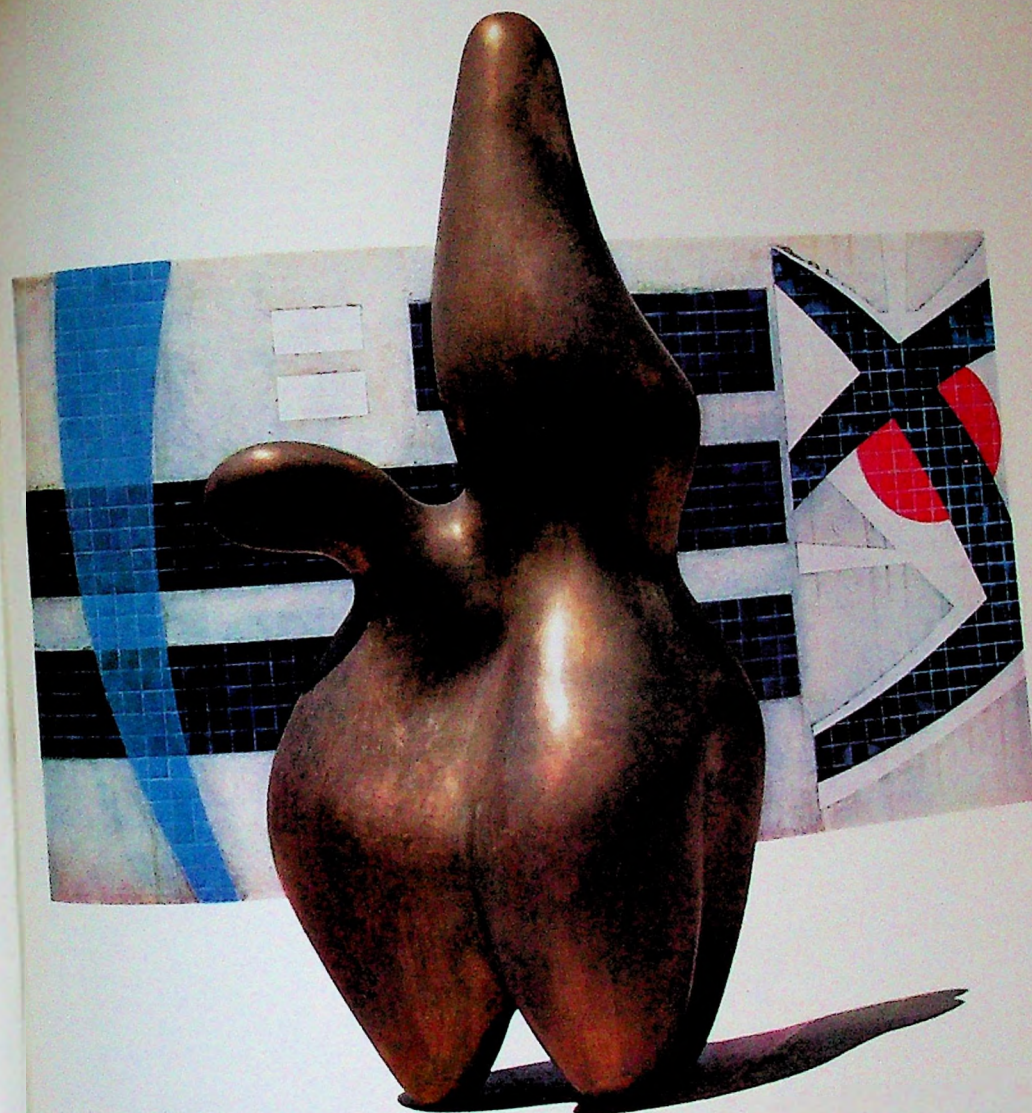
3. — *Ibomanoko* o *nibomanoko* (*iboma* o *niboma*, joven núbil; *noko*, sitio), es una choza reservada para pasar en ella sus crisis catameniales las mujeres guarauñas.

4. — "Joto", ano.

5. — "Yuruma", torta fabricada con la fécula extraída del tronco de las palmas moriche y temiche.

6. — Con el nombre de *kareko* designan los guarauos las piedras térgicas, que veneran en sus "santuarios étnicos" y las que introducen en sus "maracas piacheras" después de haberlas consagrado. *Kareko i-abana* ("kareko abandonado") llaman a las piedras solitarias, a las que tienen tanto miedo, que por no encontrárselas en su camino, suelen dar rodeos enormes.

PADRE BASILIO MARIA DE BARRAL, misionero capuchino. Nació en el Ribero del Miño (Orense, España) en 1902. En 1931 llegó a Venezuela regentando la Parroquia de El Callao (Guayana) durante un año, siendo destinado en 1932 a las Misiones entre indígenas el Delta del Orinoco, donde ha permanecido hasta el presente. Ha publicado las siguientes obras: a) "Karata Guarakitane Naminaki" ("Aprendamos a leer"), Cartilla Bilingüe, patrocinada por el Ministerio de Educación y editada por la Oficina de Educación de Adultos; b) "Catecismo Católico Bilingüe", en guarau y castellano, patrocinado por el Ministerio de Justicia, que se está editando en San Juan de los Rios; c) "Guarau Guarata" ("Lo que cuentan los guarauos a través de sus mitos, leyendas y cuentos raciales, está editándose en Editorial Salesiana. Tiene concluidas, por publicarse, otras cuatro obras relativas a la literatura y el folklore de los indios guarauos. Reside actualmente en Pedernales (Boca del Mánamo).



PINTURA Y ESCULTURA EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE CARACAS

POR LUIS NAVARRO

La pintura es el color y el dibujo la línea. La Escultura es el volumen lleno o vacío, masa o espacio; la arquitectura, el volumen en función de lo monumental y de su destino. Las tres pertenecen a las artes mayores con la música, la poesía, el arte dramático y la danza.

La Ciudad Universitaria de Caracas se comenzó a construir en el orden plástico bajo el signo confuso del movimiento revolucionario abstracto. Carlos Raúl Villanueva tiene savia inquieta de París y acoge la proclama abstraccionista que, desde la torre Eiffel, lanza la juventud de la existencia en la última náusea del surrealismo freudiano.

La guerra queda atrás, quizás superada, pero también la otra vez pareció superada. Hay una nueva especie de ave, ya inscrita en todos los manuales escolares, que al morir abre una sombra de hongo venenoso, fiel cuervo de Minerva destructora. Llega la paz, un Mesías cansado y sin confianza que escucha los cantos de victoria apoyado sobre las ruinas calcinadas. El miedo, la inseguridad, la duda, y los profetas surgiendo de entre el humo: Kafka, Mondrian, Stravinsky, I. E. Corbusier, Arp, Becker, Duncan, detrás de la muerte.

El mundo de la relatividad, desintegración y síntesis; "ya no se confía en la comunicación panteísta entre el hombre y los fenómenos naturales y se recurre a las formas abstractas, sujetas a ley, como las únicas y supremas en que el hombre puede descansar ante el inmenso caos del panorama universal", según Worringer. Las cosas no son lo último, se pueden descomponer, "desintegrar" en sus formas elementales y básicas que son las que informan, precisamente, su individualidad. Cézanne había dicho: "Todo se puede reducir al cubo, al cilindro y a la esfera". Todo se reduce a la línea y al círculo, "la línea más perfecta ya que cumple el postulado de la simetría hacia todos los lados". Así nace el abstracto puro, la geometría como arte supremo. De aquí se han derivado otras expresiones abstraccionistas que, en todo caso, pueden reducirse a dos: impresionismo en su último grado de confusión tonal o cromática, y desviación de las líneas geométricas hacia un plano de representación.

Luego, la cinética y la cuarta dimensión.

En el patio de honor o Plaza del Rectorado, Armando Barrios inicia el índice de artistas que han colaborado con Villanueva en la integración artístico-arquitectónica de la Ciudad Universitaria. Tiene tres murales; los otros dos en la fachada del Estadio Olímpico. Barrios presenta, sin lugar a dudas, una personalidad pictórica perfectamente definida, y en estos murales ha dejado constancia de un justo dominio de la armonía en el color y en la línea, trabajando a base de esos conos fluidos que resbalan hacia los extremos en un movimiento de ola concatenada. En los murales del Olímpico añade una variación de líneas paralelas y una exaltación cromática dentro del marco sobrio de su pintura.

Oswaldo Vigas es el autor de los tres murales restantes de la Plaza y de dos más, uno en el "hall" de la Plaza Cubierta y otro en el costado izquierdo del Edificio Rectoral. Acusa individualismo. Usa una técnica puntillista, sobre todo en los fondos, y la constante del tema dentado "con variaciones". En el mural del "hall" podemos observar una cierta manera muy clásica de interpretar los personajes, y la encantadora frescura de esos cuerpos ovales cubiertos por semicírculos más oscuros como yemas o capullos antes de la floración. El mural único de la derecha del patio abandona en su temática muchos de los motivos anteriores, y aparece en una línea más abstracta, geométrica, luciendo una construcción más seca.

En el edificio del Rectorado hay dos frescos, uno en la Sala del Orfeón Universitario, de Pedro León Castro, y el otro en el salón del propio Rectorado, de Héctor Poleo. Ambos

ofrecen una interpretación simbólica de la Universidad como "alma mater".

Pedro León usa una técnica mexicanizante que le queda falsa, cuando menos; divide el plano en cuatro zonas con tan mala composición que el equilibrio se rompe, volcándose todo el peso sobre la derecha que sostiene seis cabezas monstruosas sin ninguna razón plástica para esta desproporción, en evidente violencia con el espacio inferior ocupado por los tres personajes a lo Vargas. En la zona superior izquierda hay un mapa y una retorta; debajo, cinco monjes leyendo la Real Cédula de Lerma. Ideológicamente es el contraste de la Universidad después de la derogación de las constituciones monárquicas universitarias con el antiguo régimen. Está dedicado "al eximio pintor realista Cristóbal Rojas, como respetuoso homenaje".

Poleo, el inefable Poleo, desde el punto de vista formal y de construcción, dice Picasso, y eso sin ver la maternidad del pintor malagueño que, venerablemente, Poleo coloca como símbolo de la pintura en el arte universitario o profesional, en el ángulo inferior de la izquierda. La cabeza que en "Guernica" lanza el grito de auxilio, en el centro del célebre cuadro, aquí (floreteada y no expresionista) representa a la Universidad, amazona inquieta; detrás de ella, el pueblo de donde viene, la barca, los leños, los cardones y cactus, los petroglifos; delante, el venerable, los sabios, la cultura, la vanguardia. Poleo o la serenidad. La pintura de Poleo produce tranquilidad, como la de Barrios, pero una tranquilidad distinta: la de Barrios es armoniosa, el color vivo se resuelve con gusto, y la línea con gracia; Poleo lo logra desde la dulzura firme y exacta de su composición y la finura de la línea. En este mural los blancos (paño, barca, obrero, petroglifo, cabeza de mujer) tonifican el conjunto y rebajan aún las opacas tonalidades de los colores cálidos. Además, Poleo ha resuelto el problema de composición unitaria que suponía la interposición de una columna de la sala a veinte centímetros del fresco, sin romperle la unidad formal o ideológica.

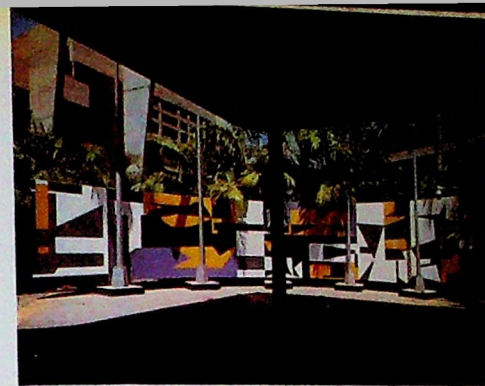
El núcleo central de las artes mayores se encuentra en la Plaza Cubierta, donde están las esculturas de Laurens y de Arp, y los murales de Leger, Vasarely, Navarro y Manaure.

En el extremo de la izquierda, hacia el campus, el Anfión de Laurens proyecta sobre las sinuosas formas calientes de Leger, su arquetipo clásico (líneas hendidas paralelas) y también el mismo sinuoso movimiento en las extremidades de secreta emoción romántica. Arp, en cambio, en el otro extremo, frente al mural bifrontal de Manaure, no logra más que rechonchez (a pesar de su lírico título: Pastor de Nubes), y un extraño figurativismo ante un Manaure hermético en su desintegración molecular de elementos rojos y negros, variación inédita en su pintura y que Malevitch hace mucho tiempo que llamó "suprematismo". En el dorso del mural, Manaure realiza esa típica variación suya de trazos gruesos, generalmente negros, sobre un fondo azul, como contraste con el gran fondo rojo de la Biblioteca que se proyecta a poca distancia.

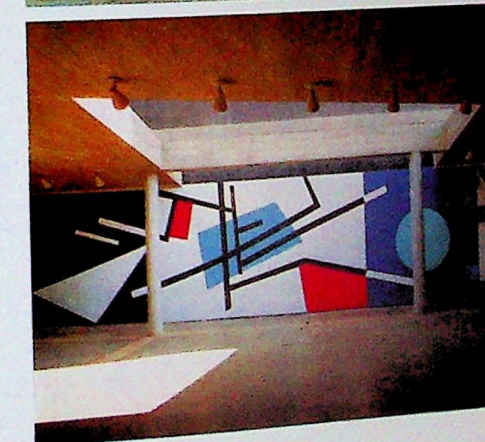
Pascual Navarro tiene un mural situado cerca del Paraninfo. Es un clásico abstracto, recuerda la fría corrección de Juan Gris y también presenta puntos de contacto con el propio Vasarely, que, enfrente, levanta como línea divisoria su muro de cerámica en sepias y oscuros, con ese sorprendente cuadrado que busca infatigable El Dorado de la cuarta dimensión, tratando de introducir el ciclo de tiempo en el espacio, junto a las tres dimensiones.

En el Paraninfo, esa pequeña construcción de la Plaza Cubierta, anónima tras la muralla vegetal, hay dos vitrales de Manaure. Uno, en realidad no es más que una franja horizontal; el otro, un cuadro lateral dividido por gruesos flejes en

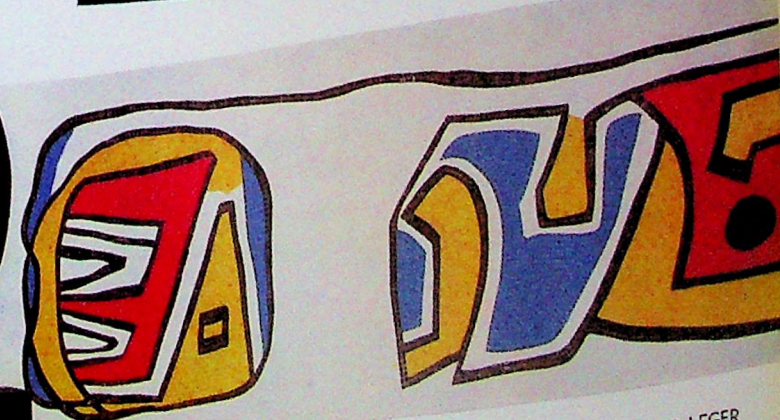
PASCUAL NAVARRO



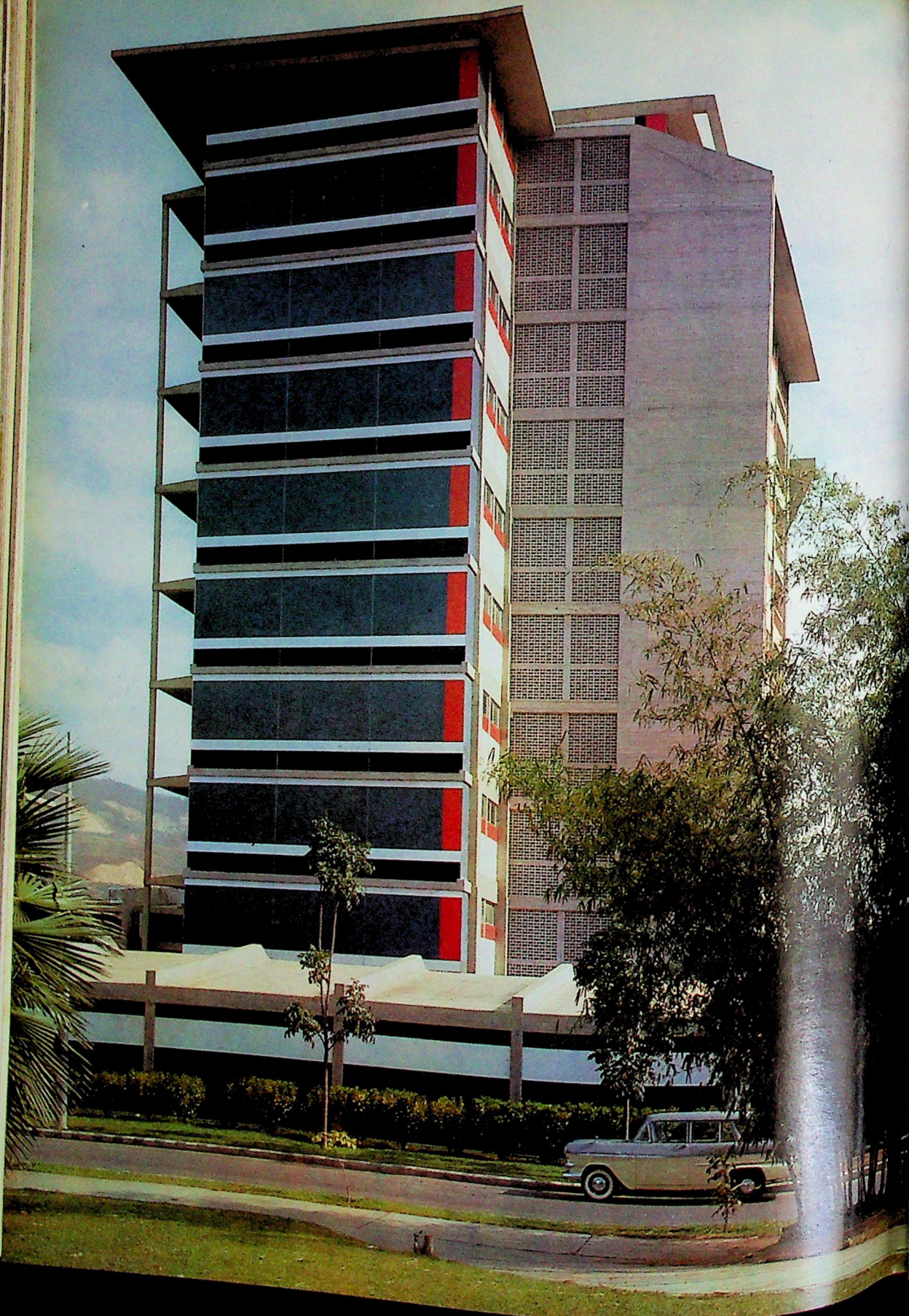
OSWALDO VIGAS



MATEO MANAURE



FERDINAND LEGER



cuadrados menores. La realización me parece falsa, sobre todo cuando se compara con la extraordinaria fluidez y sugestión del vitral de Leger en el Salón de Lectura de la Biblioteca. No obstante, en la cara exterior del Paraninfo, tiene el mismo Manaure un mural de limpia factura, en el que, con apenas cuatro figuras elementales consigue un equilibrio plástico brillante y de interés. Como en el Hospital Clínico, donde posee cinco murales y otros elementos de decoración; y en el "hall" de la Sala de Conciertos (su más perfecta realización) donde introduce el círculo kandinskiano como elemento de gran poder plástico, aunque otras veces lo divide o lo altera con remates de diferente color al de la forma esférica.

El Aula Magna está decorada con los platillos de Alexander Calder, la más explosiva y discutida revolución del arte de nuestros días ya viejos. ¿Es arte? ¿No lo es? Es arte lo que atañe al espíritu, a la gran voluntad absoluta de la época en su consideración estética. Ya dije antes que nuestro tiempo anhela el abstracto como el último residuo elemental en el que personifica su sentimiento de felicidad, tan distinto de la fórmula "lo bello". Calder ha logrado con sus platillos, y, particularmente con sus curiosos móviles, acercarse más que nadie a la forma vivencial de nuestro tiempo, margen del movimiento y de la inercia. La Facultad de Arquitectura conserva tres móviles de este artista norteamericano, uno de suspensión en blanco y negro con una extraordinaria fuerza lírica.

En el espacio del fondo de la escalera que sube a la galería del Aula Magna, hay un pequeño mural de González Bogen, concebido magistralmente dentro del marco dividido por la escalera. (Indiscretamente opino: la más alta realización artística con el prodigioso vitral de Leger y la escultura de Laurens, dentro de los muros de la Ciudad Universitaria). Este pintor venezolano tiene también dos murales en el Estadio Olímpico que se distinguen por sus formas triangulares y de calidades bicromáticas, y otro en el sótano de la Biblioteca.

En el "hall" de la Sala de Conciertos encontramos los tres murales de Navarro, y los dos de Mateo Manaure (uno remata al extremo en columna del Aula Magna), rodeando el mural tridimensional de Vasarely. Este está realizado en aluminio y, como anotaba antes con su mural de la Plaza Cubierta, persigue la sensación del ciclo temporal o al menos cinético, lo que, ya sabemos, se consigue como en los elementos decorativos también tridimensionales que André Bloc ofrece en la Sala de Conciertos, mediante la percepción visual modificada por el cambio de posición desde ángulos de observación diferentes. En esta línea se encuentra el estable de Jesús Soto, colocado en un espacio vegetal de la Facultad de Arquitectura.

Victor Vasarely también tiene, sobre el frontal del pequeño transformador de corriente situado junto a la placita de los estacionamientos que exhibe en su centro la esquemática y pura línea de la proyección dinámica a treinta grados de Pevsner, tres pequeños frontis a modo de frisos, en los que con líneas delgadas, negras, de nerviosas direcciones paralelas, como único elemento de expresión, consigue una gran impresión óptica del relieve, y desde luego, nos garantiza la asombrosa capacidad creadora de este artista, su sensibilidad, su grandiosa sencillez. Los murales de Navarro siguen en la misma línea que los de la Plaza Cubierta: rigurosidad de diseño y sobriedad de color.

Manaure logra con el gran mural del extremo una obra maestra en la pintura abstracta contemporánea, sencillamente. Nótese el perfecto balance del círculo claro, el trapecio azul, el rectángulo vertical rojo, y los triángulos blancos del extremo, con los trazos gruesos del esqueleto negro del mural. Hay una clave musical escondida en este mosaico de difícil significa-

HECTOR POLEO



ROMA: OMAR CARREÑO

ción, pero de indudable poder de sugestión, precisa ordenación de las manchas, y perfecta valorización de las subordinaciones cromáticas y de forma. Es la serenidad de Poleo pero de otro modo.

Manauze tiene otro mural en el campus donde está la escultura de Lobo, que nos ha hecho muchas veces confundirlo con el antiguo Angel Hurtado. Está correctamente equilibrado y juega con el amarillo y el azul como contraste con el bastión rojo de la Biblioteca.

La Maternidad de Lobo responde a la última concepción plástica de este artista español. Elimina o evade la curva para hacer como una regresión al espíritu, sino a la forma, de principios de siglo y que se llamó cubismo analítico. Es un verdadero canto a la maternidad desde la pupila sana y feliz de un hombre que bendice la vida, el principio de la vida.

Alirio Oramas tiene unos trabajos en el Restaurante del duodécimo piso de la Biblioteca, y Narváez, una de sus esculturas monumentales sobre la terraza.

Las figuras de Narváez, no me refiero al momento actual, suponen como las pinturas de Picasso de la época clasicista (1918) una elefantiasis general, particularizada en las extremidades. Por otra parte recuerda a Henry Moore. En la Fa-

docentes y de investigación en medicina, con su alegoría en forma femenina. Resultan macizas y, tal vez, no logran una correcta unidad.

En la Capilla del Instituto Anatómico-patológico también hay un fresco de Narváez, en el que Cristo, suspendido de la Cruz, es adorado por una bandada de ángeles inquietos ante su sensual carnación. Menos mal que la capilla es hoy corral de acures y ha perdido su carácter litúrgico y grave.

En la Facultad de Humanidades existe una gran cantidad de murales de Víctor Valera que nos desconcierta por su falta de unidad formal, teniendo en cuenta el sincronismo del trabajo. En el corredor próximo al auditorio de la Facultad, hay dos murales suyos trabajados a base de integración y dispersión, característica de sus últimas épocas (galaxias) y que conserva en la actual como predominante; en la Escuela de Derecho, murales gemelos de valores invertidos. Acaso su realización más sensible se encuentre en los murales que adornan las escaleras de estas facultades creando una clara zona de franjas grises y amarillas.

Si Manauze puede ser Kandinsky a veces, Valera es un mimético de Mondrian: me remito a los dos grandes murales en blanco y negro del "hall" de la Facultad de Economía y a



CARLOS GONZALEZ
BOGEN

culad de Medicina tiene dos obras en las balastradas del Instituto Experimental José Gregorio Hernández y del Anatómico, y otra, el Átrea, a la entrada del Estadio Olímpico, en la que ha simplificado en esquema el juego de los músculos y hasta la misma posición, relativamente. La virtud de Narváez es la proporción; su defecto, la falta de expresividad: busca los ángulos, trabaja los volúmenes, pero le falta "el corazón de la piedra", ese difícil corazón, clave del gesto que Rodín perseguía antes que lo formal.

Hay dos cerámicas de Narváez en las respectivas entradas de los dos institutos mencionados, que repiten la línea de la escultura y representan las actividades propias de los centros

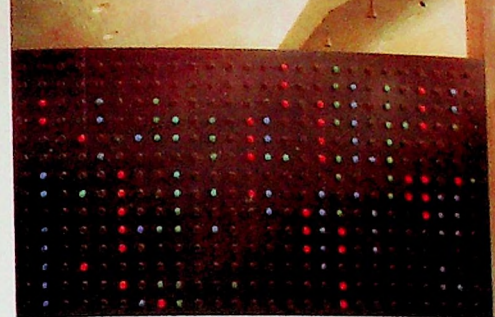
los que decoran el corredor central de la antigua Secretaría de Periodismo y el Instituto de Arte.

Sofía Tauber, la malograda artista suiza esposa de Arp, ha realizado la cerámica que donó Carlos Raúl Villanueva para el Instituto de Arte. Se resuelve en tonalidades oscuras y espacios incoherentes. Creo que en cualquier rincón quedaría sola, pero mucho más en el Instituto de Arte.

Interesantes e inexplicables los dos elementos decorativos de Jean Arp, colocados al lado de la cerámica de Tauber, y que inconscientemente relacionamos con ciertos tabús primitivos. Woringer sostiene que las primeras manifestaciones pictóricas son siempre de línea abstracta.

REVISTA SHELL

MIGUEL ARROYO
(Detalle)



VICTOR VALERA



ALEJANDRO OTERO



FRANCISCO NARVAEZ



En la Facultad de Ingeniería ha efectuado Manaure un gran mural que abarca la planta baja y los dos pisos superiores, y en el cual, para no perder la unidad de la obra y al mismo tiempo poder individualizar las expresiones de acuerdo a cada ámbito, levanta un gran trazo vertical que se prolonga hasta el último piso, conservando la continuidad a través de la escalera y replegándose, ya sin continuidad inmediata, horizontal, sobre cada plano independiente. Usa el círculo y una especie de ángulo que en los dos murales del Estadio Olímpico se transforma claramente en el símbolo de la antorcha de los juegos olímpicos. En el mural de la Escuela Técnica Industrial, Manaure introduce, como en el Olímpico, un elemento figurativo: las ruedas dentadas de la mecánica.

Podemos observar cómo Manaure ocupa el primer lugar por el número de murales, precisamente en razón de haber conseguido, no siempre, esa difícil integración del arte y la arquitectura, eslabón unánimemente de la plástica contemporánea, que Villanueva persigue como necesidad fundamental.

Alejandro Otero, "desfacedor de entuertos del mundo abstracto", sólo está representado en el recinto de la Ciudad Universitaria por la policromía de la Facultad de Arquitectura y el gran mural gemelo del "hall" de la Facultad de Ingeniería, primero y segundo piso, en el que pretende inteligentemente una síntesis honesta de sus principios abstraccionistas y, además, realiza un esfuerzo cinético al considerar la escalera, vínculo de los dos planos, como enfoque funcional hacia arriba y hacia abajo. Originalmente ha ejecutado el mural con flejes de aluminio en relieve, elemento que difícilmente se encuentra en los demás murales ya nombrados. La plástica del cuadro se limita a franjas verticales en ordenación libre, con predominio de los colores naranja, negro y amarillo. Para la Biblioteca de esta Facultad, Otero ha realizado un vitral muy simple que, en la imposición material, no ha logrado los matices de su original.

Entre todas las Facultades fuera del Centro Comunal, la de Arquitectura es la que reúne mayor número de representaciones de arte: Manaure se impone con una nueva forma particularmente arquitectural en la policromía del gran "hall" central de la Facultad, a base de rectángulos de fino trazo (no los gruesos ramales de las anteriores) en los que juegan su papel de equilibrio los espacios vacíos y los cromáticos. Ya nombramos la

FRONTIS: VÍCTOR VASARELY
ESCULTURA: ANTOINE PEVSNER

LUIS NAVARRO. Nació en una aldea de Galicia (España), el 19 de Agosto de 1935. Curso estudios de Derecho en la Universidad de Oviedo y de Periodismo en la Universidad Central de Venezuela. Ha sido crítico de Arte, en los diarios "El Nacional", "El Universal" y "La Esfera", de Caracas y colaborador de otras publicaciones culturales. Ha dictado conferencias en el Museo de Bellas Artes de Caracas, en la Universidad del Zulia, en el Ateneo de Valera, en el Lyceum de La Habana y en otras instituciones. Premio de Poesía de la Federación Venezolana de Maestros, 1956. Premio de Teatro, 1960, del Ateneo de Caracas. Ha publicado "Tres Audiencias con Pilato", 1959, y ha participado en todos los salones de Pintura del país, habiendo realizado exposiciones particulares en 1959 y 1960. Director Fundador de los teatros: Teatro Experimental de la Facultad de Arquitectura, Teatro la Mano junto al Muro y Teatro Libre.

JESUS SOTO

policromía de Otero y los móviles de Calder situados estratégicamente. Además, las realizaciones de Víctor Valera, Alirio Oramas y Miguel Arroyo. Oramas tiene un interés especial por sus elementos de decoración: madera y material plástico, y Arroyo nos demuestra las posibilidades plásticas del metal y los esmaltes.

Finalmente, a nuestro último artista, Omar Carreño, se debe la policromía de la Facultad de Odontología que, con acierto realmente sorprendente y admirable por su sencillez, se descubre, severa y fina, en las gruesas franjas monocromas de la entrada.

"María Lionza", de Alejandro Colina, está en los límites del recinto universitario porque su concepción estilística no está de acuerdo con el espíritu arquitectónico de la Universidad (ostracismo artístico por el que Narváez sufre de las alturas), pero ello no quita que ideológicamente sea un símbolo, el símbolo rebelde de la libertad del "bravo pueblo".

La pintura es el color y el dibujo la línea. ¿La línea de color?

Desde el ángulo formal, no de figuración, la pintura abstracta pura (*). Aunque hoy ya se hace difícil establecer definiciones en el archivo plástico: se han quemado las naves de la ortodoxia estética y cada artista abre su tienda en el mercado "Libre Albedrío". El Arte es el Tiempo. Pero a la Moda, a veces, la disfrazan de Tiempo. Es la hora de los anti-académicos en la Academia, y viceversa.

(*) Recuérdese lo que dije del círculo.



ENTRE LO VIEJO Y LO NUEVO

POR: LEON CROIZAT



El fin principal de estas notas es intentar una síntesis preliminar sobre aspectos de geología y biogeografía considerados hoy sin relación alguna; lo que repercute, finalmente, en perjuicio de ambas ciencias. Afortunadamente hoy ya se admite que la actitud sintética —frente a los diferentes campos del conocimiento— debe estimularse hacia una eventual formulación de ideas generales y particulares. Esto tanto en el campo de la ciencia pura como en el de la aplicada.

Se acepta ya que las publicaciones periódicas cuyo principal objetivo es el de alcanzar un alto nivel de divulgación, son los vehículos adecuados para la diseminación preliminar de nuevos conceptos como los que son objeto de este artículo. Por lo tanto considero un privilegio las páginas que me han sido cedidas en la Revista Shell para presentar a sus lectores puntos de vista que, de otro modo, se verían confinados a publicaciones técnicas, fuera de Venezuela.

La biogeografía, es decir, la ciencia que se ocupa de la distribución geográfica de plantas y animales vivos o extintos de todo el mundo, no es entendida exactamente igual por todos los autores. Habiendo ya escrito unas 5.000 páginas sobre este tema (1) lo enfoco como un método de análisis y síntesis que, utilizando objetivamente los "records" de la distribución geográfica de la vida, deduce eventualmente los hechos que agrupan principios de aplicación general y particular a los problemas de la evolución.

La evolución, como es fácil comprender, actúa en una conjugación de tiempo, espacio y forma. La biogeografía se ocupa esencialmente de dos de estos factores esenciales, es decir, tiempo y espacio lo que concretamente implica que, por su naturaleza en sí, es una ciencia primaria por derecho propio. Como ciencia de tiempo y espacio, la biogeografía viene a estar en íntimo contacto con otras disciplinas para las que tiempo y espacio son también testigos esenciales: la geología, paleontología, filogenia, morfogenia, etc.

Es hoy consenso general que la biogeografía y sus ramas subsidiarias la zoogeografía y la fitogeografía tienen un origen comparativamente reciente. Por ejemplo, los trabajos de Willdenow y Humboldt, escritos a comienzos del siglo XIX, se citan comúnmente como los primeros documentos de fitogeografía científica. En un sentido formal esto es correcto, aunque no del todo en un sentido más profundo. No es este el lugar para extendernos en comentarios sobre la historia del pensamiento científico a lo largo de los siglos. Pero es mi más firme convencimiento que una ciencia nace, en efecto, —cualquiera que sea su campo— cuando se formulan concreta y eficazmente métodos y principios para contestar a preguntas pertenecientes a manifestaciones de una naturaleza fuera, hasta entonces, del alcance del desarrollo creativo. En este exclusivo sentido vieron la luz la mayoría de las ciencias, mucho antes de su nacimiento oficial; y aunque fuera tímidamente al principio y, en algunas coyunturas, enteramente ocasional. La biogeografía no es una excepción a esta regla, como veremos enseguida.

Contados son los que, entre nosotros, no están al tanto de los acontecimientos históricos de mayor relieve en la Conquista: descubrimiento, fundación de una que otra ciudad, etc. Pero sí somos pocos los que —de no ser conocedores profundos de la "res americana"— nos damos cuenta de la forma en que reaccionó el pensamiento español al enfrentarse en su totalidad con lo inmenso de las preguntas y de los problemas surgidos a raíz del memorable viaje de Colón. Acostumbrados como estamos a no ver en América nada extraño, nos sorprende el hecho de que en otras épocas de la historia hombres de indudable talento se quedaran asombrados y enmudecieran ante problemas que para nosotros carecen quizás de sentido inmediato. Los pensamientos y las emociones expresadas por quienes escribieron bajo el asombro que les producía esta naturaleza, quizá nos parezcan nada más que rarezas históricas. Lo que dista mucho de ser verdad (2).

(2) Véase por ejemplo en relación con varias fases de derecho puro en el sentido humano y constitucional: Palacios Rubios, J. L., *De las islas de mar Océano*; Fray Mathias, *Del Dominio de los Reyes de España sobre los Indios*. Biblioteca Americana, México, 1954.

(1) Ver Croizat, L., *Manual of Phytogeography*, 1952; *Panbiogeography*, 1958; *Principia Botánica*, 1960.

Los mapas corrientes que se estudian en las escuelas están dibujados para fines elementalmente divulgativos y nos ofrecen, a menudo, una geografía de Chile muy poco satisfactoria. Allí vemos a esta República como si consistiera de una muy estrecha cinta plana junto a un océano profundo al Oeste y una cordillera sumamente elevada al Este, dándonos la impresión de que todo es océano y cordillera. En realidad, la geografía de Chile dista mucho de ser tan simple como todo eso, siendo bastante complicada hacia el norte de Santiago. Partiendo de la capital hacia el sur en dirección del Golfo de Reloncaví y en dirección del estrecho de Chacao —estrecho que separa la masa continental de la isla de Chiloé— las ca-



32

A large, stylized, black and white graphic of the letter 'L'. The letter is composed of thick, irregular black strokes on a white background, giving it a hand-drawn or stencil-like appearance. It is positioned in the upper left quadrant of the page.

Los Parques Nacionales de Fray Jorge y Talinay están ambos ubicados a lo largo del río Limarí en la provincia de Coquimbo aprx. 31° Lat. Sur. Leamos textualmente la opinión de dichos botánicos (ob. cit., p. 77): "El Parque Nacional de Fray Jorge está situado en la zona limítrofe entre las formaciones de matorrales y estepas costeras semi-desérticas y las formaciones arborescentes-arbustivas de la Cordillera de la Costa de la Región Central. La característica más notable de



(6) En el género *Fuchsia* hay en particular una especie, *F. lycioides*, que es endémica en la región de Fray Jorge y se da asimismo en las provincias chilenas de Coquimbo y Aconcagua. El botánico norteamericano Munz pudo establecer que dicha especie tiene parentesco directo con *F. magellanica* y otras fuchias naturales de Nueva Zelanda y de Tahití. De ser así como opina Munz —no hay razón para disputar la forma en que él clasifica este género— cabe concluir que *F. lycioides* pertenece a un grupo de especies (Munz, en Procs. California Acad. Sci., 4th Ser. 25: 1:1943) endémicas a la vez en Polinesia (Tahití), Nueva Zelanda, Chile, Argentina y Brasil Suroriental.



(7) Véanse mapas y notas de mi *Panbiogeography*, Vol. I, p. 37; Fig. 2, p. 39.

"cardonal más meridional" de Venezuela en Mérida (8).

En el curso de mis viajes por Colombia, Ecuador y Perú encontré formas de la *Opuntia depauperata* (cardoncillo cilíndrico que abarca la costa del Caribe, común entre Caracas y La Guaira y que llega hasta el cardonal de Mérida) y que aunque a primera vista pueda aparecer algo distinta de las nuestras, vuelven a ser idénticas bajo cultivo experimental. Se trata pues de formas en curso de muy paulatina diferenciación, y todavía "reversibles". Estas plantas representarían supervivencias de poblaciones que vivieron en las antiguas orillas marítimas, que de continuar su aislamiento en condiciones parecidas a las vigentes de hoy, alcanzarían en el porvenir geológico, a ser especies distintas. Para ello habría que esperar, sin embargo unas cuantas decenas de millones de años.

A

Examinar en forma cuidadosa las relaciones fitogeográficas de la flora en las regiones aludidas de Chile y Mérida se advierte la vigencia de un mismo factor, según lo siguiente: a) no son escasas las plantas típicas del "cardonal meridional" que se encuentran esparcidas a todo lo largo de los geosinclinales desde Venezuela hasta Colombia, Ecuador y Perú; b) asimismo son muchos los elementos del bosque de Fray Jorge y de Talinay que recorren el tramo de Coquimbo hasta Valdivia, cruzando a veces el Pacífico hasta Nueva Zelandia y Polinesia y que están esparcidas en tierra chilena a lo largo de la cordillera costanera.

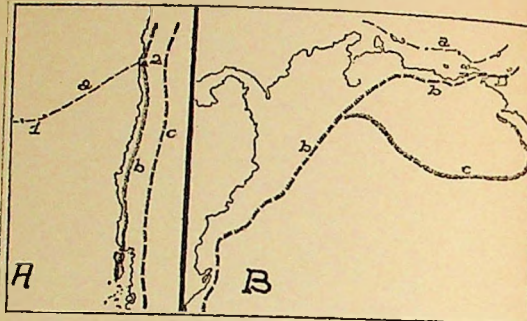


Puerto de La Concepción
Ovalles: Histórica relación del Reino de Chile. Roma, 1646.

Se puede afirmar por lo tanto que ni los bosques relictos de Fray Jorge y de Talinay y el cardonal relicto de Mérida hubiesen encontrado ubicación en dichos lugares a no haber sido por condiciones geográficas anteriores, y que estos bosques y cardonales se encuentran a lo largo de "rutas de migración" de muy hondas raíces paleogeográficas enmarcadas actualmente en los valles bajos de los tramos andinos, desde Venezuela hasta el Perú, y en la desgastada cordillera costanera de Chile.

(8) Véase mi *Panbiogeography* según cita en nota anterior; y la misma obra, Fig. 51, p. 391.

nera de Chile. Es evidente que quien vea la relación de la flora de Mérida (valle del Chama) con la de Coquimbo—Valdivia acepta, ante el hecho en sí, la biogeografía de nuestro Continente en sus aspectos fundamentales y la síntesis biológica y geológica tal como la entendió Vásquez de Espinoza. Veamos en el siguiente mapa, en forma gráfica "las rutas de migración venezolanas y chilenas".



Frente y arcos principales de la dispersión chilena y venezolana:

A 1—Juan Fernández; 2—Fray Jorge y Talinay. a) Arco Juan Fernández - Fray Jorge; b) Frente a lo largo de la cordillera de la costa; c) Frente a lo largo de Los Andes. B a) Arco Aruba - Margarita - Granada; b) Frente "de distribución andina" común al Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela y Trinidad; c) Frente de distribución conectando Los Andes con el sistema Duida - Roraima. Obsérvese, en general, el paralelismo de los arcos y frentes a, b y c de la orografía venezolana. Este mapa muestra también la conexión entre Fray Jorge y las Islas de Juan Fernández, que señala la dispersión de animales y plantas (9).

De los trazos de los mapas anteriores se desprende que en ambos casos, y pese a diferencias locales, la repartición se efectúa a lo largo de tramos bien definidos y que, desgraciadamente, no son todavía lo suficientemente conocidos por los naturalistas suramericanos. Adviértase que nuestro mapa muestra una relación entre Fray Jorge y las islas de Juan Fernández de interés indudable en la repartición de plantas y animales distintos.

En relación con estos mapas anteriores podemos concluir como sigue en lo tocante a la biogeografía chilena, ya que se hace imposible dentro de los límites de este artículo analizar la venezolana:

- 1) La flora y la fauna de las islas de Juan Fernández y de Chile continental e insular son naturalmente chilenas en el sentido de la geografía política.
- 2) En el sentido biogeográfico dichas flora y fauna están distribuidas, sin embargo, a lo largo de varios ejes geológicos estructurales y tectónicos entre los cuales sobresale uno de importancia fundamental que es el que sigue la cordillera costanera de Chile desde Coquimbo hacia el Sur. A lo largo de dicho eje se encuentran formas vegetales y animales que no pertenecen al sistema de Los Andes propiamente (por ejemplo *Aextoxicon*, *Francoa*, *Campsidium* etc. entre las plantas). A lo largo de los Andes Chilenos se observa por el contrario el crecimiento de plantas, como por ejemplo la *Coriaria* que es muy escasa o no aparece en absoluto en la
- (9) Véase por ejemplo *Peperomia* (Croizat, L., *Manual of Phytogeography*, p. 103, 1952) y el colibrí *Sephanoides* (Croizat, L., *Panbiogeography*, Vol. I, fn. p. 86, 1950). Lamento no estar en condición de poder analizar el asunto más allá de estas ligeras anotaciones. Véase en relación con la biogeografía de otras islas chilenas (San Ambrosio y San Félix): *Panbiogeography*, Vol. I, p. 806, etc.

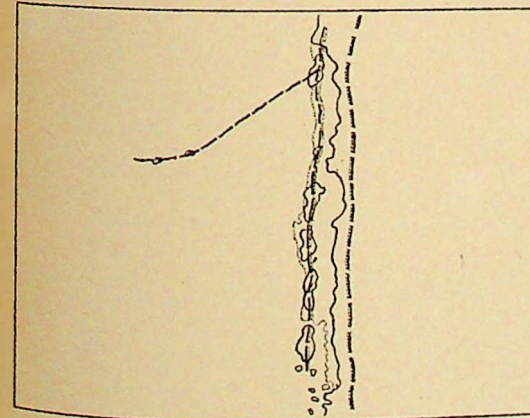
región de la cordillera costanera de Chile. Hay sin embargo un cierto número de plantas, como por ejemplo *Embothrium*, *Nothofagus*, etc., que son comunes a los Andes y a las cordilleras de la costa sin que por eso se pueda decir que se pierda la distinción entre lo que pertenece a la vida "andina" propiamente dicha y a la región de la cordillera de la costa.

- 3) Las islas de Juan Fernández están vinculadas inmediatamente al Chile continental por varias formas de vida animal y vegetal como por ejemplo *Sephanoides*, *Peperomia*. Estas islas están por otro lado vinculadas a islas y tierras del Pacífico Occidental por otros lazos zoológicos y botánicos constituidos, por ejemplo, por una planta como la *Coprosma* (10).

Es por lo tanto bien claro que las islas de Juan Fernández conectan formas de vida que llegan por un lado a Java y por el otro a Sur América. Por lo tanto, dichas islas son de importancia capital en el sentido biogeográfico y por las vinculaciones mismas que tienen las islas de Juan Fernández con la cordillera costanera de Chile, no ceden en importancia. Es pues la cordillera costanera de Chile y no la cordillera de Los Andes la que reviste mayor importancia en cuanto a las plantas y animales que se encuentran repartidos a lo largo del Pacífico en Australia, Nueva Zelandia, Nueva Caledonia y en Nueva Guinea, Australia, Fuegia, Chile, Argentina, Brasil, etc. (11).

Estas tres ponencias contienen todo lo esencial en lo relativo a la biogeografía chilena hasta los días de hoy. Haciendo hincapié en lo que nos enseñan podemos ahora preguntarnos cual podría ser la biogeografía de la cordillera costanera de Chile, en particular, bajo la hipótesis de posibles alteraciones de dicha cordillera en la que al menos ciertas alturas quedasen convertidas en islas por cataclismos de origen geológico tal como trágicamente ha ocurrido en no lejanos días.

Observemos el siguiente mapa:



Aquí aparece la biogeografía chilena modificada por fallas de la costa y hundimientos convirtiendo la cordillera costanera en una cadena de islas. Compárese con el mapa A de la página anterior.

- (10) Véase la distribución geográfica de la *Coprosma* en Croizat, L., *Manual of Phytogeography*, pág. 101, 1952. Esta plantita es endémica en Juan Fernández, Hawaii, Australia, Nueva Zelandia, Java Oriental y Borneo, sin que sin embargo llegue hasta el Chile continental.
- (11) Véase en relación con la distribución de plantas de este tipo, Skottsberg, C., *The Plant World*, 18: 129, 1915; ver también: Croizat, L., *Manual of Phytogeography*, 1952; *Panbiogeography*, 1958.

En relación pues a estos mapas y al de la página 32, en conjunto, no hay gran riesgo de llegar a las conclusiones siguientes:

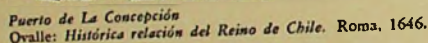
- 1) La biogeografía de las islas en que pudieran convertirse las alturas de la cordillera costanera chilena sería la misma que la actual. En otras palabras, dicha biogeografía mostraría al futuro la vigencia de los factores que reinan hoy. La interpretación de los hechos biogeográficos tendría que tener en cuenta cabal un eje de repartición de norte a sur (o de sur a norte) de naturaleza exacta al que rige la biogeografía actual.
- 2) Naturalmente, y tal como ocurre hoy en día, continuarían existiendo conexiones de menor importancia entre las islas y el sector andino.
- 3) El aislamiento de la flora y de la fauna en las diferentes islas a causa de alteraciones topográficas y climáticas y debidas a fenómenos de levantamientos y hundimientos, con el correr del tiempo, llevaría al desarrollo de formas particulares de vida en cada isla. Por ejemplo, en lugar de haber una especie única y muy variable de la *Francoa sonchifolia* repartida en la actualidad a todo lo largo de la cordillera costanera desde Valdivia hasta Concepción, encontraríamos en las diferentes islas especies también diferentes pero todas originarias de la *Francoa sonchifolia* de nuestros días. Estas conclusiones en modo alguno son hipotéticas o sin precedentes. Las encontramos ampliamente confirmadas, por ejemplo, por la flora y fauna de las islas frente a nuestras costas venezolanas desde Aruba a Margarita, que en todo caso sería el tema de otro artículo (12).

P

ara concluir podemos afirmar los siguientes puntos esenciales, para cualquier estudio que se haga de la repartición animal y vegetal bien sea en Venezuela, en Chile, en el Mediterráneo, etc.:

- 1) Es cierto —tan perfectamente cierto como lo conceptuó Vásquez de Espinoza y contrariamente a lo que todavía opinan muchos fitogeógrafos y zoogeólogos— que la distribución geográfica de plantas y animales responde a cambios geológicos que acarrearán de por sí alteraciones geográficas, climáticas y ecológicas. No hay ninguna posibilidad de entender la biogeografía y de asentarla sobre bases de verdadera ciencia, si no se presta una atención cuidadosa y básica a la geología histórica en todos sus aspectos. La vida sigue su evolución en forma, en el tiempo y en el espacio sin principio ni fin. La biogeografía de Chile, Venezuela, etc. no es hoy más que la continuación en el tiempo presente de lo que fué la biogeografía de Chile, Venezuela, etc. en tiempos pasados. La biogeografía venidera en todas estas regiones se establecerá naturalmente en relación muy estrecha con la que rige en nuestros días. Más sencillamente dicho: *vida y rocas evolucionan juntamente*. A esta conclusión se llega por simple lógica: las ciencias geológicas han establecido y establecen todavía, el cómputo del tiempo —bien sea como ciencia pura o aplicada— en base a lo que la historia de la vida revela por medio de la paleontología; no hay ninguna justa razón para que el nexo que liga así a la
- (12) Ejemplos contundentes de repartición los encontramos en el mundo entero en forma semejante a los frentes y arcos recto- nicos y geológicos mostrados en los mapas de las páginas 32 y 34. Véase también: Croizat, L., *Panbiogeography*, 1958; *Principia Botanica*, 1960. En esta última obra se hace un análisis de la repartición de las islas del Mar Egeo y del Mediterráneo en general (op. cit., lb., 1504 ff., 1960), con lo que se demuestra que la biogeografía de Chile, Venezuela, Grecia, etc., podrá variar en detalles pero quedando siempre todo lo que es fundamental.

El estudio de la biogeografía de las islas debe ser considerado legalmente al hallarse fuera de ella.



2) La biogeografía no tiene como propósito fundamental satisfacer preguntas académicas y semi-académicas sobre "medios de repartición" que sean hipotéticos. Tenemos que insistir: la biogeografía es un medio concreto y eficaz de análisis y síntesis que tiene como propósito la exploración y el estudio de la vida actual y pasada en todos sus aspectos, ahondando todo lo posible en ella. Así pues la biogeografía tiene todo derecho a ser estimada como ciencia básica que cabría imponer como enseñanza obligatoria a nivel universitario.

4) Es más fácil firme convencimiento que, por el hecho mismo de haber percibido que la distribución geográfica de la vida está vinculada a la geología histórica, Vázquez de Espinosa tiene absoluto derecho a contarse entre los precursores de la ciencia biogeográfica moderna. Euclides, supo, en

LEON CROIZAT. Venezolano. Nació en Torino (Italia), de padres franceses, el 16 de julio de 1894. Doctor en Jurisprudencia de la Universidad de Torino, 1919. Vivió en Nueva York y Boston, de 1923 a 1947, siendo Asistente Técnico en el Arnold Arboretum de la Universidad de Harvard durante los últimos diez años de esa estadía en Norte América. Desde 1947 reside en Venezuela adonde vino por invitación del Doctor Henri Pittier. Como botánico tomó parte en la expedición franco-venezolana al Alto Orinoco en 1951, por cuyo motivo recibió la condecoración de la Orden del Libertador, en el grado de Caballero. Es autor de unas 150 contribuciones Norte y Sur Americanas publicadas en periódicos científicos Europeos. Sus obras más canónicas, Asiáticas (China, Japón, India) y Europeas. Sus obras más importantes son: I) De *Euphorbia Antiquorum atque Officinarum*, pp. 587, La Haya; Nueva York, 1943; II) *Manual of Phytogeography*, pp. Caracas, 1958; Nueva York, 1943; III) *Manual of Phytogeography*, pp. 2,744 (3 vols.), Caracas, 1952; IV) *Principia Botanica*, pp. 1,800, Caracas, 1960. Tiene en manuscrito dos obras de carácter divulgativo y pedagógico (unas 500 páginas cada una) basadas en el método de la *Panbiogeography*. Goza de fama internacional en el campo de la biogeografía general. La *Panbiogeography* ha sido ya acogida como: "La contribución más importante que se ha publicado sobre el estudio de la distribución de plantas y animales". (Ver, p.e. Corner, E. J. H., Profesor de Botánica de la Universidad de Cambridge, Inglaterra, en The New Phytologist 58 (2): 237. 1959).

JAMES A. SHELLEY

REVISTA SHILL.



Nació en Caracas el 16 de mayo de 1906 • Doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela (1929) • Doctor Honoris Causa en Leyes, Universidad de Puerto Rico (1940) • Doctor Honoris Causa en Ciencias Económicas, Universidad Central de Venezuela (1957) • Ministro de Educación (1939-1941) • Secretario del Presidente de la República (1941-1943) • Ministro de Hacienda (1943) • Ministro de Relaciones Exteriores (1945) • Profesor de Economía Política, Universidad Central de Venezuela (1937-1941) • Profesor de Literatura Hispanoamericana, Universidad de Columbia, Nueva York (1947) • Profesor de Literatura Venezolana, Universidad Central, Caracas • Senador en el Congreso Nacional por el Distrito Federal • Individuo de Número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española y de la Academia Nacional de la Historia • Ha sido condecorado por varios países americanos y europeos • Premio Nacional de Literatura. Es autor de una extensa bibliografía que comprende cuentos, novelas, ensayos y estudios, biografías, teatro, viajes, selecciones y reediciones de conjunto publicadas en las más acreditadas casas editoriales de Caracas, Madrid, Buenos Aires, Washington, Nueva York y México •

REVISTA SHELL

En el primer semestre de 1936 colaboraba yo en el diario AHORA y escribía con frecuencia sus editoriales. Se estaba en plena época de periodismo de opinión y las publicaciones se esforzaban por dirigir e ilustrar el criterio de los lectores. Era un momento febril de análisis, de examen de conciencia, de busca de rumbos para un país que acababa de salir de la más larga dictadura de su historia y que, lleno de esperanzas y dudas, de impaciencias y de temores, de ignorancia y de fé, quería curar todos sus males y establecer una democracia donde abundaran todos los bienes.

Se empezaba a descubrir la verdadera fisonomía del país. Una fisonomía que no era la hermosa y convencional que nos habían legado los viejos literatos geógrafos, de una tierra plena de abundancia, feraz y pródiga, colmada de riquezas accesibles que, como una bella durmiente, había estado apartada de su verdadero destino por el maleficio de los gobiernos de fuerza, pero que iba a despertar más esplendorosa que nunca al conjuro de la libertad. La fisonomía que empezaba a revelarse, como resultado de las primeras investigaciones serias, era la de un país pobre, atrasado y lleno de obstáculos para el progreso. Se pusieron de moda entonces los llamados censos de necesidades, que eran interminables catálogos de todas aquellas cosas de que se había carecido: hospitales, escuelas, acueductos, caminos, calles, cloacas, parques, graneros. Sin faltar el busto de Bolívar para la plaza y la refacción del ruinoso templo de cada pueblo. El país comenzaba a darse cuenta de que carecía de casi todo, de que lo que tenía era insuficiente o inadecuado, y de que los recursos con que contaba eran trágicamente desproporcionados ante la magnitud de los requerimientos y las carencias.

No se hablaba de otra cosa que de problemas. Se puso de moda la palabra problema. Había el problema de la educación, había el problema de la salubridad, había el problema de los transportes, el de la agricultura, el de la moneda, el de la organización del trabajo, el de la autonomía municipal, el del sistema federal.

Eramos tres millones y medio de venezolanos, en su mayoría mal alimentados, mal vestidos, mal alojados, una parte enorme de los cuales estaba disminuida en su capacidad de vida útil por la ignorancia, por el paludismo, por el anquilosismo, por el aislamiento. Frente a esas necesidades se contaba con recursos desproporcionadamente limitados. Se estimaba en millones de millones lo que se requería invertir para modificar radicalmente aquel desfavorable estado de cosas y mientras más crecía el censo de necesidades más desmirriada, por contraste, resultaba la cuenta de los haberes. Un millón de sacos de café y unas diez mil toneladas de cacao por año, eran los tradicionales productos de exportación. También teníamos petróleo, y su producción había alcanzado al volumen, que entonces parecía grande, de 154.000 barriles diarios. Importábamos por un valor de 211 millones de bolívares y teníamos un presupuesto nacional efectivo de alrededor de 180 millones de bolívares.

Ante ese Presupuesto pequeño crecían como siluetas de gigantes las elevadas estimaciones de lo necesario para las escuelas, hospitales y carreteras que el país requería. Era casi una empresa davidica la de tratar de vencer con aquellas armas aquel Goliath de problemas que se alzaba amenazante en el camino de nuestro progreso.

No dejaron de aparecer entonces los arbitrarios. Gentes con más imaginación que ciencia, quijotesca y entusiastamente por alguna idea simple que, según ellos, bastaría aplicar para lograr mágicamente la transformación del país. Se pensaba en empréstitos, en manipulaciones monetarias, en oscuras fórmulas financieras y hasta en algún plan semisecreto

O K A S A

contra IMPOTENCIA, DECAIMIENTO FÍSICO Y MENTAL.

El Regularizador hormonal.

OKASA



Editor: JUAN DE GURUCEAGA
Jefe de Redacción: LUIS ALVAREZ MARCANO

DIARIO DE LA MANA

EDITORIAL.

SEMBRAR EL PETROLEO

Cuando se considera con algún detenimiento el panorama económico y financiero de Venezuela se hace angustiosa la noción de la gran parte de economía destructiva que hay en la producción de nuestra riqueza, es decir, de aquella que consume sin preocuparse de mantener ni de reconstituir las cantidades existentes de materia y energía. En otras palabras la economía destructiva es aquella que sacrifica el futuro al presente, la que llevando las cosas a los términos del fatalismo se asemeja a la cigarra y no a la hormiga.

En efecto, en un presupuesto de efectivos ingresos rentísticos de 180 millones, las minas figuran con 58 millones, o sea casi la tercera parte del ingreso total, sin hacer estimación de otras numerosas formas indirectas e importantes de contribución que pueden imputarse igualmente a las minas. La riqueza pública venezolana reposa en la actualidad, en más de un tercio, sobre el aprovechamiento destructor de los yacimientos del subsuelo, cuya vida no solamente es limitada por razones naturales, sino cuya productividad depende por entero de factores y voluntades ajenos a la economía nacional. Esta gran proporción de riqueza de origen destructivo crecerá sin duda alguna el día en que los impuestos mineros se hagan más justos y remunerativos, hasta acercarse al sueño suicida de algunos países que ven como el ideal de la hacienda venezolana llegar a pagar la totalidad del Presupuesto con la sola renta de minas, lo que habría que traducir más simplemente así: llegar a hacer de Venezuela un país improductivo y ocioso, un inmenso paraíso del petróleo, nadando en una abundancia momentánea y corruptora y abocado a una catástrofe inminente e inevitable.

Pero no sólo llega a esta grave proporción el carácter destructivo de nuestra economía, sino que va aún más lejos alcanzando magnitud trágica. La riqueza del suelo entre nosotros no sólo no aumenta, sino que tiende a desaparecer. Nuestra producción agrícola decaece en cantidad y calidad de modo alarmante. Nuestros escasos frutos de exportación se han visto arrebatados el sitio en los mercados internacionales por competidores más activos y hábiles. Nuestra ganadería degenera y empobrece con las epizootias, la garrapata y la falta de cruce adecuado. Se esterilizan las tierras sin abonos, se cultiva con los métodos más anticuados, se destruyen bosques enormes sin replantarlos para ser convertidos en leña y carbón vegetal. De un libro recién publicado tomamos este dato ejemplar: "En la región del Cuyuni trabajaban más o menos tres mil hombres que tumbaban por término medio nueve mil árboles por día, que totalizan en el mes 270 mil, y en los siete meses, inclusive los Nortes, un millón ochocientos noventa mil árboles. Multiplicando esta última suma por el número de años que se trabajó el bosque, se obtendrá una cantidad exorbitante de árboles derribados y se formará una idea de lo lejos que está el purgatorio. Estas frases son el brutal epitafio del balata, que, bajo otros procedimientos, hubiera podido ser una de las mayores riquezas venezolanas. La lección de este cuadro amonizador es simple: urge crear sólidamente en Venezuela una economía reproductiva y progresiva. Urge aprovechar la riqueza transitoria de la actual economía destructiva para crear las bases sanas y amplias y esconderadas de esa futura economía progresiva que será nuestra verdadera acta de independencia. Es menester sacar la mayor renta de las minas para invertirla totalmente en ayudas, facilidades y estímulos a la agricultura, la cría y las industrias nacionales. Que en lugar de ser el petróleo una maldición que condene a convertirnos en un pueblo parásito e inútil, sea la afortunada coyuntura que permita con su súbita riqueza acelerar y fortalecer la evolución productora del pueblo venezolano en condiciones excepcionales.

La parte que en nuestros presupuestos actuales se dedica a este verdadero fomento y creación de riquezas es todavía pequeña y acaso no posee de la séptima parte del monto total de los gastos. Es necesario que estos egresos destinados a crear y garantizar el desarrollo inicial de una economía progresiva alzan por lo menos hasta concurrencia de la renta minera. La única política económica sabia y salvadora que debemos practicar, es la de transformar la renta minera en crédito agrícola, estimular la agricultura científica y moderna, importar semillas y pastos, repoblar los bosques, construir todas las represas y canalizaciones necesarias para regularizar la irrigación y el defectuoso régimen de las aguas, mecanizar e industrializar el campo, crear cooperativas para ciertos cultivos y pequeños propietarios para otros.

Esa sería la verdadera acción de construcción nacional, el verdadero aprovechamiento de la riqueza patria y tal debe ser el empeño de todos los venezolanos conscientes. Si hubiéramos de proponer una divisa para nuestra política económica lanzaríamos la siguiente, que nos parece resumir dramáticamente esa necesidad de invertir la riqueza producida por el sistema destructivo de la mina, en crear riqueza agrícola reproductiva y progresiva: sembrar el petróleo.

AHORA

NO MAS PECAS

El prestigio de la



"CREMA KIPICIA"

Se sostiene una multitud de mujeres bellas, que han limpiado su cutis de PECAS, MANCHAS, BARROS y ESTIRILLAS, usando

"CREMA KIPICIA"

Oficinas: Principal a Santa Capilla N° 6
Teléfonos: 6299 y 6298

Venezuela, martes 14 de julio de 1936.—Año I.—N° 183.—Valor: Bs. 0.12½



por medio del cual se podía llegar a disponer de ilimitadas cantidades de dinero.

No existía todavía ninguna escuela de ciencias económicas y eran muy pocos los venezolanos que se habían dedicado con alguna seriedad al estudio de la economía.

Ante ese panorama angustioso y confuso escribí un editorial que fue publicado el martes 14 de julio de 1936 en el diario AHORA (Año I N° 183).

Allí, en un esfuerzo por ver de la manera más objetiva y simple la realidad, observaba algunos hechos fundamentales. Que la producción agrícola y pecuaria tradicional de nuestro suelo no sólo no había aumentado, sino que mostraba tendencia a disminuir, y que gran parte de los recursos de que disponíamos procedían de actividades destructivas, y no reproductivas. La actividad destructiva de la minería y del petróleo, y la actividad destructiva del balata, o de la sarpata o de la explotación maderera.

De ese hecho simple se derivaba una consecuencia igualmente sencilla. Había que desarrollar en Venezuela una economía reproductiva y renovable que pudiera crecer y progresar con el país, en lugar de disminuir, y para ello aprovechar la riqueza transitoria de las actividades mineras. "Sacar la mayor renta de las minas para invertirla totalmente en ayudas, facilidades y estímulos a la agricultura, la cría y las industrias nacionales". Es decir, llevar al máximo la renta minera y destinar la totalidad de sus proventos a la creación de una economía propia, en una "verdadera acción de construcción nacional".

Para ponerlo en un lenguaje aun más lleno y dramáticamente llamativo se me ocurrió sintetizar aquello en una sola frase que pudiera convertirse en la consigna de una cruzada nacional, en el santo y seña y el credo de la acción venezolana. Fue entonces cuando propuse como "una divisa para nuestra política económica: SEMBRAR EL PETROLEO". Esa misma frase sirvió de título al editorial.

Fue lanzada como un grito de alerta y como un llamado a la razón. Pensaba que si la gente se penetraba del sentido de aquella frase simple y casi paradójica, ésta podría convertirse en el punto de partida de una gran transformación del país. "¿Qué hay que hacer?" parecían preguntarse todos. La respuesta simple y concreta que se me ocurría ofrecer era: "Sembrar el petróleo". Tenía la oscuridad y la contradicción poética de un oráculo de sibila. La sibila del destino venezolano podía decirnos a todos eso mismo: *Sembrar el petróleo*. En el más literal de los sentidos podía parecer un rito mágico: tomar la prieta y mal oliente substancia que brotaba de las torres de perforación, y que rollaba pesada y viscosa por los tubos de los oleoductos, para llevarla a los surcos y convertirla en cosecha. De este modo el aceite negro inerte podía convertirse en millones de hectáreas irrigadas y sembradas, en gordos rebabios, en chimeneas de fábricas, en rotación de ejes de transmisión, en alegre crepitar de motores.

Parecía una fórmula mágica, pero era la síntesis más exacta de una política económica realista. No íbamos a sembrar aceite negro en los surcos de labranza, como brujos de Noche de Walpurgis, sino que íbamos a convertir el petróleo en di-

nero, y al dinero invertirlo en el desarrollo de una economía reproductiva sana y creciente.

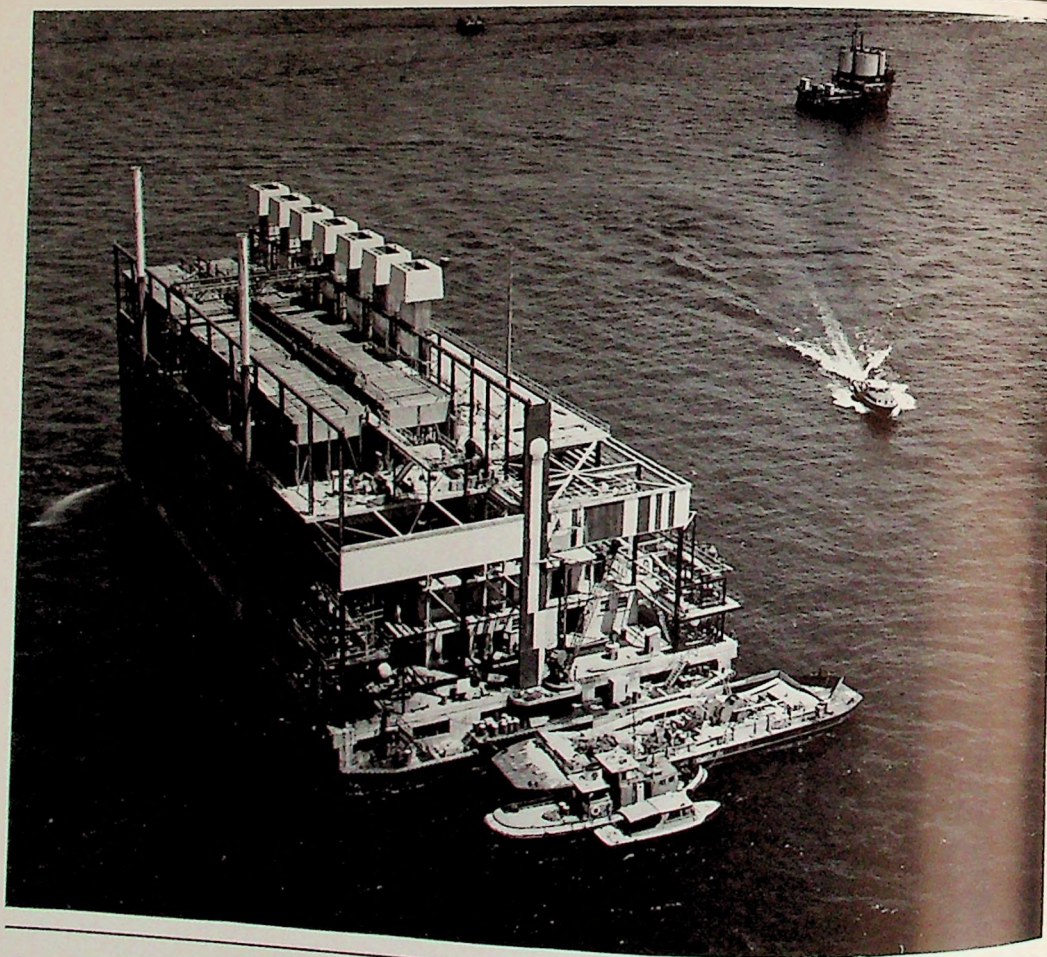
Escribí la frase y quedé, con recogida emoción, esperando el eco de la voz lanzada. Pensaba que iba a tener la virtud inmediata de despertar y sacudir a todos. Pero no fue así. Hubo poca repercusión inmediata. Entre la algarabía de voces que se alzaban en contradictorias ofertas y reclamos, aquella no parecía sino una voz más perdida en el clamoreo sin tregua. Hubo algunos comentarios hablados y muy pocos escritos.

Todo pudo quedar allí, sin otras consecuencias, pero las palabras también tienen su destino. No mueren con el sonido que las enuncia sino que adquieren una vida propia y co-

1946, se fundó la Corporación Venezolana de Fomento, como transformación de la Junta de Fomento de la Producción, se la adoptó como divisa de la institución.

Ya, para ese momento, se había escapado por entero de mí. Muchas de las personas que la repetían y la invocaban no tenían la menor idea de quién pudo crearla. Yo, por mi parte, sentía que en esa forma, en que la noción se había convertido en una expresión colectiva y anónima, se estaba cumpliendo mejor su destino. Había sido forjada para despertar la conciencia colectiva y en la medida en que se convertía en una frase popular estaba en el camino más seguro de alcanzar su fin.

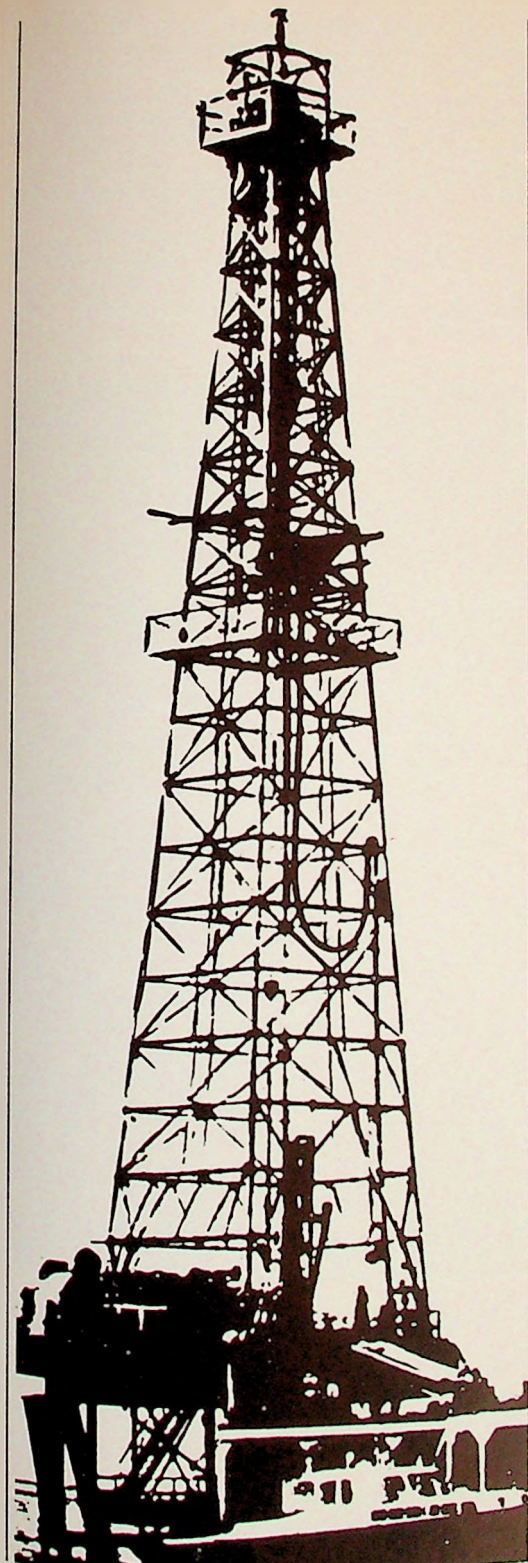
No dejó de haber quienes trataran de atribuírsela a al-



mienzan su aventura y su acción. No hay palabra verdaderamente baldía, ni nadie puede estar seguro de que ha de morir lo que ha dicho.

La frase "Sembrar el petróleo" había nacido y, tanto como un significado, tenía un destino. De la página del periódico había pasado ya a mentes y a opiniones. Se comenzó a repetirla. Más tarde apareció en escritos. Estalló en la oratoria de las reuniones populares. Cuando, en 1938, se fundó la Escuela Libre de Ciencias Económicas y Sociales en la Universidad ya se había convertido casi en un proverbio. Cuando, en

quien. Pocos quisieron reconocérmela. Venezuela que se ha mostrado, generalmente, generosa en el reconocimiento a sus intelectuales ha sido, en veces, algo parsimoniosa y reticente conmigo. No me interesa ahora dilucidar las causas sino señalar el hecho. O no se le reconocía autor a la frase o se procuraba buscarle algún otro que no fuera yo. A quien con más frecuencia se ha atribuido la paternidad ha sido a Alberto Adriani. Era una atribución inteligente. Adriani, muerto en la plenitud de su capacidad servidora, era un hombre de mentalidad clara y de sentido práctico, que tenía la pasión de po-



ner en marcha a Venezuela en una lucha heroica contra el atraso. La idea que expresaba la frase coincidía en muchos puntos con su manera de entender las vías del desarrollo económico venezolano. Sin embargo, no fue suya la frase, no aparece en ninguno de sus escritos o declaraciones, no se la ha atribuido ninguna persona que se la oyera decir a él mismo, y si, para bien del país, se hubiera prolongado su vida fecunda, hubiera sido el primero en desmentir esa atribución.

Quede todo esto para la anécdota. Una anécdota que, en verdad, no carece de interés y de significación. El hecho que me importa por ahora destacar es que la consigna de SEMBRAR EL PETRÓLEO cumple su primer cuarto de siglo.

Podríamos preguntarnos ahora si ha sido útil durante ese tiempo transcurrido y si conserva su validez para la Venezuela de hoy.

El país actual es muy diferente de aquel que vio aparecer el editorial del diario AHORA del 14 de julio de 1936. La población ha doblado desde entonces. El paludismo ha desaparecido, se ha reducido el analfabetismo, se han construido en gran cantidad carreteras, edificios y servicios públicos, ha disminuido la mortalidad infantil, ha aumentado la duración media de la vida, ha habido un desarrollo industrial, el presupuesto ha crecido 35 veces y lo que entonces gastaba el Estado en un año ahora se gasta en diez días.

Todo esto significa que la capacidad económica del país ha crecido, y esto ha sido posible, fundamentalmente, en virtud del desarrollo de la actividad petrolera. Los 154.000 barriles diarios de producción de 1936 han llegado, en un ascenso continuo, a los tres millones de barriles por día que, aproximadamente, hemos alcanzado en el presente. De esta fuente, y no de otra, ha partido el impulso que ha movido hacia arriba todos los otros índices de nuestra economía.

Sin embargo, los términos básicos del problema no han cambiado substancialmente desde 1936. Si entonces la actividad petrolera representaba la tercera parte de las rentas nacionales, hoy, directa e indirectamente, representa más. Ha crecido, en lugar de disminuir nuestra dependencia petrolera, y no ha disminuido la proporción de la actividad destructiva en nuestro complejo económico.

Si el consejo de "Sembrar el petróleo", lanzado en 1936, se hubiera podido convertir eficazmente en una verdadera política nacional, hoy tendríamos una Venezuela mucho más rica y mucho más independiente del petróleo. Si se hubieran invertido directamente en desarrollo económico, crédito a la producción, equipo y utilaje, educación técnica y colonización, las decenas de millares de millones de bolívares que la renta petrolera ha producido en estos veinticinco años, seríamos hoy uno de los países más prósperos, ricos e independientes del mundo.

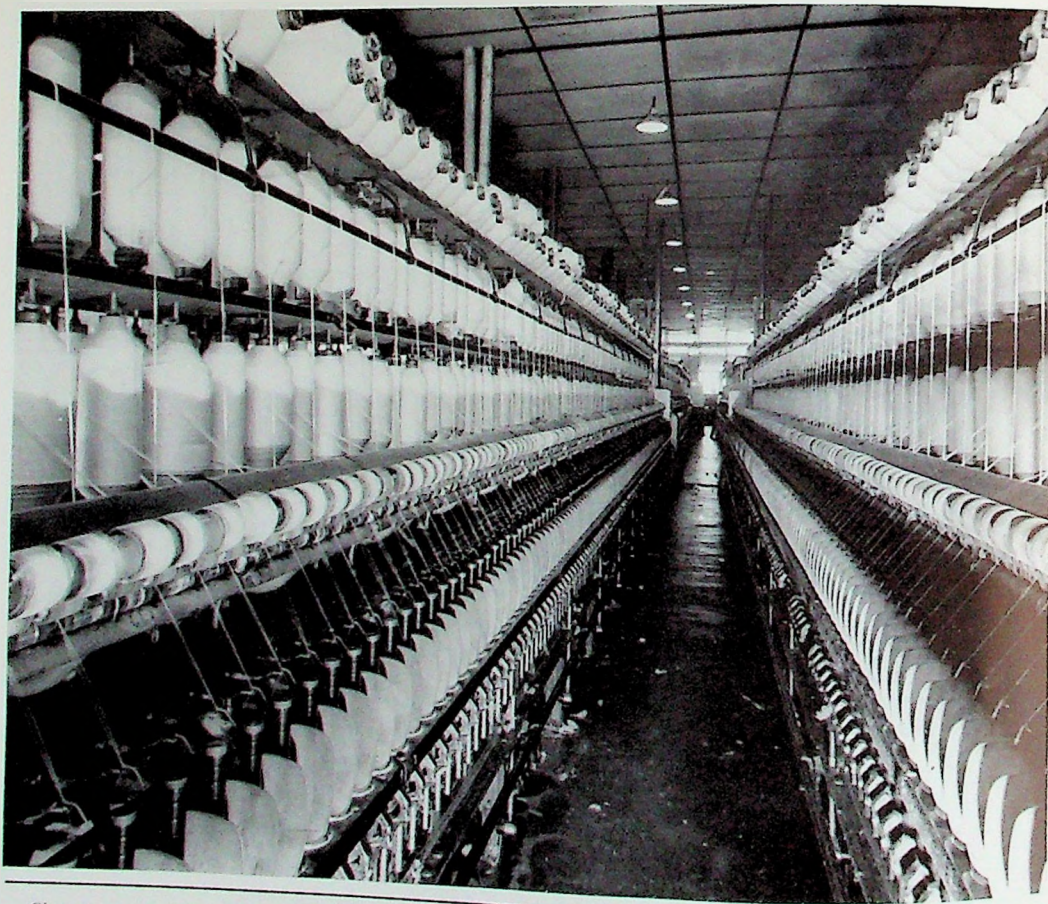
Sin embargo, no se hizo así, o no se hizo sino en una pequeña parte. De 1936 a 1939 el incremento de la renta petrolera fue escaso. En 1939 la Segunda Guerra Mundial suscitó obstáculos y desviaciones al desarrollo económico de Venezuela. No obstante, se aprovechó el tiempo de espera y tensión para hacer una revisión a fondo de la política petrolera que culminó en la reforma de 1943. De esta manera se aseguraba a Venezuela, para después de la Guerra, el más grande ingreso petrolero que haya conocido en su historia y uno de los más grandes que país alguno del mundo haya derivado de una sola actividad.

Quedaban así echadas las bases para acometer, en una escala que hubiera parecido fabulosa a la Venezuela de 1936, un programa gigantesco de siembra del petróleo. Al término de la guerra el Presupuesto Nacional no llegaba a los quinientos millones de bolívares. Si entonces se hubiera planificado la inversión del aumento de la renta, que iba a ocurrir en virtud de la reforma petrolera, hubiera sido posible, casi sin incremento de la burocracia ni de los gastos políticos, lograr una completa

transformación de la economía nacional. Para esos fines se contaba con instrumentos preparados y listos tales como la reforma tributaria de 1942, que permitiría una redistribución más justa del ingreso nacional por medio del impuesto, y la ley de reforma agraria, que permitiría, en un tiempo razonable, acabar con el latifundio y el atraso en el campo.

Los sucesos políticos de 1945 impidieron esta posibilidad y abrieron un largo período de inestabilidad política y de discontinuidad administrativa.

Entre 1946 y 1960 gran parte de la renta petrolera se destinó a fines no reproductivos, a obras de ornato, a inversiones suntuarias o injustificadas y al crecimiento desmesurado de la burocracia.



Ciertamente, no dejó de aprovecharse la riqueza petrolera, pero de un modo azaroso, incompleto y no planificado. El torrente de dinero que ha pasado sobre el país trajo muchas transformaciones y no pocos progresos, pero no llegó a ser el instrumento de una coordinada y sólida transformación de nuestras condiciones económicas y sociales.

Hubiera sido necesario un concepto claro y definido de lo que el petróleo debe ser dentro de la vida nacional. No un prodigio económico aislado, no una renta ordinaria, ni tampoco un campo de actividad independiente propicio para ensayar técnicas y teorías.

Es decir, ni malbaratar la riqueza petrolera en inversiones que no sean de desarrollo, ni considerarla como una industria aislada del complejo nacional.

Se requería una concepción coherente del petróleo dentro del marco de la vida venezolana. Considerar el petróleo no como una actividad específica y aislada a la que puedan aplicarse sistemas propios para una explotación y conservación idealmente perfectas, sino antes bien como un instrumento de desarrollo.

La providencia ha dotado a Venezuela de una inmensa riqueza en el subsuelo. Venezuela es un país subdesarrollado. La lógica debería indicar que lo que debemos hacer es aprovechar la riqueza del subsuelo para desarrollar a Venezuela en todos los órdenes.

Esta concepción del petróleo como instrumento fundamental e insustituible del desarrollo del país puede no coincidir exactamente con los requerimientos de una política petrolera, que considere el petróleo aisladamente, fuera del marco de las necesidades venezolanas y se proponga solamente hallar la manera de explotarlo más racionalmente y conservarlo por más tiempo.

Explotar racionalmente y aprovechar al máximo los yacimientos es ciertamente algo que no puede ser desdenado, pero posponer o retardar la posibilidad del desarrollo venezolano en nombre de la conveniencia de conservar el petróleo para las

generaciones futuras carecería de justificación histórica.

Las generaciones futuras no nos van a preguntar si les hemos dejado mucho o poco petróleo en el subsuelo, sino que nos van a lanzar una cuestión mucho más grave y perentoria que no es otra que ésta: "¿Aprovecharon ustedes inteligente y oportunamente el petróleo para construir un país?". La trágica implicación de esa pregunta no la van a eludir nuestras sombras ausentes o nuestras borrosas memorias alegando que tratamos de hacer una explotación racional y prudente.

Si Inglaterra no hubiera aprovechado en su oportunidad su riqueza carbonífera para convertirse rápidamente en la primera y más grande potencia industrial del siglo XIX, constituiría un flaco consuelo para los británicos de hoy contemplar intactas las ingentes moles de carbón, que hubieran podido

lora en el fomento económico sigue siendo la necesidad más importante de Venezuela. En la reciente Conferencia de Punta del Este, el Secretario del Tesoro norteamericano Dillon, anunció la posible inversión durante los próximos diez años, de una suma aproximada de veinte mil millones de dólares para el progreso de la América Latina. Esta promesa fue acogida con beneplácito, por todo un continente de 20 países con cerca de 200 millones de habitantes, porque se ve en ella la posibilidad de un impulso definitivo en la transformación de las condiciones económicas y sociales de esa vasta porción del planeta.

No deja de llamar a reflexión el considerar que, durante esa misma década, Venezuela, de sus propios recursos fiscales ha de obtener una suma que no es inferior a aquella. En efecto, el nivel actual de nuestro presupuesto nacional, al cambio



conservarse al precio de no llevar a su país al nivel de desarrollo que alcanzó.

El petróleo es antes que todo el más poderoso instrumento de desarrollo que tiene Venezuela. Así debe ser concebido y utilizado. Las circunstancias nacionales y mundiales de los últimos años han creado esta posibilidad. Es nuestro deber aprovecharla y no exponernos a que, por un error de concepto, las condiciones evolucionen contra nuestro interés, y vengamos a darnos cuenta de ello cuando ya sea tarde y la oportunidad haya pasado irremisiblemente.

Hoy como ayer la inversión mayoritaria de la renta petro-

que el Banco Central recibe las divisas controladas, se puede estimar en una magnitud muy cercana a los dos mil millones de dólares por año. Con semejante ingreso fiscal el Estado venezolano debería estar en capacidad de promover el más extraordinario programa de desarrollo que ningún país americano ha conocido.

Infelizmente, a través de largos años de inadecuada orientación del gasto público, se ha afectado una parte enorme de esos recursos en atender meros gastos de gestión que solo indirectamente pueden estimular el progreso económico nacional.



La verdad es que hoy como ayer, y aun con más urgencia que ayer el enunciado de los objetivos de la política económica que requiere Venezuela, es simple y obvio.

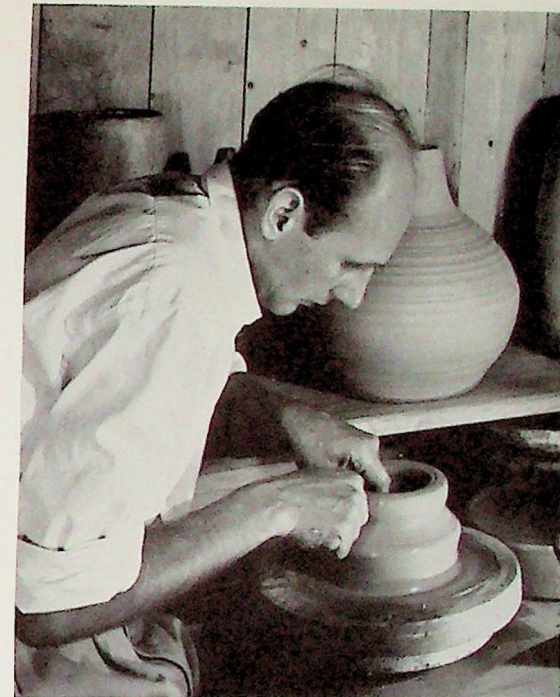
Necesitamos estimular la producción del petróleo y de las minas hasta el más alto nivel compatible con las posibilidades mundiales en volumen y precio. Necesitamos mantener una posición agresivamente competitiva y expansiva de la industria petrolera y minera establecida en Venezuela.

De esa producción mantenida en su nivel alto, a los más altos precios posibles de nuestra posición en el mercado mundial debemos derivar para el Estado la participación más alta compatible con el estímulo necesario a la inversión y desarrollo de la industria extractiva.

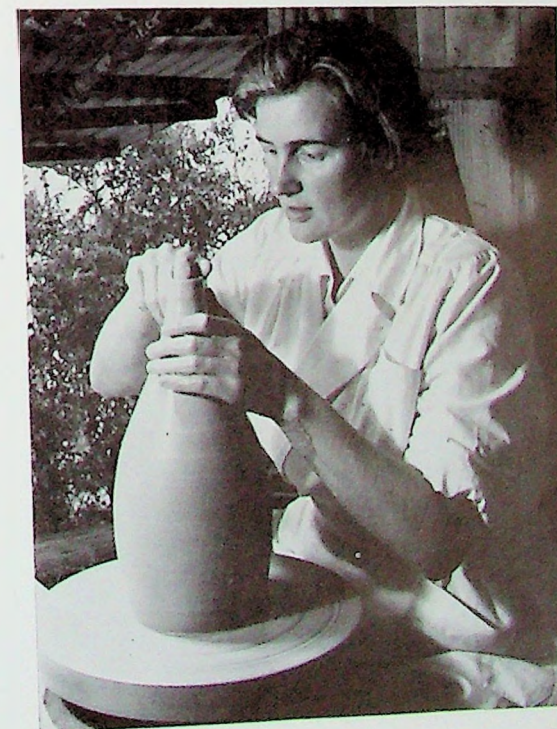
Es decir llevar la industria del petróleo y de las minas a producir al máximo, con el máximo beneficio para el país.

Y luego, considerar el dinero proveniente de nuestra participación en esa industria como si proviniera de un empréstito sin intereses y sin plazo, que debe ser repuesto en aumento de la producción industrial y agrícola del país. Es decir, la inversión al máximo de la renta del petróleo y de las minas en el desarrollo económico efectivo de Venezuela.

Esto no significa otra cosa que *sembrar el petróleo*. Lo que viene a comprobar, y no puedo negar que me complace, que hoy, como hace veinticinco años, sigue siendo esta la consigna fundamental del progreso venezolano.



FE DE ERRATA



Un explicable error cometido en el número anterior de esta revista, y a petición de la misma, me ha brindado la oportunidad de hablar un poco de los Zielke y de Seka (en dicho número se atribuyó a los

primeros la cerámica de Seka que aparecía reproducida en la portada). Digo que tal error es explicable porque además de la natural confusión que produce el hecho de que haya tres ceramistas de exce-

lente calidad que llevan nombres tan parecidos como Thekla (Zielke), Tecla (Tofano) y Seka (Severin), cabría todavía otra posibilidad de confusión ya que el talento y la excelencia en la producción

son cualidades comunes a todas ellas. Aclarado esto me interesa decir que es circunstancia afortunada para la artesanía del país que el matrimonio Zielke haya decidido fijar residencia aquí y de-

dicarse por entero a la cerámica. Mi primer contacto con sus obras se produjo en el Museo de Bellas Artes en el año de 1960. Cuando miraba las piezas que habían sido enviadas al Salón Oficial Anual

de Arte Venezolano fui sorprendido por la bondad de una serie de piezas cuyo autor no conocía. Eran formas bien diseñadas y torneadas, justas en el color y la textura y de impecable realización técnica.



ca. De inmediato traté de averiguar quién las había hecho y así conocí a los Zielke. Supe entonces que juntos trabajaban la cerámica, que ambos eran muy buenos torneros, pero que por lo general

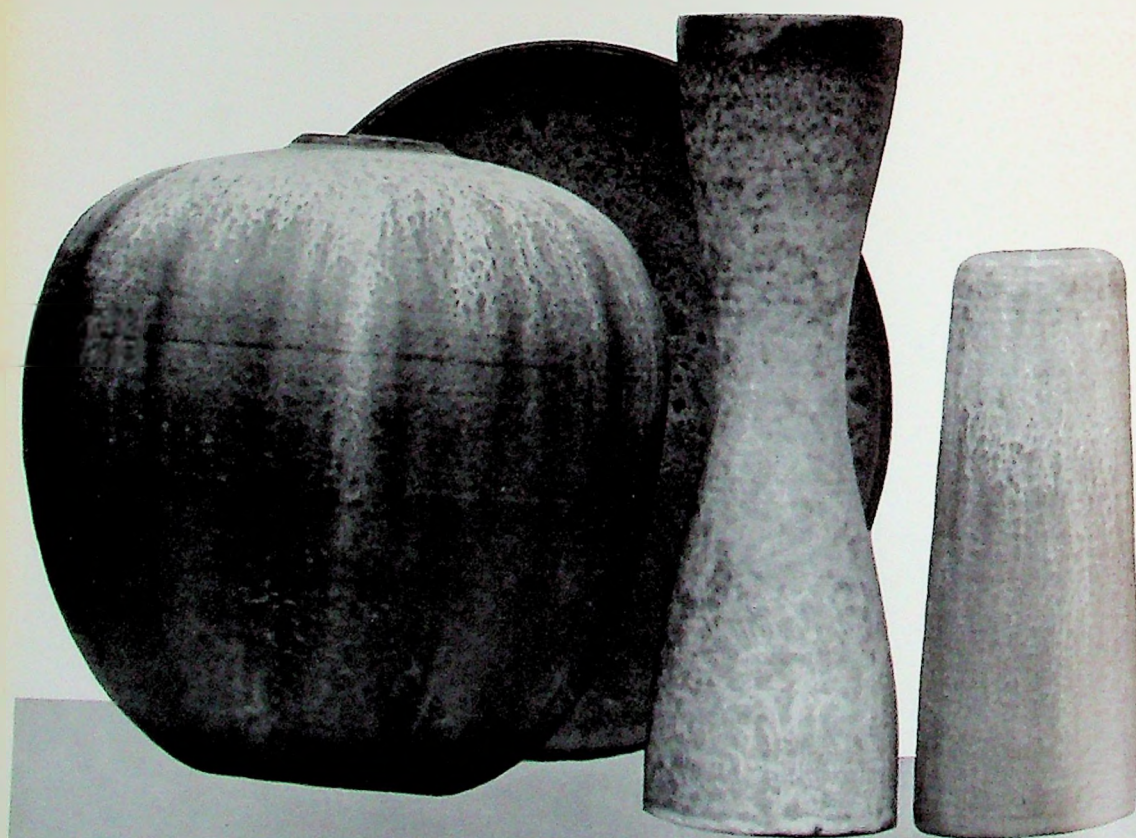
Thekla se ocupaba del torneado y Gottfried de los esmaltes y la cocción, me enteré también de que vivían en la Colonia Tovar y de que a su empeño en hacer cerámica se oponían muchísimas dificultades, no siendo la menor la intransitabilidad de la carretera que une esa población a Caracas.

En noviembre de 1960 hicieron su primera exposición en el Museo de Bellas Artes (80 piezas que de-

mostraban la capacidad creadora y el dominio técnico de los Zielke). En Marzo de este año su envío al Salón (el más cuantioso en toda la historia del Salón) ganó, por unanimidad, el Premio Nacional de

Artes Aplicadas. En la actualidad preparan una exposición que, estoy seguro, reafirmará el prestigio de que ya — merecidamente — gozan los Zielke en el País.

MIGUEL G. ARROYO C.
Director del Museo de Bellas Artes





BREVE HISTORIA Y ANECDOTA DE 100 AÑOS DE INGENIERIA

Por Eduardo Arcila Farías

Las fortalezas coloniales constituyen los más grandes monumentos de la ingeniería española, de la que surgió como vástago de robusta ciencia la ingeniería venezolana. Se ha dicho repetidas veces y ha quedado consagrado ya como un hecho definitivo, que Venezuela no tuvo ni templos ni edificaciones privadas, cuyos alardes arquitectónicos permitieran disputarle posiciones a otras naciones del área hispánica más favorecidas por el arte de sus constructores coloniales y por las riquezas minerales de sus territorios. Nuestras iglesias son modestas en proporciones y en materiales.

Sin embargo, aparte de que las obras deben evaluarse en sí mismas y en relación con la época y el medio, pues no se trata de establecer una especie de concurso universal, Venezuela podría en desquite presentar las obras que la ingeniería militar erigió en tiempo de la Colonia, como unas de las más importantes creaciones del hombre en aquel período de la historia de América. El Castillo de Araya fue considerado como uno de los más formidables fuertes erigidos por España en tierras americanas. Sus muros de sillaría y cal hicieron frente a las armadas de Inglaterra y Holanda, y aún resistieron la acción de la pólvora cuando la propia metrópoli decidió su eliminación porque si hasta ese momento había servido para ponerle un alto a las incursiones enemigas, en lo adelante podía convertirse en manos de éstos en un baluarte contra España.

La Plaza Fuerte y el Castillo de Puerto Cabello hicieron de este uno de los puntos mejor defendidos de la zona del Caribe, que era acaso el área más celosamente custodiada del mundo occidental hasta fines del siglo XVIII, con las grandes fortalezas de La Habana, San Juan de Ulúa, Portobello, Cartagena de Indias, Puerto Cabello y La Guaira. El ingeniero Juan Courten levantó en 1720 los planos de lo que habría de ser la plaza fortificada, y el Castillo de San Felipe, hoy Castillo Libertador, La Plaza Fuerte fue demolida durante la república por órdenes de Páez, después de la Revolución de la Reforma. Los planos de Olavarriaga, muestran los complicados detalles de los anclajes que afirmaban los muros en el suelo, las pesadas puertas, los puentes levadizos, los profundos fosos y la sólida estructura de sus almacenes y refugios.

La Guaira fue uno de los puertos mejor defendidos del Continente. No había ningún fuerte que individualmente pudiese compararse con el de Cartagena y ni con el de Puerto Cabello, pero en conjunto no cedía en poderío para la defensa, que se apoyaba en una serie de pequeñas fortificaciones, que desde Macuto hasta Maiquetia formaban un solo sistema defensivo. Trepadas en las montañas vecinas, en constante vigilia dominaban el mar. El ingeniero Claudio Rugero recomendó en 1680 la fortificación de La Guaira y formó los planos de las murallas que protegerían la Plaza Fuerte. Después se construyeron otros fortines, y así fueron apareciendo con sus cañones mirando siempre hacia el plateado horizonte, el Baluarte del Gavilán, Santo Cristo de la Trinchería, El Baluarte de San Fernando, el de La Caleta, la Ata-

laya del Zamuro, el Fuerte de El Colorado. Durante más de un siglo se trabajó en la construcción de este complicado sistema defensivo, en cuya obra participaron ingenieros tan insignes como Francisco Jacot, Lartigue de Condé, González Dávila, Miguel Marmión.

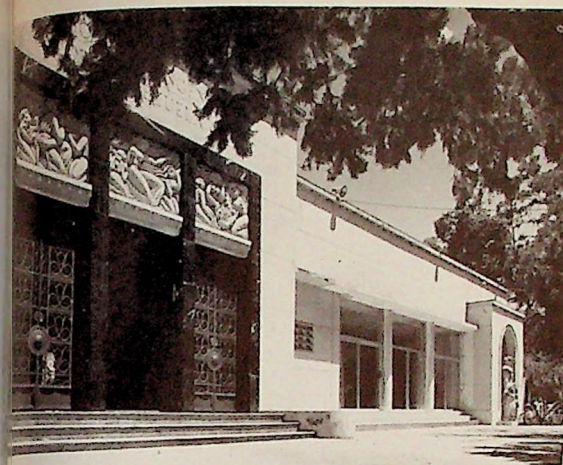
A estas edificaciones de carácter puramente militar se agregan otras no menos estimables en el campo de las construcciones civiles. Entre ellas los puentes, los acueductos y algunos canales para el riego, las obras portuarias que como las de La Guaira, fueron una incesante batalla contra el mar. El puente de Carlos III, en La Pastora, no sólo ha triunfado sobre el tiempo y ha soportado con éxito las cargas que sus constructores pudieron prever, sino que ha sido sometido a un trabajo muy superior al de los pilares de la Cúpula de San Pedro, de Roma, y de la iglesia de San Pablo, en Londres.

El cuerpo de ingenieros que España sostuvo aquí desde la segunda mitad del siglo XVIII, fue uno de los más numerosos de la América Hispánica. En diversas oportunidades pasaron por Venezuela en cumplimiento de misiones reales, hombres notables como el italiano Antonelli y Agustín Crame, organizador de un sistema continental de defensa. El grupo enviado a la provincia venezolana no sólo nos dejó como fruto de sus conocimientos los castillos con forma de estrellas y las torres almenadas de las atalayas. La mejor herencia que nos legaron aquellos hombres fue la ciencia Matemática y el espíritu republicano que les llevó a abrazar la causa de la libertad. Hombres que procedían del Colegio de Nobles de Segovia, se confunden con la negrada de José María España y con los zambos guaireños, con el pueblo de todo color que siguió la conjura de Picornell. Cuando sonó la clarinada de 1810, esos ingenieros españoles se colocan al frente de los ejércitos patriotas y son los creadores de los famosos cuerpos de zapadores. Discípulo de esos ingenieros es una de las más grandes figuras de la independencia americana, Antonio José de Sucre.

La Academia de Matemáticas

La ciencia Matemática tiene su más lejano antecedente entre nosotros en las clases que por su propia iniciativa comenzó a impartir el Coronel de Ingenieros Don Nicolás de Castro, en 1760. Le seguirán después otros ingenieros militares, quienes diz que por el gozo de ejercitar sus conocimientos en riesgo de enmohecerse en la rutina de las misiones militares, comunicaron a los jóvenes criollos las enseñanzas que recibieron en las Academias de la Metrópoli.

Con la cátedra de Matemáticas regentada por el Maestro Rafael Acevedo, se inicia un nuevo ciclo para la ingeniería venezolana. Poco tiempo después, en 1831, esa cátedra habrá de servir de base para el establecimiento de la Academia de Matemáticas, que se convirtió inmediatamente en el instituto de enseñanza superior más importante del país y el más concurrido. Las matemáticas estaban situadas en el tope de las manifestaciones de la inteligencia, y se las tenía como una de las más gustadas recreaciones intelectuales. Los más brillantes escritores, poetas, científicos, pintores, acudieron a aquel Centro regentado por un joven venezolano que venía ya precedido de una gran fama, Juan Manuel Cajigal, un hombre lúcido, dotado de una gran vocación científica que le llevó a mirar con desprecio las posiciones políticas, que han sido en Venezuela como una irresistible tentación que ha apartado de su verdadero camino a tantos científicos y artistas, que no dieron al país todo lo que su talento prometía. Rafael María Baralt, Felipe Larrazábal, Cecilio Acosta, Ramón Yépez, Blas Bruzual, figuran entre la pléyade de escritores formados en la Academia, y con ellos las más prestigiosas figuras de la ciencia venezolana del siglo XIX, como fueron Juan José Aguerrevere, Olegario Meneses, Agustín Aveledo, Lino José Revenga, Luciano Urdaneta y su hermano Eleazar, hijos ambos del Prócer. A la Academia perteneció también el fino artista Carmelo Fernández, quien comparte



Colegio de Ingenieros, Caracas

con Codazzi los méritos de los Atlas de Venezuela y Colombia como dibujante oficial de la Comisión Corográfica. Maestro de un grupo de nuestros mejores clásicos de la pintura, Fernández aparece como uno de los ingenieros de más dilatado ejercicio en el Ministerio de Obras Públicas.

En 1837, egresan los primeros cuatro ingenieros graduados en el país: Meneses, que habría de ser el sucesor de Cajigal; Aguerrevere, uno de los mejores técnicos producidos por el país; Egidio Troconis y Manuel Urhaneja. De ahí salieron a partir de 1833, los primeros agrimensores. Es el verdadero comienzo de la ingeniería en el país; los estudios se han consolidado y la nación cuenta ya con profesores capaces que habrán de dar inmediatas pruebas de la seriedad de su aplicación y de la solidez de sus conocimientos.

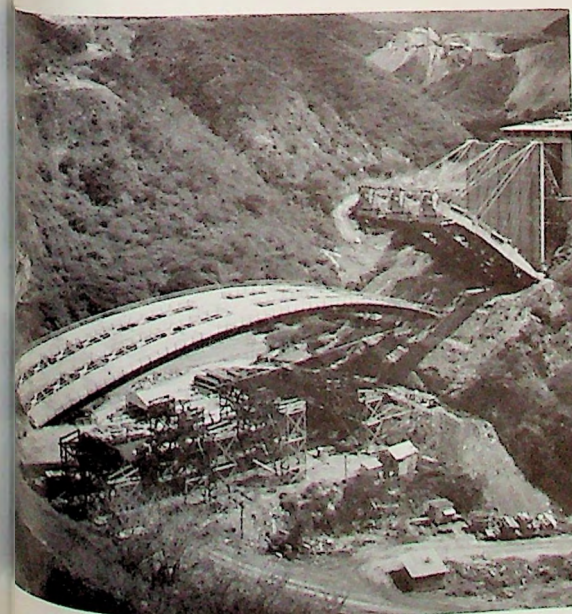
La carretera de La Guaira

Es la primera gran obra emprendida por la ingeniería venezolana. Corresponde su realización a Juan José Aguerre-

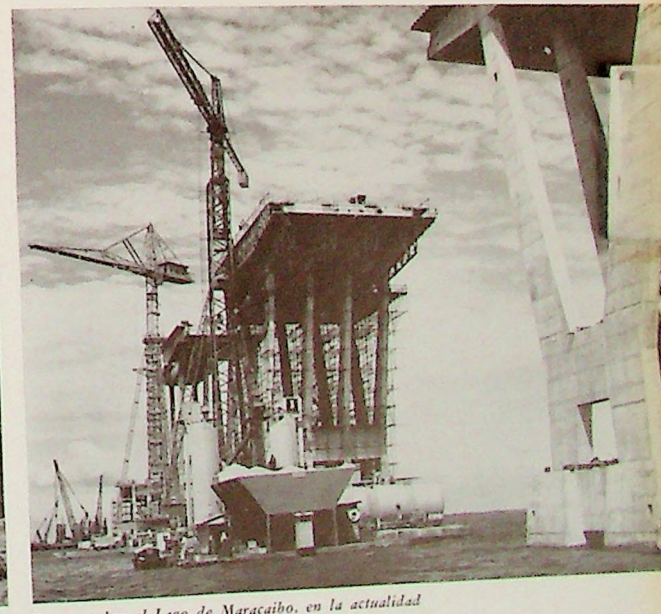
vere, el primer Presidente del Colegio de Ingenieros. Apenas acababa de abandonar las aulas de la Academia de Matemáticas, cuando tuvo que enfrentarse a los graves problemas que en todo tiempo ha presentado el paso entre Caracas y La Guaira, en Peña de la Mora y Boquerón. De que los supo solucionar con acierto, lo demuestra la obra misma, que habría de ser reputada como la más temeraria carretera de su tiempo y no faltó viajero entendido en el conocimiento de extrañas tierras, que sin vacilación la calificase de la mejor existente en América sin excluir la del Norte. En 1839 se iniciaron los trabajos, y en enero de 1845 la inaugura Carlos Soubllette, dando paso a las primeras carretas que surcan el territorio nacional. Se inicia asimismo la era de los coches, que aparecen como la última expresión del progreso y del confort "La carretera de La Guaira —declara Aguerrevere— ha puesto de manifiesto en nuestro país que son ellas uno de los ejes fundamentales sobre los que gira la prosperidad material e intelectual de la sociedad".

Con la carretera llega también la maquinaria pesada que antiguamente no podía subir a Caracas por el viejo, estrecho y tortuoso camino de violentas pendientes. Venezuela contempla con asombro la transformación que se opera en la región servida por la nueva vía; admira la economía de tiempo y de fletes, la comodidad de los viajes; el poder ir al Litoral y estar de retorno en Caracas antes de que se ocultase el sol. El ejemplo comienza a cundir y nuevas carreteras comenzarán a estrechar el territorio venezolano.

Después vendrá la de Occidente, que permitirá a la Capital comunicarse por tierra con el interior del país. Hasta entonces, Caracas casi no tenía otra vía sino el mar. Los Valles de Aragua, parecían como un prodigio de riqueza vegetal ponderado por los nativos y los extraños como una tierra paradisíaca, aunque remota a pesar de su proximidad. Se interponían las erizadas montañas llenas de pasos difíciles que hicieron concebir la idea de que la carretera a través de esas montañas era una empresa imposible. Solamente el trozo entre Caracas y Los Teques consumió más de novecientos mil pesos y diez largos años de trabajo. En enero de 1866, sorprende a La Victoria el primer coche procedente de Caracas. Siete horas de confortable viaje habían bastado a Guzmán para llegar como un héroe triunfal a los valles aragüeños; hasta entonces no bastaban dos días de fatigas para cruzar la misma distancia.



Autopista Caracas-La Guaira, mientras estaba siendo construida



Puente sobre el Lago de Maracaibo, en la actualidad

El Tajamar de La Guaira

En 1844 el Concejo Municipal de La Guaira firmó un contrato con el ingeniero norteamericano Thomas N. Walter para la construcción de esta obra. Fue Walter uno de los notables ingenieros extranjeros que llegaron al país durante el pasado siglo. Veinte años más tarde habría de consagrarse como uno de los más grandes de su tiempo, al construir el Capitolio de Washington. Sin embargo, su paso por Venezuela no fue muy afortunado.

El costo de la obra fue estipulado en 275.000 dólares. Estaba destinada a constituirse en una de las más grandes realizaciones de la República, y la Nación no escatimó esfuerzos para reunir aquella importante suma en un tiempo en que los ingresos de la Tesorería apenas alcanzaban a diez millones de bolívares anuales. Los ingenieros del país hicieron oír su opinión sobre un error de concepción del proyecto y vaticinaron su ruina. Pero esa vez, como en muchas otras oportunidades, se desestimó la ciencia de nuestros hombres y cuando en 1846 quedó concluido el rompeolas y los muelles pulidamente acabados, parecieron necias las palabras de Aguerreverre. Pero ese mismo año presenció la destrucción de lo que parecía una obra imponente que desafiaría con éxito los embates del mar.

Aguerreverre explicó las causas de la súbita destrucción: La acumulación de arenas arrastradas por las aguas. Toda la obra había sido levantada sobre un falso piso que las mareas se llevaron con la misma prontitud como lo habían formado. La solución no era otra sino la de adoptar una dirección contraria a la que había seguido Walter, en quien sin embargo reconocía indiscutibles méritos.

Otro extranjero, el belga Paquet, habría de encargarse hacia finales del siglo de la construcción de los muelles de Puerto Cabello, con más éxito que el norteamericano. En esta obra, sin embargo, participaron en buena parte los ingenieros del país secundando a Paquet, quien ensayó un procedimiento de su invención que hizo de aquellos muelles una de las más notables obras de la ingeniería en toda América. Por primera vez en nuestros puertos aparecen los grandes marinetes a vapor y las pesadas grúas. Enormes pilotes de hierro y concreto fueron enterrados en el fondo de la rada. Los más novedosos procedimientos para la preservación del metal contra la acción corrosiva del salitre, fueron aplicados en esa oportunidad. Veinte años más tarde el examen de los ingenieros reveló que la obra se encontraba intacta y con toda solidez. Así como en la ocasión del Tajamar de La Guaira la opinión de los técnicos venezolanos fue contraria

al proyecto de Walter, en esta no sólo fue favorable sino que a sus instancias el Gobierno aceptó las ideas de Paquet. En el fracaso de aquél y en el éxito de éste, quedó demostrada la capacidad de los ingenieros del país.

Los ferrocarriles

La más importante prueba a que fuera sometida la ingeniería venezolana en el pasado siglo fueron las obras ferroviarias. Del Ferrocarril de La Guaira exclamó Lessep que los venezolanos comenzaron por donde otros habían terminado, expresando con estas palabras su admiración por esa obra que en su tiempo fue considerada como una de las más audaces realizaciones de la ingeniería. Hoy podemos mirarla con indiferencia y ante el desarrollo de los servicios automotores y la impresionante autopista moderna el pequeño tren podría parecer ridículo; pero en aquel año de 1883 cuando se dio al servicio público, esa vía férrea era la más elevada del mundo y la solución de llevar la rugiente máquina y su larga fila de coches desde el nivel del mar hasta más de novecientos metros de altura, no podía ser considerada sino como un verdadero prodigio de la inteligencia humana.

Un gran número de notabilidades extranjeras participaron en la idea y desarrollo de esta obra. En una época muy temprana, hacia 1827, estuvo en Venezuela nada menos que el ingeniero inglés Robert Stephenson, hijo y colaborador del inventor del ferrocarril. Ese mismo año también estuvo en Caracas, junto con Stephenson, otra figura de la ingeniería de todos los tiempos, el inglés Richard Trevithick, constructor de la primera locomotora sobre rieles. Se ventilaba entonces el proyecto del ferrocarril entre Caracas y La Guaira en momentos en que ese medio de transporte estaba saliendo apenas del período de experimentación. De no haberse aplazado ese proyecto, Venezuela se habría convertido en el primer país de América que empleara el ferrocarril y el segundo o tercero en el mundo.

Después de numerosas tentativas de contratación, los primeros estudios datan de 1873. El gobierno venezolano contrató en Londres los servicios de un famoso ingeniero de ferrocarriles, Robert Francis Fairlie, con el carácter de *Ingeniero Consultor*, quien envió a Venezuela un grupo de ingenieros ingleses integrado por Alexander, Garlad, Pagan y Geneste; éstos, en colaboración con cinco ingenieros venezolanos y uno cubano, iniciaron el reconocimiento del terreno y levantaron los planos que contemplaban la construcción

de más de cuatrocientos puentes. Más tarde fue contratado el ingeniero norteamericano John Houston, quien con nuestro eminente Muñoz Tébar revisa el trazado inglés y entre ambos proponen una nueva línea que eliminó los puentes dejándolos reducidos tan sólo a dos.

En 1880 Guzmán Blanco otorgó el contrato para la realización de la obra a otro ingeniero y empresario norteamericano, William Pile, y éste, después de hacer gestiones infructuosas para obtener financiamiento en los Estados Unidos, se dirige a Inglaterra donde logra formar la empresa con la que se inician las inversiones inglesas en los ferrocarriles venezolanos, las más importantes hasta comienzos de este siglo.

A esta vía férrea seguirá luego la de Puerto Cabello a Valencia, la del Tuy, la de Caracas a Valencia, la de Barquisimeto a Tucacas y las más distantes del Táchira, de Mérida y Trujillo. Estas líneas fueron tendidas sin sujeción a ningún plan determinado, lo que impidió formar con ellas un sistema que uniera el país. Ni siquiera el ancho de sus vías era homogéneo. Constituyeron una pesada carga para el Estado y los particulares encontraron elevados los fletes e insuficiente el servicio. Los ferrocarriles perdieron así apoyo y se pensó en sustituirlos por una compleja red de funiculares.

Obras hidráulicas

El Dique de Caujarao fue la más importante realización de su género en el pasado siglo y no alcanza a ser superada sino por obras tan recientes como la de La Mariposa. Estaba destinada a llevar el agua a Coro y La Vela y a las regiones vecinas. Su constructor fue el General de Ingenieros Luciano Urdaneta, hijo del Prócer, egresado de la Escuela de Puentes y Calzadas de París. Fue este ingeniero poco conocido, que despreció los cargos políticos, los vanos honores y la publicidad, uno de los más capaces técnicos del país. Fue uno de esos hombres a quienes les cabe el calificativo de "Constructores de Venezuela". A él debe el país otras obras importantes como el Acueducto de Caracas, el Capitolio, estudios de carreteras y ferrocarriles, de puentes y de obras de ornato. El desarrollo del Acueducto de Caujarao alzó una extensión de más de seis kilómetros. El Dique se apoyaba en las rocas, con una longitud de 86 metros y una altura de 10 metros sobre la base. Este gran muro de mampostería hidráulica alcanzaba un espesor de diez metros. El agua represada formaba un hermoso lago de más de kilómetro y

medio de extensión. Se le comparaba en su tiempo con el famoso dique de Croton que suministraba el agua a Nueva York.

El acueducto de Caracas y con él también el estanque de la Colina de El Calvario y el paseo del mismo nombre, fueron construidos por el mismo Luciano Urdaneta y su hermano Eleazar, otro de los grandes de la ingeniería venezolana. Es el primer acueducto a presión de la Capital, que viene a sustituir los viejos acueductos por gravedad que dejaron los españoles. Las tuberías de hierro reemplazan los canales a cielo abierto, y las pintorescas fuentes públicas ceden el paso a los grifos que abastecían las viviendas. Desde Macarao fue conducida el agua hasta El Calvario donde estaba el gran estanque de almacenamiento y los filtros purificadores.

Otra obra hidráulica importante es la canalización del Río Guárico, para abastecer de agua potable a las poblaciones vecinas y regar los campos. El canal debía alcanzar una extensión de 40 kilómetros. Inició su construcción el ingeniero Antonio María Casano López, en 1874. La continuó el ingeniero Pedro José Sucre. Después sufrió varias interrupciones y la primera sección no queda concluida sino en 1905; Castro ordena la reanudación de los trabajos bajo la dirección no de un ingeniero sino de uno de los "generales" de montonera que le acompañaron en su larga incursión guerrera desde Los Andes hasta Caracas. Finalmente quedó inconclusa como otras tantas obras afectadas por la constante mutación de los gobiernos de la convulsionada Venezuela.

El Capitolio

Fue el Capitolio la más grandiosa obra arquitectónica erigida por Guzmán Blanco. Numerosas leyendas se mantienen en circulación sobre la rapidez empleada en su edificación. Esas leyendas tienen su origen en las propias declaraciones del Ilustre Americano, quien al decretar honores para los constructores y administradores de la obra, dejó dicho que había sido terminada en ciento veinte días. Más tarde el plazo ha sido reducido a sólo noventa días. Lo cierto es que Guzmán se refería a lo que entonces se llamaba "El Capitolio", que no estaba constituido sino por los dos salones de reunión de las Cámaras. Los edificios laterales, el Salón Elíptico y otras dependencias en el frente Norte, fueron construidas posteriormente. Era esta sección del edificio lo que se llamó el "Palacio Federal".

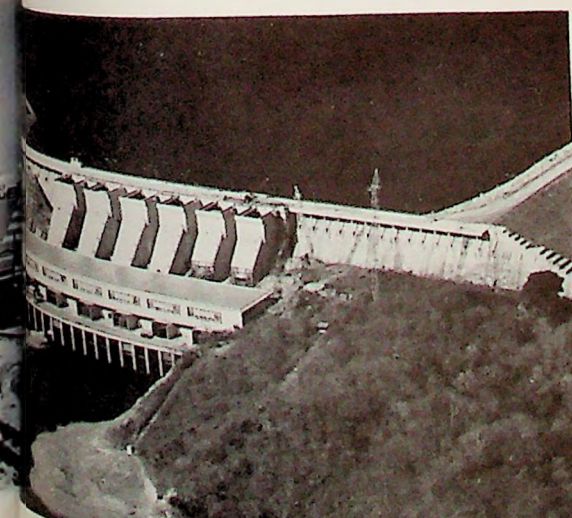
Los Salones de las Cámaras Legislativas fueron erigidos en un terreno que formaba parte del patio del Convento de



Puerto de La Guaira



Ferrocarril Puerto Cabello-Barquisimeto



Represa del Caroni



El Capitolio

las Monjas Concepciones. Su planificación y construcción correspondió al ingeniero Luciano Urdaneta. Fue decretado el 11 de setiembre de 1872, y casi inmediatamente se inició la demolición de la parte expropiada del Convento. Para el 20 de febrero siguiente, ya los salones estaban en condiciones de servir de asiento al Congreso. El costo se elevó a 250.000 bolívares. La rapidez empleada se explica por el procedimiento de múltiples contratos y ajustes. El techo fue construido por Auguste Lemoine, contratista de obras públicas, quien lo hizo en La Guaira con las mejores maderas del país, y lo trasladó hasta Caracas en carros de mulas. El enlosado también fue construido en aquel puerto. La cristalería de color para las ventanas se encargó a la firma Thirion y Damien, de París. Diversos ebanistas y carpinteros fabricaron las barandas y otras obras de madera. Un crecido número de obreros trabajó sin descanso no solamente durante las horas ordinarias de la semana, sino que las noches, los domingos y días de fiestas debieron habilitarse para dar cumplimiento al contrato suscrito por Urdaneta y la Compañía de Crédito.

Una vez transcurrido el período de sesiones, Guzmán decidió demoler la totalidad del Convento y proseguir las edificaciones para erigir la sede del Gobierno Federal. Luciano Urdaneta recibió el encargo de elaborar los planos de los nuevos edificios, y concibió entonces la idea de que éstos formasen con el Capitolio una sola unidad arquitectónica. Se encargó nuevamente de los trabajos mientras atendía a muchas otras obras públicas a su cuidado. Estuvo al frente de los trabajos hasta 1875. Ya la fachada del Norte y los edificios laterales estaban concluidos. La obra estaba casi en su totalidad terminada. Faltaba apenas el techo del Salón Elíptico, ya en proceso de construcción, algunos detalles y el decorado interior. Se dio entonces la comisión de concluir esta etapa final al ingeniero Roberto García, de actuación poco afortunada, quien no hizo otra cosa sino terminar una obra a la que poco le faltaba después de cuatro años de trabajo, y no se le permitió apartarse de los planos y recomendaciones de Urdaneta, cuya autoridad científica era reconocida y jamás discutida. García sin embargo hizo circular fotografías de la obra con su nombre. La posteridad se dejó sorprender y hasta una placa le atribuye el Capitolio a este ingeniero olvidando a su verdadero constructor a quien hoy la *Historia de la Ingeniería en Venezuela* le ha devuelto sus méritos injustamente arrebatados. El costo de las nuevas obras según el presupuesto presentado por Urdaneta, se elevaba a más de 800.000 bolívares. De esta manera el costo de todo el Capitolio, incluidos los salones del Congreso, alcanzó a 1.050.000 bolívares. Las esculturas que simbolizan la Paz y la Justicia, fueron ejecutadas por el artista Eloy Palacios.

Otra gran obra ornamental de Guzmán Blanco fue el Teatro Municipal, cuyos planos fueron elaborados por el Ingeniero Esteban Ricard. El sucesor de Guzmán, Linares Alcántara, hizo demoler por supuestos defectos, la parte de la estructura que ya había sido erigida. Cuando Guzmán toma de nuevo el poder, recomienza la obra con sujeción a los mismos planos de Ricard, pero la ejecución le fue confiada al ingeniero Muñoz Tébar. Se utilizó la iluminación de lámparas de gas producido por el gasógeno instalado en la parte trasera del edificio.

La era de la electricidad

Se inicia también con Guzmán Blanco cuando en el año centenario del nacimiento del Libertador, aparecen en Caracas las primeras lámparas de arcos voltaicos, instaladas en el Teatro Municipal, que entonces llevaba el nombre de Guzmán, y en los corredores del Capitolio. El generador era movido por una máquina de vapor.

Sin embargo, el establecimiento definitivo de la electricidad no ocurre sino en 1897, cuando comienza a funcionar la empresa "La Electricidad de Caracas". Inmediatamente se inicia la iluminación de las calles con el nuevo fluido. La industria reconoce sus ventajas y abandona los viejos sistemas



Planta Eléctrica de Arrecifes

para adoptar la electricidad. Aparecen los tranvías urbanos que revolucionaron el transporte de pasajeros y aún sustituyeron los antiguos pequeños ferrocarriles de El Valle y de Macuto, y a los lentos y ya anacrónicos tranvías de caballos.

Hacia 1910 aparece en el escenario venezolano un nuevo elemento que revolucionaría los medios de comunicación terrestre: el vehículo automotor. Venezuela comprendió que estaba frente al comienzo de una nueva Era y que necesitaba prepararse para dar paso a aquel estrepitoso aparato que jadeaba aún en las pequeñas pendientes y que a menudo necesitaba del auxilio de la bestia. No era muy segura aquella extraña máquina que parecía siempre en peligro de estallar o de romperse en mil piezas en cada vuelta del camino. Sin embargo, el país inició una acelerada transformación de sus carreteras para hacer más suaves sus pendientes y más firme la calzada. El macadam cubre los lomos de perro antiguamente de tierra y comienzan a abrirse nuevas vías que el ferrocarril había hecho olvidar.

El viaje del primer automóvil que subió por la carretera de La Guaira a Caracas, fue una prueba desalentadora de nueve horas de duro andar por un camino que las más lentas carretas recorrían en menos de cuatro horas. Pero esta prueba fue tomada como una advertencia de que era preciso acondicionar esas carreteras, y no habría de pasar mucho tiempo para que el país presenciara el declinar de los ferrocarriles. Después vendrían las carreteras de cemento que fueron el orgullo de Gómez; luego, las llamadas "carreteras negras" y finalmente las autopistas.

Al iniciarse la Era del automóvil, nuestros ingenieros se detuvieron a pensar en el problema que planteaba la fuerza de succión que provocaba el paso rauda de los automóviles, a las grandes velocidades de veinte y treinta kilómetros por hora, y se preguntaban qué efectos ejercería esa poderosa fuerza sobre el concreto de las carreteras.

EDUARDO ARCILA FARIAS. Nació en Maracaibo el 14 de febrero de 1913. Cursó estudios de Historia en el Colegio de México, del cual fue becario en 1946 y 1947. También fue becario Guggenheim en 1948. En la Universidad Central es Profesor de Historia de la Economía en Venezuela y Director del Instituto de Estudios Hispanoamericanos. Director de la "Revista de Historia". Periodista de larga actuación. Colaborador de importantes publicaciones americanas y europeas, entre ellas la "Revista de Estudios Hispanoamericanos", Sevilla, y "Trimestre Económico", México. Ha publicado las siguientes obras: "Sudor, Cuentos del Mar y de la Tierra", México, Fondo de Cultura Popular, 1941; "Economía Colonial de Venezuela", México, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, 1946; "Comercio entre Venezuela y México", México, el Colegio de México, 1950; "El Capital Extranjero", Caracas, 1951; "El Siglo Ilustrado en América. Retal Extrañero", Caracas, 1951; "Cuatro Ensayos de Historiografía", Ministerio de Educación, 1955; "El Régimen de la Encomienda en Venezuela", Instituto de Investigaciones Científicas, 1957; "La Justa Guerra en Venezuela", Caracas, (separata) 1954, e "Historia de la Ingeniería en Venezuela", 2 vols., Caracas, 1961.

Críticos y pacientes lingüistas se quejan, cada tanto tiempo, de la barbarización creciente de nuestro idioma, invadido por elementos extraños que, llegados de otras lenguas, se imponen con cierta facilidad y flexibilidad y hacen penetrar sus modismos con detrimento de la independencia del castellano. Del espíritu de la lengua. Podemos decir, pues, que hay idiomas intervencionistas. Se dan el lujo de imponerse a otros. El imperialismo de esos idiomas bien podría ser consecuencia del imperialismo de los hombres y de los pueblos, de las imposiciones del comercio y de la industria, de la técnica y de las especializaciones. O al contrario, si se quiere.

En algunos casos estas intervenciones resultan beneficiosas porque renuevan la lengua, le dan nuevos matices que el progreso de la técnica impone. Pero al adoptarse deben adaptarse con lógica, si es que la lógica juega todavía algún papel en nuestro mundo controvertido, y con el sentido de expresividad de la lengua que los acoge. Pero en otros resultan lamentables, porque teniendo cada lengua medios propios de expresión, muchas veces superiores a los importados, usamos éstos sometiéndonos a una dependencia lingüística que podría alcanzar rasgos de servilismo espiritual. Esto de las intervenciones tiene en la lengua, como en la economía y en la política, sus peligros.

Se ha acusado a los traductores que, en el presuroso correr de la vida periodística tienen que traducir las más diversas noticias, de haber envenenado el idioma por no detenerse un poco y dar con la expresión castellana cabal, exacta, correcta al menos. No hay duda que existen traductores que sólo pecan por premura, pero los hay que tienen y mantienen una tierna ignorancia del idioma y creen que para traducir una lengua basta sólo conocer el idioma del cual se traduce y no muy bien al cual se va a llevar la expresión traducida. Esto se presta para hacer llegar hasta la imaginación popular, hasta la gente poco letrada —no siempre en capacidad para razonar— los más curiosos enredos. Pero no son sólo las secciones noticiosas de los periódicos las que ofrecen el defecto, sino muchas otras que se "preparan" con mayor lentitud.

No son los traductores los mayores culpables. Comparten esa responsabilidad los locutores de radio y televisión, quienes llegan hasta mayor número de gentes, hasta los analfabetas que no pueden aclarar cualquier concepto con la lectura. Incorrectas traducciones, viciadas radiodifusiones y publicaciones descuidadas, en general, son trabucantes. Agréguese a ello que la apresurada vida de nuestro tiempo no deja oportunidad, muchas veces, para aclarar lo leído o lo oído.

El caso da para largo comentario y tiene mayor trascendencia de la que generalmente se le asigna, pues viviendo el mundo actual, en mucho de lo informativo, si las informaciones son trabucantes e incorrectas, lógico es que opiniones y conceptos que de ellas nazcan sean, necesariamente, trabucados.

En países donde existe una densa capa de población que no sabe leer o que lee y comprende a medias, la radio y la televisión han de superarse en su labor, pues siendo ellas las formas más directas de llegar al pueblo, han de contribuir con plena conciencia al desarrollo de la cultura nacional. Si ellas no responden a su misión con la claridad y la corrección del buen lenguaje, con la veracidad en la información y la elevación de los conceptos, se tornan en uno de los principales agentes de incompreensión.

Las palabras tienen un inmenso poder y cualquier cambio puede ser fatal o ridículo. Y si a esta barbarización y trabucamiento del idioma ocasionados por la urgencia, agregamos lo dicho por aquel gran maestro en letras, en conceptos y en sutilezas que se llamó Remy de Gourmont, la incompreensión se hace más angustiosa. Recordémoslo: "El hombre está en tal modo organizado, que no puede expresar directamente sus ideas, y sus ideas, por otra parte, son tan oscuras que sería cuestión de saber si la palabra traiciona la idea, o al contrario, la clarifica. Ninguna palabra posee un sentido único, ni corresponde exactamente a un objeto determinado, excepción hecha de los nombres propios. Toda palabra tiene hacia sí una idea general o por lo menos generalizada. Cuando hablamos no podemos ser comprendidos sino cuando nuestras palabras son admitidas como las representantes —no de lo que nosotros decimos— sino de lo que otros creen que nosotros hemos dicho... No cambiamos, pues, sino reflejos.

Y si esto es así, habremos de convenir en que una de las causas de incompreensión en lo intelectual, en lo político, en lo ético, se debe a la confusión de ideas. Por estos caminos podríamos regresar a la torre de Babel. Y dada la complejidad de nuestro mundo, se multiplicarían las babilónicas torres.

Las palabras tienen su magia, crean mundos con realidades y sueños. Pero también saben burlarse de quienes las agitan con mentira o con trabucamiento. Y saben cobrar a todos los que las utilizan con dolo y con engaño.

El idioma tiene su propio espíritu formado por el tiempo y el acontecer de gentes y hechos. Las palabras son partes de ese espíritu, que no debe traicionarse. Los idiomas han de mantener su independencia, como los hombres, sin subalternismos. Como los pueblos, con dignidad. Un idioma que se sabe mantener, adoptando y adaptando sin servilismos y con vivo sentido de su raíz, las urgencias expresivas de los tiempos, de las ciencias y de las nuevas técnicas, será expresión clara de espíritus libres, de pueblos sin libreas.

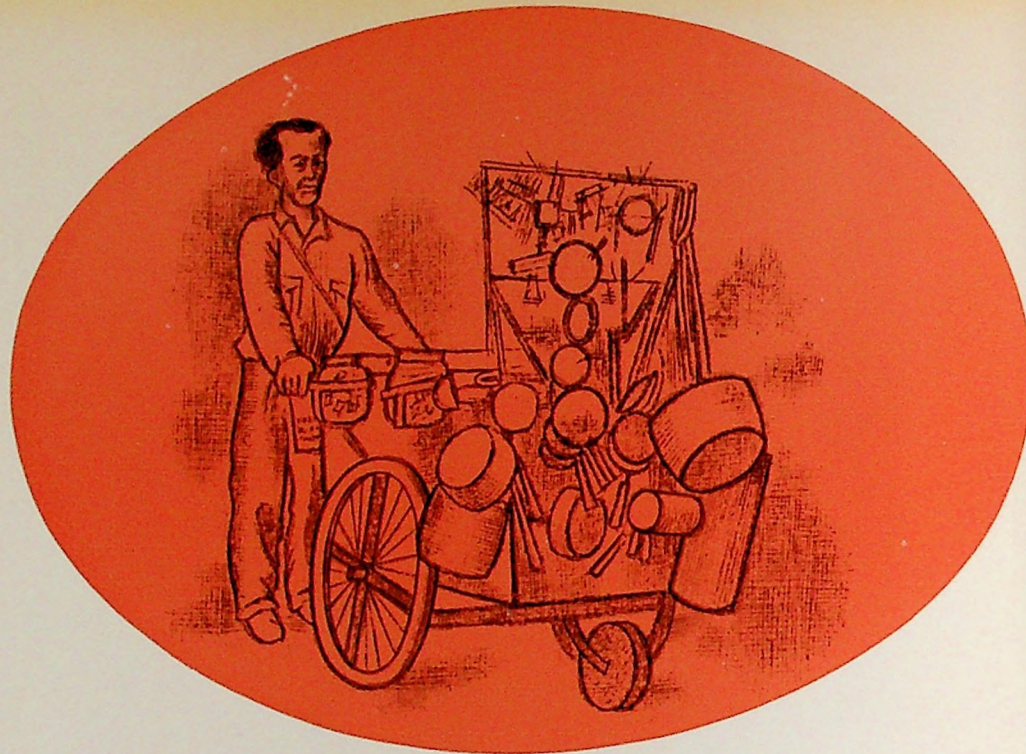
De allí que el esfuerzo por ser más claros, más correctos, más precisos en el uso de las palabras, por cuidar que ellas expresen mejor nuestro pensamiento frente a la comprensión de los demás, será uno de los buenos caminos para lograr entendernos sin deslealtades ni traiciones en la agitación de un mundo presuroso y angustiado...

Idioma y Espíritu

EN LA SUPERACION
DE LOS PUEBLOS



Por José Nucete Sardi



VENDEDORES POPULARES



Viejos como el tiempo, antiguos como el rocío, los vendedores populares se riegan por toda la faz del orbe, envueltos singularmente por una peculiar geografía, que les marca sus características y les concede esa poesía sutil y dramática en la raíz de su autenticidad. Un pregón, una llamada apenas articulada, un canto que gira incesante o el sonido metálico e hiriente de una campanilla sirven para anunciar su aparición.

A veces estos cantos, estas cantadas palabras, esta música del pueblo, nos llegan familiares al oído y es que han servido ellas como raíz de músicas populares que andan por toda la piel de la tierra en un continuo ir y venir y que llevan en sí mismas ese hálito poético y trascendente de todo lo auténtico, de todo lo cabalmente puro.

Por los alrededores del "Mercado de Hierro" de Port au Prince donde las campesinas pregonan en dulce "creole" sus pipas de barro y sus puñados de semillas. En las estrechas callejuelas o en la Alameda de Málaga donde se agolpan los vendedores de almendras tostadas y castañas crujientes o las gitanas que venden esos fantásticos y únicos muñecos

OR FELIPE ORLANDO

Ilustraciones: Rafael Cernuda

primitivos y movibles hechos con papeles de color. Detrás del antiguo mercado de "La Lagunilla", en México, donde lo insólito de la mercancía expuesta conduce al increíble asombro. En las arboladas plazas de Caracas o en las afueras abigarradas de Nápoles entre la amalgama de gritos que forman como una gran ola metálica y en el "Bajo" de Buenos Aires en el que lo ofrecido tiene como el gran aliento húmedo del Plata; esta gran familia terrestre diseña sus miembros y abre los dedos infinitos de sus manos en todo clima, bajo un mismo sol y en el refugio minúsculo y, a veces, inverosímil de su mercancía.

Cada pueblo tiene en sus vendedores de la calle determinadas y, a veces, sutiles interpretaciones que señalan sus características de geografía, de economía, de historia o de arte como un pulso certero que permite su conocimiento más puro. Los vendedores de esos grandes, movibles y gráciles pájaros-cometas de la playa Copacabana en Río de Janeiro, nos hablan de aire y color, de ancho mar que llega besando la verde-azulina montaña. Los pregoneros de sardinas de Fuenterrabía en su lengua, cortada como a filo de hacha; de fuerza y misterio. Los de tapetes y alfombras de

Marruecos, de un trabajo paciente e incesante bajo la palma de la sombra y, los que ofrecen maíz en Venecia, mientras las grandes bandadas de palomas, como gigantesca sombrilla movible de plumas, vuelan sobre la Plaza de San Marcos; de la música celeste de Vivaldi y Marcello.

Pero, si existe una evidencia más amplia en cuanto a estas características, también la hay en la personal condición del vendedor. Está el que fija lugar acostumbrado y que, casi siempre, revela una condición más neta de artista y construye, por sí mismo, una primitiva locomotora o un ingenio y encantador navío o un simple carro decorado en la forma más pintoresca. También existe el trashumante, limitado a una canasta o alfombrilla en las que la mercancía se ostenta, y de éstos, surge regularmente el gesticulador e incansable pregonador, máquina humana que incesantemente repite como un largo rezo, las ventajas incalculables de lo peregrino mientras el río humano pasa a su lado en un fluir incontentible.

¿Qué vejez tiene este menester que, con frecuencia, abarca toda una vida y se sucede inacabablemente? El polvo de la leyenda se cierne sobre sus desconocidos orígenes y perdura, a través del tiempo, en una inagotable fuente que disemina sobre el rostro de la tierra, bajo cielos distintos, sus pregones, sus cornetas, sus campanillas o un silencio, tan elocuente y poético, que sólo se desenvuelve en un delicado gesto de ofrecimiento.

Cambian las estaciones y traen en su transcurso, las gamas de su alegría o de su tristeza en el producto y en el personaje. Desde el invierno cuando cerca del pequeño carruaje se tuestan las castañas entre el dulce perfume de la madera quemada bajo la noche fría; hasta la primavera, en la que gráciles figuras, como oscuras nubes de golondrinas, pasean sus canastos florecidos —pequeños jardines hirientes de color— por las avenidas y paseos en la grata merced de entregar, por unas monedas, el minúsculo jardín de un ramillete; o vuelcanse en verano, bajo la brillante moneda del sol, a la orilla del mar, esparcido en el cálido aire el diminuto rocío salado; la paleta de nieve de los helados o el oro de las naranjas y, cuando las hojas amarillas caen volando como pájaros muertos, con las alas abiertas, en el dorado otoño; canta con el viento su pregón de globos y cometas el eterno, el incansable vendedor de la calle en el incesante, perpetuo e infinito girar de todos los días del mundo.



FELIPE ORLANDO. Nació en Quemados de Guines, Cuba, el 21 de enero de 1911. Pintor. Sus obras se encuentran en las más importantes colecciones públicas y privadas del mundo. Autor de algunas obras diversas: "Panorámica de la Literatura Cubana Contemporánea", "Martí y el Pueblo", "Diez Pintores del Mundo", "La Música de Antonio Vivaldi", "La música de Antonio Vivaldi". Ha sido profesor de arte del Lyceum de La Habana y del México City University. Perteneció al Servicio Exterior de su país.



"Aunque no me acuerdo de haber nacido, sé sin embargo, por tradición y documentos fehacientes, que nací en Bilbao, el 29 de septiembre de 1864". Estas palabras, que a simple vista pudieran parecer propias de un personaje humorístico abordando la narración de su vida, son, por el contrario, confesión simpática, de uno de los escritores de más profunda personalidad que haya vivido la agitada existencia de nuestros últimos tiempos:

MIGUEL DE UNAMUNO

Entre el cierzo y el "chirimiri", entre el viento helado que viene del norte y la suave llovizna que termina por calar los huesos, nació UNAMUNO en medio de una brillante generación, cumpliendo así lo que él llamaría "mi suceso cardinal en el pasado, como el morir será mi suceso cardinal en el futuro". Pues bien: desde esa fecha hasta 1880, UNAMUNO permanece en Bilbao en donde estudia el bachillerato en el Instituto Vizcaino; luego pasa a Madrid en donde estudia Filosofía y Letras hasta el 84, preparando más tarde diversas oposiciones para cátedras de Psicología, Ética, Lógica, Metafísica, Latín; consiguiendo, por último, la cátedra de Griego de la Universidad de Salamanca en el año 1891.

Frente a esta etapa de la vida del autor —que calificara un día Antonio Machado, en un famoso verso, "donquijotesco don Miguel de UNAMUNO"—, nos debemos de situar como mudos observadores que contemplan la formación intelectual que será más tarde plataforma segura desde la que se lanzará la inmensa mole del pensamiento unamunista. Es durante estos años, principalmente, que UNAMUNO, personaje aún desconocido, completará su situación, alcanzará el verdadero significado de su circunstancia y llegará a saber lo suficiente —como dice Ortega—, como para hacer consistir la literatura principalmente en opinar.

La personalidad de UNAMUNO: contradictoria, extraña, plena de alucinantes y humanos conocimientos; se desenvuelve en medio de una ansia de sabiduría que lo convierte en un lector universal. UNAMUNO parte de la vieja premisa de que estamos ahogados de ignorancia. "Todos somos ignorantes —dice en el incisivo diálogo Los Naturales y los Espirituales—, y todos ignoramos algo hasta que lo hayamos aprendido. Y a este caso suele gustarme repetir que si el principio de echarse a andar es estar parado, y el de pararse estar andando, así el principio de empezar a saber es ignorar, y no pocas veces el principio de ignorar es saber, y por esto suelo decir que el principio de la sabiduría es la ignorancia, o aún, mejor dicho, que el principio de la sabiduría es saber ignorar". Estos pensamientos básicos que surgieron a flore expresados por su pluma, fueron sin duda un guía y fuerte patrón ejemplar que UNAMUNO tendría en cuenta a través de toda su trayectoria. Siempre ávido en el conocimiento no estático sino profundo, ágil, en continuo movimiento; alejado por completo de ese estado en el que el saber se va acumulando como en un viejo archivo en el que se encierran por falta de soltura las

cantidades sin dar el trascendental paso hasta alcanzar la calidad. UNAMUNO lee, estudia, se prepara constantemente pero dejando siempre en libertad sus ideas. Es una potente criba por la que pasan, convertidas en propias, las más diversas adquisiciones.

Allí, en Salamanca, aproximadamente cuatro años después de conseguir la cátedra, se lanza UNAMUNO con seguridad hacia su fecunda y amplia vida de escritor. Empiezan sus ensayos, sigue su novela *Paz en la guerra*, y la polvareda alrededor de su figura comienza a levantarse mezclada con las opiniones más disparatadas a la par que más certeras. Sus críticos —"¿Críticos? Bueno; pase"—, tropiezan con una personalidad capaz de demoler las más altas torres. UNAMUNO inicia una sonrisa seria contra toda la superficialidad; despierta la conciencia dormida del pensamiento y su influencia hace que las miradas queden clavadas en él aunque sólo sea para comentar sus extravagancias. Desde su fortaleza, en Salamanca, abarca el saber europeo, defendiendo su soledad de toda ingerencia extraña. "Hasta qué punto —dice— es la soledad la gran escuela de sociabilidad, y cómo conviene a las veces alejarse de los hombres para mejor servirlos". Y UNAMUNO escribe *Del sentimiento trágico de la vida*, ya en el año de 1912, una de sus obras capitales en la que su pensamiento —el pensamiento de todo su ser no solamente el de su cerebro—, nos ofrece el retrato más palpitante de su personalidad, de su espíritu.

Antes de aparecer esta obra plena de meditaciones, otro gran pensador, Ortega y Gasset, con su certero juicio decía: "UNAMUNO, el político, el campador, me parece uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas, y sus palabras suelen ser nuestra vanguardia en esta nueva guerra de independencia contra la estolidez y el egoísmo ambientes... Soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico enérgico que se lanza, sobre el fondo siniestro y estéril del achabacanamiento peninsular, martilleando con el tronco de encina de su yo sobre las restas celtiberas". Estas palabras que hablan sobre el espíritu demolidor de UNAMUNO al tiempo que dicen de su significación como hombre que abre las puertas a las corrientes nuevas en contra de todo encasillamiento, vienen a ser, algo así, como una tarjeta de visita en la que apareciera definida, a grandes rasgos, la descripción del paradójico catedrático de Salamanca.

Para alcanzar el alma de UNAMUNO es necesario cubrirse

de seriedad y ni aun entonces nos habremos adentrado lo suficiente en él. Hace falta todavía buscar nuestro propio espíritu, unirnos a nosotros mismos y entonces, quizá entonces, nos hallamos frente a su contradictoria figura. Uno de los grandes méritos de UNAMUNO es haber seguido machacando en su angustia con una visión perspicaz de los problemas humanos. Es cierto, que su filosofía no tiene un método y que carecía de las armas necesarias para clavar y apuntalar sus principios filosóficos, pero sin embargo trazó el camino—y esto es lo importante—, para que otros detrás de él pudieran seguir ahondando en la dramática selva del pensamiento.

UNAMUNO desnuda, en todas sus intervenciones literarias, la realidad. Sus novelas —mejor dicho sus novelas, como él las llamaba—, prescinden de todo lo que no sea esencialmente humano; porque en UNAMUNO existía siempre un deseo latente no tanto de crear como de hacer vivir. "Nada hay más ambiguo que eso que se llama realismo en el arte literario —explica en el prólogo a sus *Tres novelas ejemplares*—. Porque, ¿qué realidad es la de ese realismo?... Una cosa es que todos mis personajes novelescos, que todos los agonistas que he creado los haya sacado de mi alma, de mi realidad íntima —que es todo un pueblo—, y otra cosa es que sean yo mismo. Porque, ¿quién soy yo mismo? ¿Quién es el que se firma Miguel de UNAMUNO? Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas". Es cierto: UNAMUNO es un personaje más capaz de hacer vivir a otros personajes. No existe en él la ficción, no le interesa tampoco y por eso hace vivir a la angustia y la hace también agonizar; por eso Don Quijote existe tanto o más que el mismo Cervantes; y Hamlet tiene una vida tan propia y tan real como la que pudo tener Shakespeare. ¿Hay algo de extraño en todo esto? No, si tenemos en cuenta de que para UNAMUNO, el pensamiento cuando surge adquiere vuelo propio, así también, los personajes de una novela: nacen y mueren, pero sobre todo, viven.

Luego nos topamos con un UNAMUNO poeta. ¿Era realmente poeta? Para UNAMUNO la poesía era una nueva forma de pensar, de decir; y él quería y necesitaba aprovecharlo todo, no era suficiente escribir ensayos, novelas o novelas, obras de teatro que tenían poco de teatro; había que ser también poeta y UNAMUNO, a los cuarenta y tres años de edad da a la imprenta su primer libro de poesías. Son unas poesías extrañas, como todos sus escritos, cuajadas de intimidades, apartadas por completo de una exuberante imaginación que puede desviarse de su fin inmediato: darse a conocer. ¿Cómo sino fuera ya bastante conocido! Y es que en UNAMUNO, la preocupación por quedar bien claro le empujaba constantemente a decir y a desdecirse. De ahí, también, su continuo interés de no ser encasillado, de explicar y de volver a explicar. Su espíritu rebelde le impedía estancarse en ningún bache y para ello era necesario repetir, cien mil veces si hacía falta, su propio pensamiento aunque fuera distinto —precisamente aunque fuera distinto—, porque se trataba nada menos que de pensar.

Toda la recia actitud de su personalidad parecía respaldar su obra. UNAMUNO estaba detrás de ella y esto era carta suficiente para respetar su filosofía. Hasta tal punto es esto cierto que Pío Baroja se atrevió a vaticinar que su obra perecería al faltar "el brazo poderoso" que la hacía sostener. Pero por encima de su capricho, de sus contradicciones, de su inquietud, la presencia de sus meditaciones siguen en pie esperando con tranquilidad posibles vendavales; y es que hay en la obra de UNAMUNO una anticipación no tan sólo suya sino como recogida del ambiente en que flotaba. Esta anticipación, que muchas veces nos parece descarada, nos produce una cierta irritación, de ahí que su lectura se haga en algunos momentos un tanto odiosa y nos parezca dominante y avasalladora.

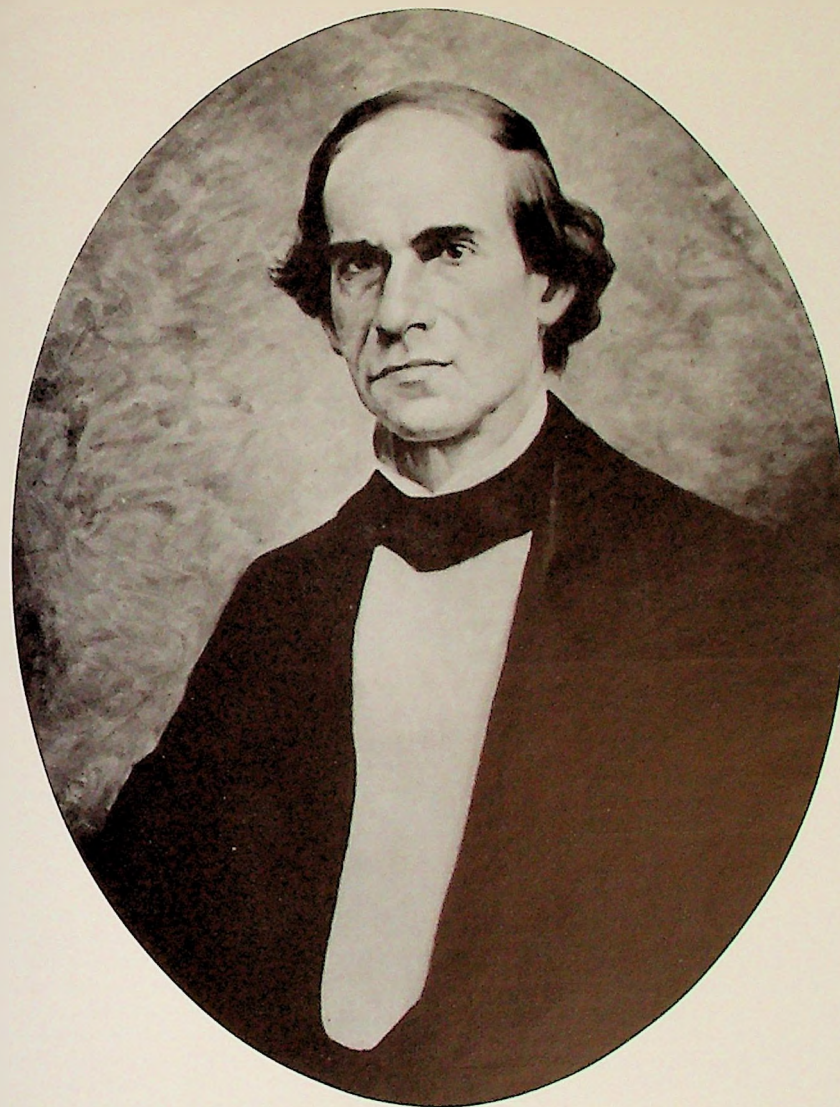
Ante todo, cuando se trata de hacer una exposición sobre el tema unamunista, es difícil poder separar el hombre de la obra. Quizá no sea posible encontrar muchos casos en los que esta peculiaridad se presente tan precisa; por eso, la opinión de Baroja, sin llegar a ser una realidad, no deja de tener una perspectiva aguda; lo que sucede es que la muerte biológica de UNAMUNO no podía ir acompañada de la espiritual, tanto menos cuando él había procurado constantemente seguir viviendo aun después de muerto.

El 31 de diciembre de 1936, llega para UNAMUNO esa muerte, tan temida, tan esperada, que le había perseguido como un fantasma y que le había obligado a luchar en su contra en una continua y terrible batalla. En uno de los altercados con su personaje Augusto Pérez, éste le había dicho: "No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme: ¿conque no lo quiere? ¿conque he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió". Es cierto: UNAMUNO también murió. La visión de ese momento que él parecía llegar a alcanzar en todo su significado, arribó precipitadamente casi sin avisar; pero, sin embargo, ni don Miguel, ni Augusto Pérez, volvieron a la nada. El deseo de UNAMUNO de persistir, de no acabarse, quedó erguido como una última voluntad respetada e incommovible.

A UNAMUNO le gustaba, o más bien, sentía la necesidad de convivir con la muerte; al referirse a sus personajes agónicos se refería igualmente a él, porque el morir era una cuestión palpitante dentro de su propia existencia, había que hablar del ser y del no ser para así darse cuenta más exactamente de su verdadero yo. De aquí que la enorme talla de UNAMUNO se pueda palpar todavía con toda la intensidad; él se adelantó a este seguro suceso —su punto cardinal del futuro—, en previsión de su inexistencia.

La obra de UNAMUNO —toda ella—, tiene la potestad de ofrecernos el magnífico capricho del pensamiento de un hombre, que como decía Ortega, sabía mucho, y mucho más de lo que aparentaba, y lo que sabía, lo sabía muy bien. Ahora, un cuarto de siglo por medio, ese gran celtibero, como le denominaba el meditador de El Escorial, nos sigue planteando ese intríngulis, laberinto de difícil salida, que hace convivir la realidad, la dignidad y la poesía como una posible razón de ser. Todavía permanece UNAMUNO colmándonos con sus ideas desmesuradas, con sus aciertos y sus desaciertos, con su originalidad y extravagancia.

Hoy, pese a que los críticos ya no necesitan hacer uso de su abogacía para esquivar la pluma de UNAMUNO, sigue vacía la posibilidad de hacer cumplir la sentencia de muerte del simpático Augusto Pérez.



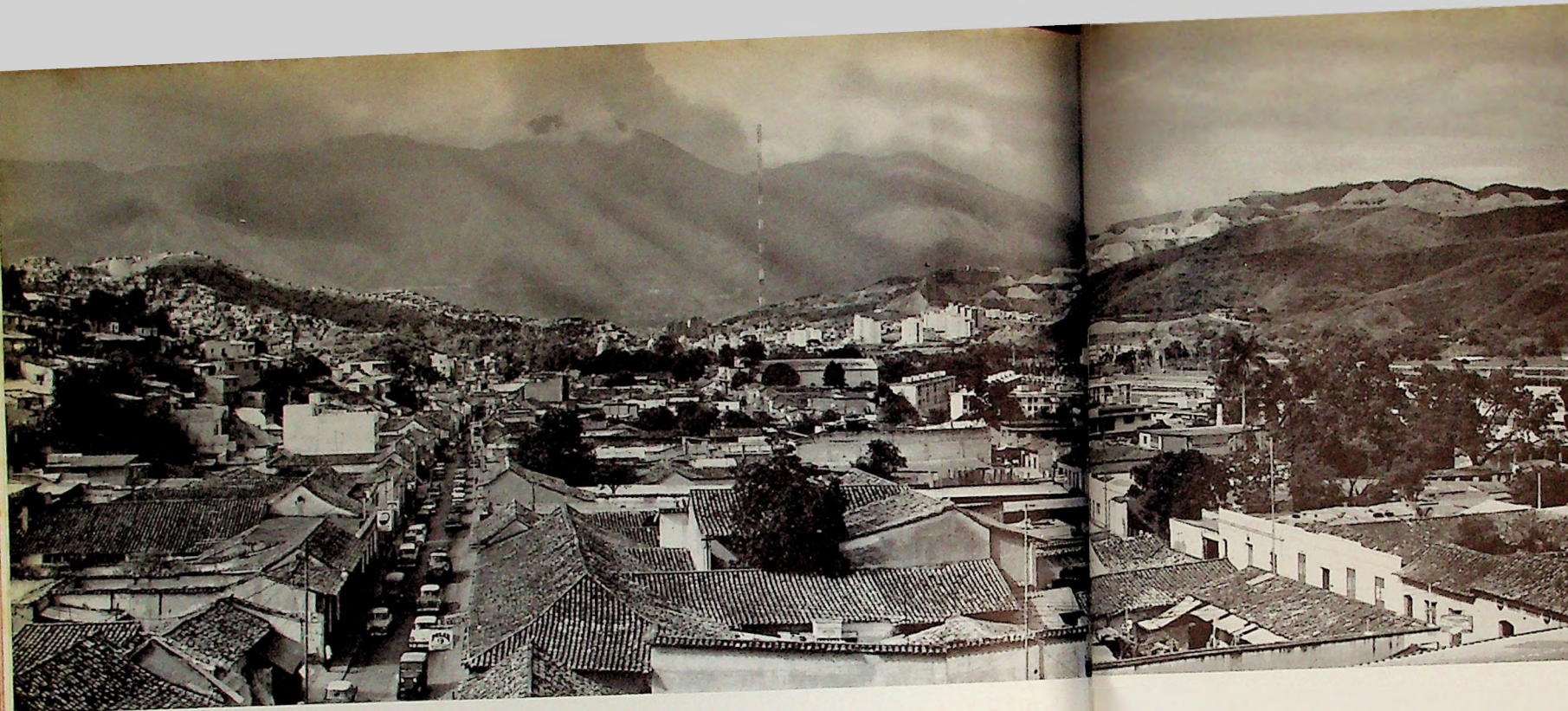
Nuestro Patrimonio

[Handwritten signature in red ink]
(FERMIN TORO)

por LUIS LUQUE

REVISTA SIELL

REVISTA SIELL



El Valle, vista panorámica

1. Semblanza

Hijo de Antonio Toro y Mercedes Blanco, nació en Caracas en 1807. Su infancia discurrió en El Valle, entonces una aldea tranquila. Recibió las primeras enseñanzas prodigadas afectuosamente por el Padre Benito Chacín, quien quiso lograr el desarrollo de una incipiente vocación musical en su discípulo.

En 1817 se traslada su familia a Caracas, ciudad de rostro agujereado por el terremoto, cercenada por alternantes impactos de la guerra emancipadora. La familia Toro cuenta en su seno realistas irreductibles y convictos republicanos. En 1821 llega la hora dilemática. Carabobo ordena una definición política improrrogable. Antonio Toro, realista, quizá optó por el destierro voluntario a Puerto Rico. La efervescencia constructora de patria libre hilvana en Fermín Toro las propicias ataduras para quedarse en Caracas. Trabaja en la Secretaría de Hacienda y Relaciones Exteriores. La Universidad está en plena actividad y Toro no tiene ocasión de atravesar sus aulas, pero en cambio acrecienta la lectura por riesgo propio. Nada más se sabe de él hasta 1828 cuando contrae matrimonio con una prima —María de la Merced Tovar Toro—. Reside en La Guaira como empleado de la Aduana. El 13 de enero de 1829 es transferido a Margarita, provincia de gente amigable; un año de permanencia le granjea simpatías suficientes para ser postulado como representante al Congreso. De 1831 a 1834 cumple su primera jornada parlamentaria. Ya estrena densidad conceptual como orador; condición que irá ramificando y robusteciéndose con los años de sazón cultural, pero donde siempre estarán vigentes dos elementos: sensibilidad social que le induce a ser un caballero de la igualdad de clases por medio de la transformación económica del país y terca postura de analizar hasta la máxima profundidad cada problema venezolano sin distanciar las coyunturas políticas de las contradicciones socioeconómicas.

Terminada la misión en el Congreso, vuelve a la Secretaría de Hacienda y Relaciones Exteriores. En 1839 es enviado a Londres como Secretario de la Legación Venezolana; allí permanece hasta 1841. Dos años son bastantes a que penetre las convulsiones sociales y políticas que gravitaban sobre la nación británica. Dos años en los que Cagigal le alienta epistolarmente para que ahonde en el estudio de las Ciencias Naturales. Las Económicas, sin embargo, parece que fueron las más atractivas. El pensamiento europeo giraba en aquel momento dentro de dos campos abiertamente polémicos: el liberalismo económico empeñado en una persistencia dominante y el socialismo romántico o utópico que pregonaba innovaciones totales en la distribución de la riqueza. Toro fue ostensiblemente un convencido de la segunda tendencia, desde antes de viajar a Europa; mas fue en Inglaterra donde halló familiarización mayor con las fuentes que nutrieron sus ideas personales.

Al regresar de Londres se reincorpora en las actividades de la Secretaría de Hacienda y Relaciones Exteriores, donde incluso llegará a ejercer interinamente esta Carrera. Al mismo tiempo despliega una admirable labor en la docencia de las disciplinas filosóficas, una materia que se había mantenido estacionada en el empirismo de Condillac, al menos en el ámbito universitario. El trata de renovar impulsando los más modernos postulados que se leían en las universidades europeas de mayor jerarquía intelectual.

En 1841 destaca entre los fundadores de *El Liceo Venezolano*, sociedad cultural y científica que dio nombre a una revista en cuyas páginas su firma rubrica ensayos y artículos junto a Olegario Meneses, Manuel Ancizar, José Antonio Mairín y otros. Bullía el romanticismo sentimental. En lo literario esta tendencia fue compartida parcialmente por él.

En 1844 viaja a Bogotá en misión diplomática de arreglar los límites entre nuestro país y el granadino. Retorna en 1845. El monaguismo emergía ya, aunque penumbrosamente. Toro vuelve al Parlamento. El 24 de enero de 1848 es asaltada la

II. Obra

No es esta una enumeración exhaustiva de todo cuanto escribiera Fermín Toro. Apenas, un guión de lo más significativo que aportó en cada uno de los campos cultivados por él y un elemento mínimo para la comprensión integral de su legado intelectual.

a). Oratoria

1832-1834. Fragmentos de intervenciones recogidas en *El Conciso*, hoja impresa que suplió la inexistencia de un diario de debates en el Parlamento.

1858. Discursos en la Convención de Valencia. Culminación de su carrera como orador. Destacan piezas de una actualidad y fuerza incomparables:

Discurso acerca del protocolo de 26 de marzo para permitir al General Monagas la salida del país. (23 de julio).

Sobre la expulsión de los desafectos al régimen de Julián Castro. (9 de agosto).

Sobre el decreto de aplicación de la pena de muerte a los conspiradores. (19 de agosto).

Sobre Centralismo, Federalismo y Constitución Centrodederal. (25 de septiembre).

b). Económica

Reflexiones sobre la Ley del 10 de abril de 1834. (1ª edición. Caracas, Imp. de Valentín Espinal, 1845).

c). Ensayos políticos y filosóficos

Los estudios filosóficos en Venezuela. (1838).

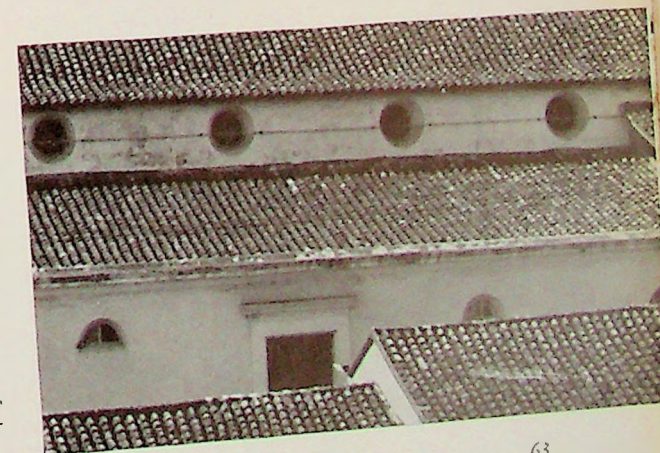
Europa y América. (1839).

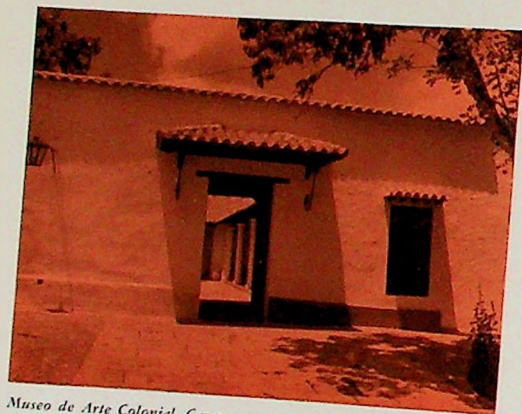
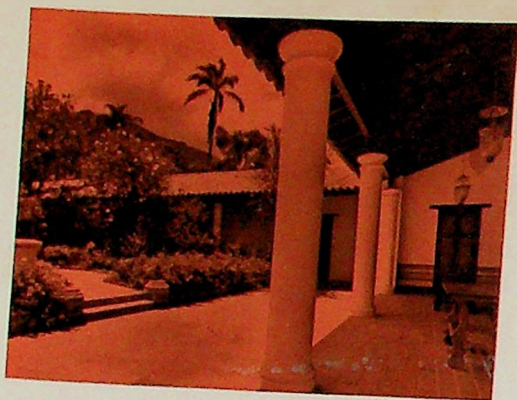
Cuestión de imprenta. (1839).

Descripción de los honores fúnebres consagrados a los restos del Libertador Simón Bolívar. (1ª edición: Caracas, Imp. de Valentín Espinal, 1843).

d). Prosa narrativa

1. *Costumbrismo: Un romántico. Costumbres de Barullópolis.*
2. *Relatos y novelas cortas: La viuda de Corinto* (1837). *El solitario de las catacumbas.* (1839). *La sibila de Los Andes. Los mártires.* (1842).





Museo de Arte Colonial, Caracas, antigua residencia de los Marqueses del Toro.

EDICIONES RECIENTES Y SELECCIONES DE SU OBRA

Reflexiones sobre la Ley del 10 de abril de 1834. Caracas, ediciones del Ministerio de Educación, Biblioteca Venezolana de Cultura, 1941.

Fermin Toro. (Selección, estudio y notas de Virgilio Tosta). Caracas, ediciones del Liceo Fermin Toro, 1954).

Páginas escogidas de Fermin Toro. Caracas, Col. Maracapaná, 1954.

Tres relatos y una novela. (Compilación y notas de Virgilio Tosta), separata de *Cultura Universitaria*, N° 63, septiembre-octubre de 1957, edición de la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela.

La doctrina conservadora. Fermin Toro. Caracas, ediciones de la Presidencia de la República con motivo del Sesquicentenario de la Independencia. Col. *Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX. Textos para su estudio*, N° 1, 1960.

III. Vigencia del hombre y de la obra

El relieve moral de Fermin Toro significa a toda una generación de pensadores que, en los años medios del siglo pasado, se desvivieron en afán de fundar patria sobre cimientos de doctrina sólida y dignidad administrativa. La significa y la

ejemplariza por la recia textura viril que lo proyecta al presente en la mirada retrospectiva. Su obra fue la primera en analizar nuestra realidad social y económica y es en ella donde aparece primeramente el clamor de transformar la estructura socioeconómica de nuestro país, sobre base de principios universales pero aclimatados en nuestra piel autóctona. Hombre de acción y político militante, se le tuvo por conservador por las filas de su marcha, mas fue socialista por los hilos de su pensamiento doctrinario. Caso extraño en nuestra tierra: hizo política y no medró. Habló alto y no le escucharon. Plantó en Venezuela una especie rara para sus tiempos: la política aferrada solidamente a los principios y practicada en programa de eficiencia. No le escucharon, pero su obra resta al presente como una firme mano acusadora y correctora, que indica en precisión digital nuestras dolencias y escribe el antídoto. Venezuela tiene en su nombre y en su obra, un claro patrimonio de honradez cívica: los políticos venezolanos de todos los tiempos, hallarán en él un fino espejo para modelarse; las juventudes, un abrevadero de rectitud y de perseverancia intelectual.

ADELANTANDONOS AL TIEMPO: EL AÑO NUEVO EN EL PLANETARIO HUMBOLDT

Rodeado de jardines y en medio de dos saltos de agua se levantaba un Auditorio que medía 300 pies de diámetro, cuya cúpula color azul celeste, salpicada de estrellas doradas, representaba todas las constelaciones estelares, más los planetas, cada astro en su posición verdadera, y esta cúpula giraba, tal como lo hace el cielo, movido por mecanismos invisibles al igual que los que gobiernan los movimientos celestes.

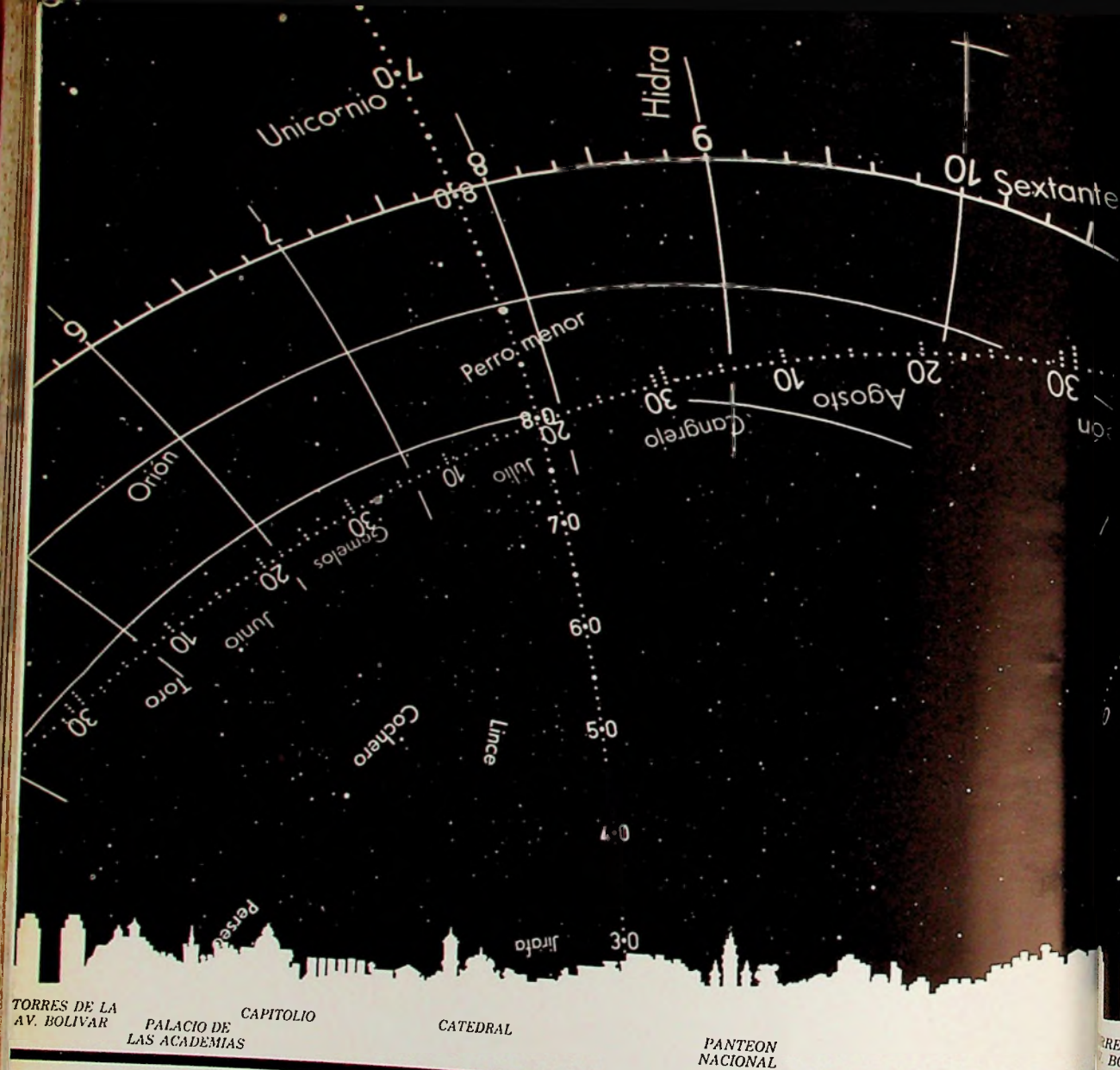
Esta es la descripción de un Planetario que hacía FRANCISCO MARIA ARQUET DE VOLTAIRE en su novela *LA PRINCESA DE BABILONIA*, tres siglos antes de que se instalase el primer planetario en el Museo de Munich el 21 de octubre de 1923.

Si me viese obligado a definir qué es un Planetario creo imposible encontrar palabras más apropiadas y adecuadas. Se ha llegado a domar el infinito y a encerrarlo dentro de una cúpula obediente a los controles del hombre, que por unos minutos, tiene el don de crear e invertir un universo, de conculcar sus leyes y subvertir los movimientos.

El Planetario no es sólo una perfecta expresión de la técnica moderna, sino el arma más eficaz de que disponemos para desarrollar la cultura popular mediante la divulgación de la astronomía, amenizando sus milenarios conceptos, antes reservados a los estudiosos y científicos, de forma tal, que al alcance del hombre de la calle, despierte en él su interés por los fenómenos del cosmos.

Sin embargo, si bien la finalidad principal de un planetario es de tipo divulgativo, tiene una gran aplicación en el campo de la docencia, permitiendo el desarrollo de los Temas Cosmográficos y Astronómi-



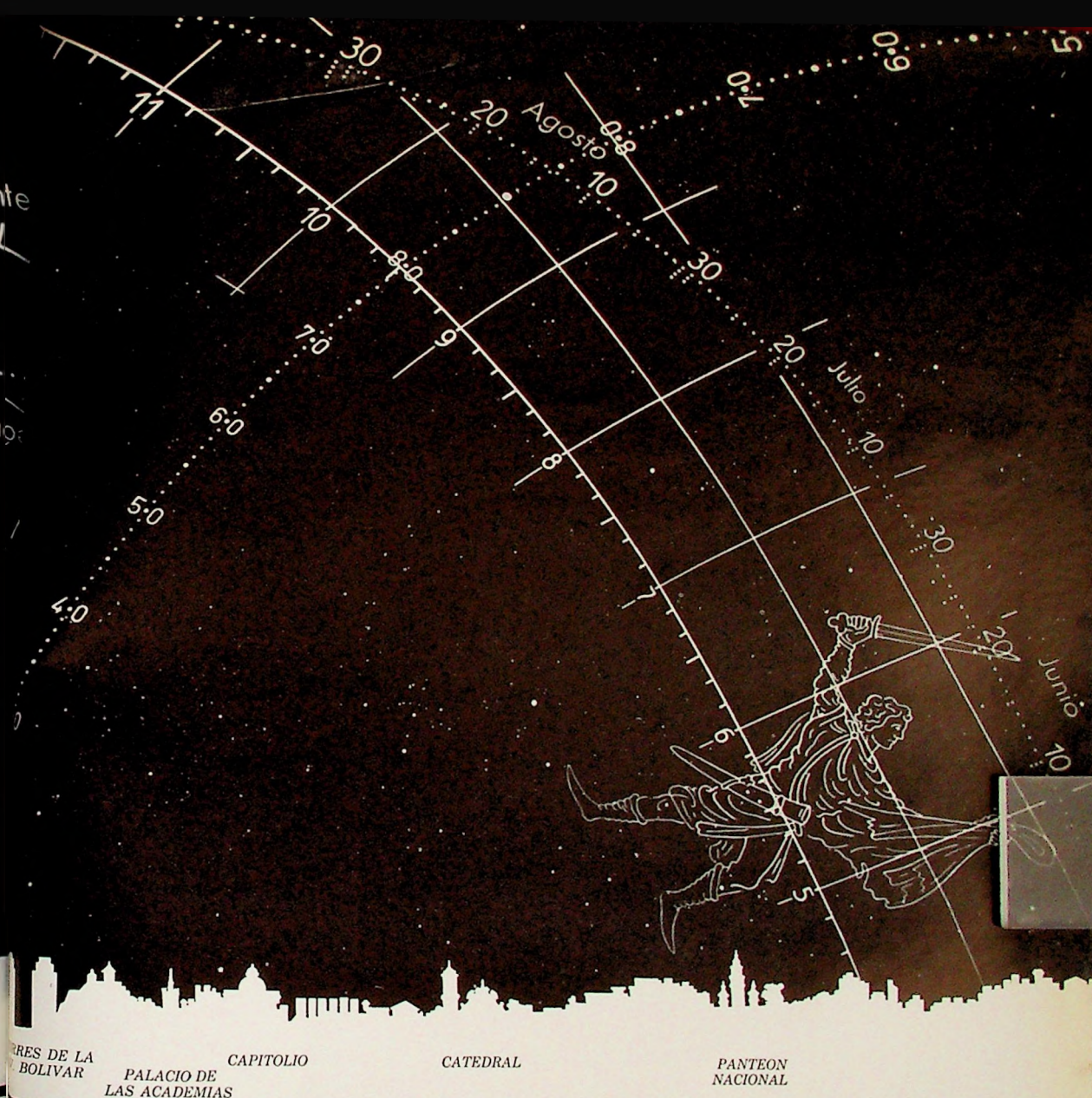


cos con tal sencillez, que resulta una vez conocido, el auxiliar indispensable para quien dicte estas disciplinas.

A simple vista se pueden observar unos 3.000 estrellas en óptimas circunstancias, sin embargo, nuestro instrumento nos permite mostrar alrededor de 8.900, para lo cual sería necesario el empleo de instrumentos astronómicos apropiados, siendo tanta la exactitud y precisión del mismo, donde hasta la coloración de los astros se ha tomado por espectroscopio, y donde los movimientos anuales y diurnos son rigurosamente proporcionales a los verdaderos.

Dentro del inmenso campo de las posibilidades que proporciona el instrumento, hoy que hacer especial énfasis en la de poder trasladarnos dentro del tiempo y el espacio en un periodo de 24.000 años, lo que nos permite la fiel reproducción del firmamento en cualquier fecha crucial para la historia de la humanidad ocurrida desde 10.000 años antes de Cristo o los cielos del futuro hasta el año 14.000.

Raros fenómenos celestes tales como lluvias de estrellas, eclipses, pasos de cometas y meteoritos, pueden ser fielmente reproducidos y observados en un firmamento artificial con tal realismo que nos creemos transportados al ocular de un telescopio de gran potencia y donde el espectador insensiblemente se introduce dentro del complicado mecanismo del movimiento de los astros y los planetas.



Al contemplar todas estas maravillas, nos acercamos más a nuestro Creador, siendo la Astronomía una complicada ciencia, donde el rigor matemático se confunde con los pensamientos teocráticos o el filosófico racionalismo científico.

Y para concluir tomaremos del prelude del Fausto de Goethe las siguientes palabras:

—aprovechaos de los astros, grandes y pequeños;
las estrellas os permito derrocharlas.

ENRIQUE CAMPDERA MALUQUER
Director del Planetario Humboldt.

He aquí, exactamente reproducido en nuestro planetario, el cielo de Caracas, tal como será a las doce en punto de la noche del 31 de Diciembre; en el preciso momento en que va a nacer el año 1962.

Puede apreciarse en la fotografía (izquierda) las proyecciones del Meridiano, la Eclíptica y el Ecuador Celeste, así como los nombres de las distintas constelaciones y el Círculo de la Precesión.

Y el Cielo de Caracas (derecha) hacia el amanecer del primero de Enero en el cual pueden apreciarse ahora la figura de la constelación Orión, así como el bellísimo espectáculo de la Vía Láctea.

¡FELIZ AÑO NUEVO!



ASOCIADOS AL PROGRESO DE VENEZUELA

COMPANIA SHELL DE VENEZUELA

Producción CORPA. Impreso en Venezuela por Cromotip, C. A. — 13 000 ejemplares

TORRES DE
AV. BOLIV



